

GUARDIANAS DE LA PAZ

HISTORIAS ILUSTRADAS DE
MEMORIAS Y ESPERANZAS





GUARDIANAS DE LA PAZ

HISTORIAS ILUSTRADAS DE
MEMORIAS Y ESPERANZAS

• • •

ELENA SALAMANCA



GUARDIANAS DE LA PAZ

HISTORIAS ILUSTRADAS DE
MEMORIAS Y ESPERANZAS

• • • •

ELENA SALAMANCA



2024

Programa de las Naciones Unidas
para el Desarrollo (PNUD)

San Salvador

***Guardianas de la paz. Historias ilustradas
de memorias y esperanzas***



Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)

Antiguo Cuscatlán, 2024

**Representante residente del Programa de las Naciones Unidas
para el Desarrollo (PNUD)**

Maribel Gutiérrez

Proyecto Guardianas de la Paz

El proyecto “Guardianas de la Paz” es financiado por el Fondo para la Consolidación de la Paz de las Naciones Unidas e implementado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, ONU Mujeres y la Oficina de Naciones Unidas Contra la Droga y el Delito.

Equipo implementador del proyecto: Laura Rivera, Daniella Olivares, Ana Gabriela Suárez, Nory Morales, Gerardo Cáceres, Griselda López, Xochitl Bendeck, Mariana Melara, Gabriela Paz, Alvina Mangandi, Vida Gómez, Christopher Monge, Jaqueline Durán, Marcos Fermán, Candy Chévez, Estefannie Salgado y Karen Campos.

Autora: Elena Salamanca

Investigación: Elena Salamanca

Coordinación general: Daniella Olivares

Coordinación editorial: Daniella Olivares, Ana Gabriela Suárez y Elena Salamanca

Diseño y diagramación: Contracorriente Editores

Corrección de textos: María Tenorio

Ilustración de cubierta: Andrea Altamirano

Ilustraciones: Rachel Katstaller, Andrea Altamirano, Jennifer Dahbura, Eugenia Vásquez y Wilber Salguero.

Impresión: Imprenta y Offset Ricaldone

ISBN: 978-99923-55-64-0

Forma recomendada de citar:

Salamanca, Elena. *Guardianas de la paz. Historias ilustradas de memorias y esperanzas.* (2025). PNUD, San Salvador.

Esta publicación ha sido apoyada en el marco del proyecto “Mujeres Guardianas de la Paz” del Fondo de las Naciones Unidas para la Consolidación de la Paz, implementado por el PNUD, ONU Mujeres y UNODC.

El Fondo del Secretario General de las Naciones Unidas para la Consolidación de la Paz (PBF por sus siglas en inglés) es el mecanismo financiero principal de la organización para sostener la paz, en países o en situaciones en riesgo de, o afectados por, conflictos violentos.

Los puntos de vista expresados en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de las/os autoras/es y no necesariamente representan los de las Naciones Unidas, incluyendo PNUD o los de los Estados Miembros.



HISTORIAS ILUSTRADAS DE MEMORIAS Y ESPERANZAS

El libro *Guardianas de la Paz. Historias ilustradas de memoria y esperanza* tiene como propósito principal honrar la vida de mujeres que aportaron a la construcción de la paz en El Salvador.

El rol de las mujeres en los procesos de paz necesita ser visibilizado. Poco se sabe de los roles diferenciados y de los retos que sufren las mujeres durante un conflicto armado. Es preciso trascender de una percepción de las mujeres como víctimas de los conflictos a su rol como participantes activas e igualitarias de los procesos de paz.

El libro describe los hechos desde una perspectiva de las mujeres, convirtiéndolas en autoras de procesos de paz, de sus vidas y de sus comunidades. Con esta obra se busca exaltar a las lideresas comunitarias y sus historias

de resiliencia y empoderamiento, que les da el título de “Guardianas de la Paz” y que son dignas de inspirar a las nuevas generaciones.

En cada relato está plasmada la búsqueda, la lucha, el desplazamiento, pero también las lecciones aprendidas, los reencuentros y la paz. Además, se avanza en el camino de cumplir con los pilares de la justicia transicional, específicamente el pilar de reparación, de manera simbólica reconociendo sus aportes y, por supuesto, el pilar de memoria y verdad, al dar a conocer sus historias no solo inspiran a otras, sino que también tomamos lecciones para no repetir el pasado.

Este libro se desarrolla en el marco del proyecto “Mujeres Guardianas de la Paz”, el cual es financiado por el Fondo de Naciones Unidas para la Consolidación de la Paz y que implementamos juntamente con ONU Mujeres y la Oficina Contra la Droga y el Delito de Naciones Unidas.

El proyecto busca fortalecer las capacidades y el empoderamiento de las mujeres en organizaciones de la sociedad civil, redes de mujeres y lideresas de territorios priorizados en los procesos de consolidación de paz y justicia transicional en El Salvador.

PRÓLOGO

En el PNUD tenemos el compromiso de promover el empoderamiento y la participación de las mujeres en todos los ámbitos. Desde nuestra visión, la paz, el desarrollo y las mujeres están conectados de forma vital: el desarrollo y la paz solo son posibles con la inclusión y participación activa de las mujeres.



Maribel Gutiérrez

Representante residente
PNUD El Salvador



GUARDIANAS

DE LA
PAZ

INTRODUCCIÓN

Este libro nace de la necesidad de contar con producción bibliográfica sobre el proceso de consolidación de la paz, en la que no han sido registrados los aportes realizados por las mujeres salvadoreñas en los tiempos del conflicto armado, en el proceso de paz y reconstrucción de la posguerra. La metodología empleada para recopilar la información tiene una base en la historia oral y la memoria transmitida, así como en una revisión bibliográfica que considera la producción académica, la fotográfica, la hemerográfica, los audiovisuales y otros registros visuales. Se da énfasis a la coralidad de la historia oral e inédita de los grupos de mujeres, adolescentes y niñas protagonistas.

La información publicada en este libro ha sido verificada mediante diversas fuentes: entrevistas con las mujeres protagonistas, revisión bibliográfica, hemerográfica,

visual y audiovisual de la época y producción académica reciente sobre el tema. Para mayores referencias, puede revisarse la bibliografía y las referencias de cada cuento.

Este es un trabajo interdisciplinario, liderado por una historiadora que realiza la investigación y la escritura, y un equipo de ilustración, formado por cuatro ilustradoras y un ilustrador, quienes, basados en la memoria, la historia oral y archivos visuales, han dado rostro e identidad visual a la historia de mujeres y niñas, gran parte de la cual ha permanecido hasta ahora inédita o anónima.

Las narraciones que componen el libro tienen una estructura innovadora, utilizando las bases de la estructura del cuento infantil, pero con una contextualización histórica y elementos del presente que tienden o construyen lazos de identificación y empatía con las protagonistas de cada historia.

Los cuentos se han escrito bajo la estructura tradicional de inicio, nudo y desenlace. El inicio parte de la frase arquetípica de la creación de historia infantil “Había una vez...”. La escritura es sencilla y clara, con la combinación de oraciones cortas y largas para mantener el ritmo narrativo fluido, accesible para diferentes generaciones y edades con el fin de que se genere un diálogo intergeneracional.

En las narraciones se recurre a la descripción de personas, entorno y paisaje, se recrean diálogos y escenas vividas por las personas protagonistas. En la mayoría de las historias se introducen elementos simbólicos para mantener los recursos del cuento tradicional infantil. Para el caso, se recurre a elementos simbólicos biográficos de cada protagonista o elementos ambientales de su entorno (aves, mamíferos, plantas, bosques, volcanes, montañas, paisaje). El libro también se ha escrito con conocimiento geográfico, botánico y de historia ambiental, para que quienes leen puedan ubicarse en los entornos salvadoreños reales, mayoritariamente rurales, de cada cuento.

El uso de imágenes es fundamental en la propuesta narrativa. Los cuentos han sido narrados también visualmente, para posibilitar la comunicación de la historia y generar empatía con las protagonistas. La ilustración cuenta, detalla, narra, de manera que las personas de cualquier nivel de alfabetización, edad o salud visual puedan tener acceso a seguir las historias. La puesta en página, la diagramación del libro, ha sido también cuidadosamente ejecutada para que la lectura sea fluida y los ojos lectores no se cansen, con el uso de letras redondas grandes, márgenes e interlineados amplios.

La divulgación de la historia, la recopilación de la memoria y la transmisión intergeneracional también se activan con la inclusión de actividades didácticas al final de los cuentos. Consultar, preguntar y buscar son dispositivos de recuperación de las memorias personales, familiares, comunitarias, locales y nacionales.

Para la validación de este libro, como parte de la estrategia del PNUD en temas de memoria histórica, se ha retomado la metodología de participación de las protagonistas, quienes han leído, comentado y hecho aportes a las narraciones e ilustraciones. Se han realizado talleres de consulta y validación para que esta obra pueda ser publicada.

ÍNDICE GENERAL

- Interludio 1. El país**
- 4** **Las mujeres que iluminaron la verdad:**
María Julia Hernández y Rufina Amaya
- 36** **Los hilos de la memoria.** Teresa Cruz
Miranda y las mujeres, niñas y adolescentes
refugiadas en Honduras
- Interludio 2. Los derechos humanos**
- 78** **“El dolor de unas es el dolor de todas”.**
Historia de los comités de madres
buscadoras
- 129** **Protegidas por la montaña.**
Caminos cruzados entre la guinda y la
re población
- Interludio 3. La memoria en el cuerpo**
- 168** **Cantar y sembrar, fundar una comunidad.**
Historia de las mujeres que repoblaron
El Paisnal y Aguilares
- 

209 “Volveremos y seremos jardines”.

Historias de niñez desaparecida forzosamente durante la guerra de El Salvador

Interludio 4. Como abejas que polinizan la memoria

259 Actividades didácticas. Ejercicios de memoria histórica

269 Mujeres Guardianas de la Paz

275 Referencias bibliográficas

290 Agradecemos



INTERLUDIO UNO

EL PAÍS

ILUSTRADO POR ANDREA ALTAMIRANO

Había una vez un pequeño país, dibujado cuidadosamente en los primeros mapas que lo nombraron.

Antes de ser país, fue un reino, y antes de ser un reino, fue un bosque, y antes de ser un bosque fue un inmenso volcán en ebullición.

Imagínate qué antiguo el país, que antes de ser país fue un volcán, rodeado de mares.

Como todos los volcanes erupcionan, durante mucho tiempo, solo fue el resultado de una enorme erupción: un territorio formado por cenizas y piedras.

De las cenizas, nacieron musgos, líquenes, hongos, y poco a poco crecieron flores; llegaron las abejas y polinizaron en espacios insospechados para que nacieran árboles y cultivos.

Así la naturaleza se abrió vida entre cenizas; con los años y los siglos los seres humanos vieron que era un espacio bueno: la tierra era fértil, el clima era adecuado, los ríos fluían, los bosques crecían habitados por infinidad de especies vegetales y animales, y los cultivos daban alimento en todas las estaciones. Entonces las gentes de antaño pensaron que era un lugar propicio para levantar una casa, formar una comunidad, construir ciudades, erigir un país.

Pero con el pasar de los siglos en el país ocurrió una gran guerra.

Imagina que una guerra es como una erupción volcánica: primero hay un movimiento leve de tierra, que aumenta hasta llegar a ser terremoto. Luego, capas de humo y cenizas cubren el horizonte, y finalmente, expulsiones de lava arrasan todo, queman la tierra.

Las erupciones volcánicas arrojan piedras muy lejos de su lugar de origen, destruyen la tierra, son capaces de romper las superficies.

Así fue la guerra: rompió territorios, edificios, hogares, familias y sueños.

Ese país que fue roto por la guerra se llama El Salvador.



GUARDIANAS DE LA PAZ

Las mujeres que iluminaron la verdad

*María Julia Hernández
y Rufina Amaya*

Ilustrado por Rachel Katstaller

Después del fuego, siempre hay vida. A pesar del fuego, siempre hay vida.

Aunque arrasa la tierra, los hongos, persistentes, brotan pronto; sus raíces ínfimas y subterráneas se comunican con las raíces de los árboles; las ramas caídas y sus hojas sueltas nutren la tierra; el rocío de cada mañana humedece y fermenta la hojarasca y, poco a poco, surgen los zacates, las hierbas de nombres olvidados que sanan y alimentan, llegan los insectos, los polinizadores, y aquel suelo de ceniza y carbón germina y crea nueva vida.

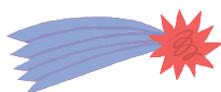
En una noche muy oscura, en la que parecía que hasta las flores dormían, dos mujeres buscaban, casi a tientas, un vestigio. El antiguo trazo de un camino, una huella de persona o de animal, un pedazo de madera, alguna antigua puerta.

Hasta las noches más oscuras, como esa, iluminan. Las luciérnagas y las estrellas iluminan como no lo hace ninguna lámpara. ¿Pero qué iluminan? En este cuento, ponen luz sobre un lugar en silencio, rodeado de vegetación que crecía persistentemente, a pesar de la adversidad, en soledad, sin presencia humana.

La tierra era negra y tenía rastros blancos de ceniza. Había sido arrasada por el fuego. Por las noches, resplandecían las luciérnagas entre las hierbas recuperadas, los grillos cantaban, y era tan profundo el silencio que se escuchaban hasta los zumbidos de las alas de los insectos. Al amanecer, volvían a cantar los pájaros. Porque, después de todo, los pájaros habían vuelto.

Ese lugar de tierra quemada se llamaba El Mozote.

Pero no siempre, El Mozote y los caseríos, cantones y lugares aledaños fueron un solar de tierra quemada y solitaria.



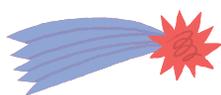
El Mozote era un caserío en las montañas de Morazán, al oriente de El Salvador. Ahí se reunieron en febrero de 1982 dos mujeres, casi de la misma edad, separadas por kilómetros y por condiciones sociales y económicas, pero unidas por la misma búsqueda: la de la verdad y la justicia. Esas mujeres se llamaban María Julia Hernández y Rufina Amaya. En su encuentro estuvieron envueltas con una capa de profundo pesar. Pero El Mozote no siempre fue así.

Hasta inicios de diciembre de 1981, El Mozote tenía otra historia. Era un lugar lleno de familias, pequeños negocios, animales y cultivos. Por las mañanas, los hombres salían al jornal avisados por los cantos de los gallos y demás aves; las mujeres se despertaban temprano a preparar sus alimentos y luego cuidaban a las niñas, los niños y las personas ancianas, preparaban objetos para vender, cocinaban, cosían ropa.

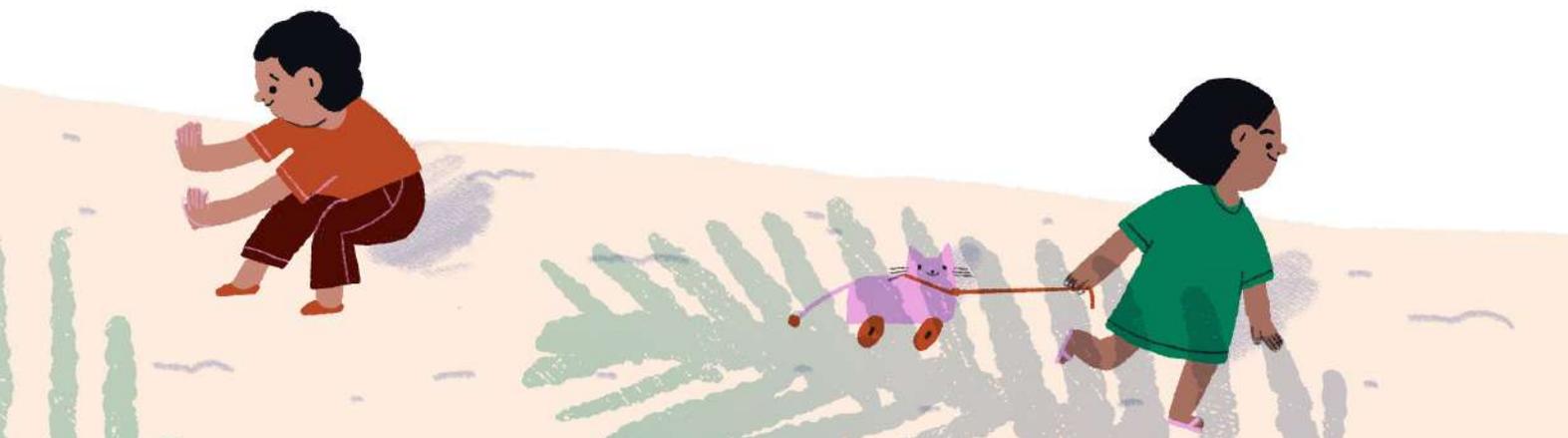
Las niñas y los niños jugaban a las canicas, arranca-cebolla, o se tomaban de las manos mientras



cantaban rondas. En el caserío no había electricidad, agua potable ni escuela; la comunidad trasladaba agua de pozos y ríos cercanos. Las personas que habitaban El Mozote asistían a la iglesia católica, donde también cantaban en las misas de los domingos y decoraban sus fiestas religiosas con flores y papeles de colores.



Eso es lo que Rufina quería contarle a María Julia. Ella se había prometido contar. Contar todo.

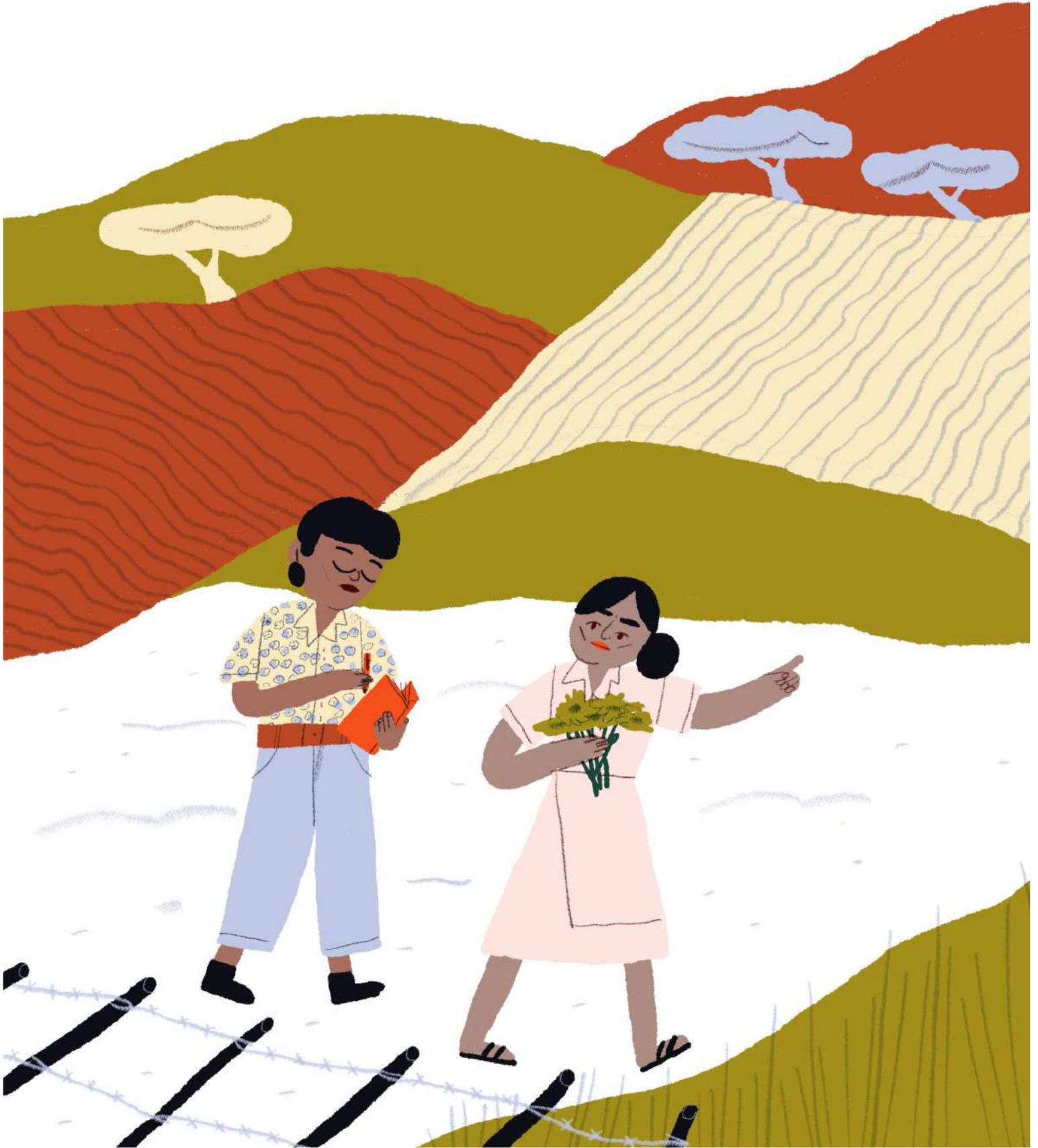


Rufina y María Julia tenían cerca de 40 años. Desde hacía cuatro años, María Julia recogía testimonios de personas que habían sufrido violencia, persecución y tortura en El Salvador. Pero tenía el presentimiento de que el relato de Rufina iba a marcar un antes y un después en estas narraciones. Las pocas noticias de El Mozote que habían llegado a ella contaban una historia atroz, que cambiaría la forma de ver la violencia en ese tiempo. Solo Rufina, quien había estado ahí, podía poner palabras sobre los restos y los cabos rotos de todas las historias que circulaban por ese tiempo.

María Julia era una defensora de derechos humanos; en ese tiempo, esas palabras eran desconocidas. Pocas personas sabían qué significaban, lo que les quedaba claro es que ella escuchaba atentamente su vivencia, tomaba nota y buscaba la manera de que cada persona, cada caso, tuviera justicia. Era una mujer sensible y comprometida.

Ese tiempo del que hablamos fue el de los primeros años de la guerra en El Salvador.

GUARDIANAS DE LA PAZ



María Julia fue una niña estudiosa; se educó con monjas. Su familia tenía recursos para enviarla a estudiar al extranjero, así que muy joven viajó a Estados Unidos y pudo conocer otra cara del mundo. Escuchó conferencias y leyó libros sobre la historia de la injusticia en América Latina. Algo en ella brotó: una semillita se sembró en su interior y la inspiró a buscar la justicia. Pero solo era una estudiante, le faltaba mucho por conocer del mundo.

Al volver a El Salvador, estudió Filosofía en la UCA, la universidad jesuita. Su vida universitaria la llevó a conocer la realidad del país, más allá de los libros y las



conferencias. Visitó comunidades rurales y urbanas desposeídas; conoció niñas y niños en estado de desnutrición, sin derecho a ir a la escuela; mujeres que trabajaban todo el día, cuidaban niños y ancianos y no alcanzaban el sustento de su familia, y hombres agotados y sin esperanza por trabajar de sol a sol, hombres que vivían en carne propia la explotación y la desigualdad.



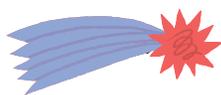
La semilla sembrada por el conocimiento germinó y María Julia eligió su lugar en el mundo. Eligió el lado de las personas que sufrían. No estaba sola en ese deseo; ella, como muchos jóvenes de su generación, quería cambiar el mundo.

Como su familia era católica, el lado por el que María Julia buscó la justicia fue el de las misiones. Cuando supo que el sacerdote Rutilio Grande fue asesinado mientras conducía su carro hacia El Paisnal, Aguilares, decidió encaminarse hacia la catedral de San Salvador. La iglesia, en el centro de la capital, estaba siendo construida después de un incendio ocurrido 20 años atrás. Al llegar, encontró un templo de ladrillos y cemento, sin decoraciones ni lujos, como las catedrales que había conocido en sus viajes. La catedral estaba rodeada de obreros trabajando y en su interior resonaba una voz hasta entonces desconocida para ella. Era la voz del nuevo arzobispo de San Salvador, Óscar Arnulfo Romero. Ella escuchó con atención a ese sacerdote desconocido: sus palabras tan precisas, llenas de verdad y de compromiso con la justicia, la tocaron profundamente. Monseñor Romero era amigo de Rutilio Grande; no solo había perdido un compañero, había perdido a un gran amigo.

Al terminar la misa, monseñor Romero se acercó a los jóvenes y les dijo: “Ayúdenme, por favor”. Él sabía que estaban ocurriendo muchas injusticias y necesitaba más herramientas para enfrentar a la Historia que vendría pronto. El Futuro. María Julia dio un paso adelante para ser parte de la ayuda que el arzobispo necesitaba.

Con el paso de los meses, monseñor Romero confió en María Julia, al punto de pedirle que lo acompañara a recibir a las víctimas para tomar sus declaraciones. Ella escuchaba los testimonios, los transcribía, los analizaba desde lo que había estudiado en la universidad y pensaba en las alternativas que la ley le daba para encontrar justicia.

Pronto, María Julia notó que muchas madres eran tan jóvenes como ella, y que muchos jóvenes desaparecidos tenían la misma edad que sus alumnos de las clases de Filosofía en la universidad.



Durante esos años, el mundo estuvo dividido en una guerra de ideas. Se enfrentaron sistemas de

pensamiento y de producción. Y esa división ocurrió en diversas latitudes en el mundo, en particular en Centroamérica. Esa guerra se llamó metafóricamente “Guerra Fría”: se suponía que era una guerra de baja intensidad, sin bombas, sin ejércitos, pero a la vez, fue muy violenta cuando tomaba cuerpo en un país específico. En El Salvador, el gobierno militar persiguió por más de dos décadas a personas que cuestionaban las condiciones de pobreza, marginación y violencia en que vivían; muchas personas fueron desaparecidas o encarceladas.

En enero de 1981, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) lanzó su ofensiva final. El frente estaba formado por cinco fuerzas de oposición, entre ellas varias integradas por aquellos frentes estudiantiles revolucionarios de la década de 1970. La ofensiva fue aplacada por el ejército, pero el FMLN lanzó sus manifiestos de liberación nacional, cuyo propósito era derrocar al gobierno. Su siguiente paso fue establecer sus campamentos en las montañas. Aunque era una decisión estratégica para la guerra de guerrillas, significó una tragedia para las poblaciones campesinas.



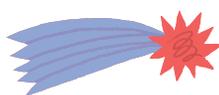
El gobierno acusó a los campesinos de apoyar, esconder y colaborar con la guerrilla. Sin pruebas y sin investigaciones. Sin excepción.

Por eso, muchos campesinos comenzaron a ser acosados por el ejército. Les acusaban de colaborar con las fuerzas rebeldes de la guerrilla. Esa persecución llegó a convertirse en una operación militar llamada “Tierra arrasada” y consistió en eso: arrasar la tierra, destruir todo, no dejar rastro de vida.

Familias enteras huyeron a las montañas, a las cuevas y a los barrancos, a las orillas de los ríos, a las fronteras naturales. En algunos lugares, como en Chalatenango, la frontera era solo un río, el río Sumpul.

Las voces corrían y los campesinos de diversas comunidades se informaban del asedio. Algunos hombres dejaron de llegar a sus casas, y se escondieron en milpas, cuevas y montañas. Las mujeres se quedaron solas con los hijos y los ancianos. Pero a algunos cantones y caseríos en lugares muy remotos no llegaban esas noticias y las personas no sabían qué estaba pasando. La guerra les sorprendía al despertar con el ruido de explosiones y de helicópteros sobrevolando sobre sus casas, sobre sus ranchos.

Aunque algunas informaciones corrían rápido, otras tardaban mucho en llegar. Algunas masacres de esos días se conocieron hasta que terminó la guerra, una década después de haber sido ejecutadas.



En diciembre de 1981, las informaciones del plan “Tierra arrasada” no llegaron a Morazán ni al case-río El Mozote ni a los cantones y caseríos aledaños. Como cada mañana, las mujeres habían despertado muy temprano a moler maíz para hacer tortillas para el desayuno. A las cuatro de la mañana, los hombres salieron a los terrenos de cultivo. Los niños y las niñas jugaron, como de costumbre. Las ancianas y los enfermos fueron atendidos por las mujeres de sus familias. Entre esas mujeres estaba Rufina Amaya.

Como El Mozote no tenía electricidad ni agua potable, las mujeres molían el maíz con piedras de moler o molinos manuales, y acarreaban agua o lavaban en el río. Las familias eran numerosas, con niños y niñas de todas las edades, mujeres embarazadas, abuelas y abuelos respetados. En El Mozote y otros lugares de

la zona rural del país, varias generaciones vivían bajo un mismo techo.

Era un lugar lleno de vida: con vecinos que se saludaban desde muy temprano; niños y niñas que correteaban; en los patios vivían animales domésticos y aves y crecían los jardines de flores de colores intensos, veraneras, claveles, rosas, árboles de fuego y maquilishuat, arbustos de manzana rosa y enredaderas de campanillas... Las personas criaban vacas y cerdos para vender y subsistir, y también para preparar deliciosos tamales para festividades importantes, como la Navidad. La comunidad había construido una pequeña iglesia, que se decoraba con el único lujo de las flores silvestres y los adornos de papeles de color.

Muy temprano, el 11 de diciembre, el batallón Atlacatl del ejército nacional llegó a El Mozote. Fueron enviados 2 mil soldados. Los perros aullaron asustados, los pájaros cantaron escandalosamente, como al anunciar terremotos o grandes tormentas.

Muchos pobladores sintieron angustia al ver el tropel de soldados que gritaban ordenándoles que salieran de sus casas. Como los hombres estaban en las milpas o refugiados lejos, en el cantón solo

quedaban los más ancianos, las mujeres, las niñas y los niños.

Los soldados empezaron a sacar a las personas de sus casas, pues muchas no se atrevían a salir, tenían miedo. Ya se sabía que el ejército perseguía y amenazaba a los campesinos. Se sentían desamparados: quienes debían protegerles les ponían en peligro.

Rufina Amaya y su esposo Domingo Claros estaban en la casa, junto a sus hijos José Cristino, de 9 años; María Dolores, de 5; María Lilian, de 3, y María Isabel, de apenas 8 meses. Tenían una hija mayor, llamada Fidelia, pero ella estaba de visita donde unos



familiares. Pronto escucharon cómo los soldados aporreaban las puertas de los vecinos. Lo mismo pasó en su casa.

La familia fue separada: Rufina fue enviada a una fila de mujeres; Domingo, a la de hombres, y las niñas y los niños fueron llevados a la iglesia, con los ancianos. Las puertas y las ventanas de la iglesia fueron trancadas.

Las mujeres de El Mozote lloraban al escuchar los llantos de sus hijos. Los niños gritaban con desesperación y miedo; los ancianos rezaban, se escuchaban sus bisbiseos como un zumbido triste de abejas.

Todo fue rápido y violento.

Los soldados tomaban a las personas en grupos de cinco: cinco mujeres y cinco hombres, y los llevaban a una lomita, donde, sin informarles la causa, les fusilaban.

Rufina caminaba lento en su fila y alcanzó a ver cómo su esposo se revelaba, y en respuesta, un soldado le disparaba. Eran tantas personas y tanto era el llanto y los gritos de auxilio, que Rufina se concentró profundamente para encontrar un lugar dónde esconderse. Era la última de la fila y notó que, para



ocultarse, había que rodear un matorral muy grande de arbustos de manzana rosa; al estar cerca se introdujo entre las ramas y guardó silencio.

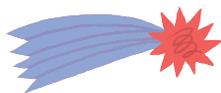
Nadie se dio cuenta de que se había escondido. Ella se mantuvo con los ojos abiertos y observó cómo mataban a tantas mujeres y hombres. Escuchaba también los gritos de los niños. No había razón para tanto horror.

—Nos están matando como si mataran animalitos —se dijo con pesar.

Mientras más escuchaba los gritos y los disparos, más temía por su vida. Rufina era creyente, así que hizo una promesa con Dios:

—Dios mío, si me salvas, yo voy a contar lo que ha pasado.

Y fue así como, un año después, Rufina contó esa historia a María Julia.



A finales de diciembre, el equipo de Radio Vencemos, una radio clandestina del FMLN que transmitía desde las montañas de Morazán, ingresó a El Mozote.

La masacre había permanecido oculta de los medios de comunicación, y algunos campesinos que sabían del horror lo guardaban en su corazón, como una herida profunda y viva.

Santiago, un joven periodista venezolano que había llegado a El Salvador para participar en la revolución, se adentró entre las ruinas de El Mozote. Lo primero que vio fueron juguetes quemados tirados en el piso, casas quemadas y ropa. El 31 de diciembre, el último día de 1981, Santiago reveló la información de la masacre.

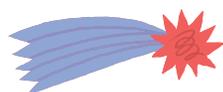
A inicios de 1982, la Oficina de Socorro Jurídico del Arzobispado de San Salvador tomó otro nombre y un rumbo importante: Tutela Legal del Arzobispado nació por decreto eclesial para buscar la justicia y la paz. El sucesor de monseñor Romero, monseñor Arturo Rivera y Damas, tomó también el compromiso de buscar la justicia para los pobres y los sufrientes, así que nombró a María Julia como la primera directora de Tutela Legal. Sus años junto a monseñor Romero y su estudio constante de la ley le dieron la espesura y la valentía necesarias para dirigir una institución tan crucial para esos días violentos.

Entre 1975 y 1982, la violencia del Estado cambió, y aunque las detenciones clandestinas y las desapariciones forzosas continuaron, la población rural fue la más perseguida y masacrada, como ocurrió en El Mozote, La Joya, Los Toriles, Cerro Pando, Jocote Amarillo y Ranchería, en Morazán en diciembre de 1981.

Rufina sobrevivió a la masacre y, tal como prometió, contó lo que había ocurrido. Sobrevivió después de esconderse ocho horas entre el arbusto de manzana rosa. Durante ese tiempo, escuchó los gritos y los ruegos de toda su comunidad, de su familia.

Al mediodía, los soldados decidieron matar también a los animales domésticos y al ganado. Después, incendiaron la iglesia y las casas. No querían dejar ni un solo rastro de vida.

Al caer la noche, El Mozote relumbraba como si se tratara del amanecer, por la intensidad de la luz de las llamas.

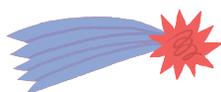


María Julia había escuchado sobre muchas injusticias esos años, pero jamás un testimonio tan desolador.



Tantos niños asesinados, tantas vidas devoradas por las llamas. Tenía que encontrar un camino para denunciar esa violación a los derechos humanos. “El pueblo salvadoreño es muy sufrido, pero tiene un alma grande. Ya es tiempo de que se le deje vivir en paz”, decía. Esa frase era su motor de vida: la búsqueda de la paz.

Muchos años después, los informes forenses realizados en El Mozote registraron que entre el 10 y el 13 de diciembre de 1981, los soldados del batallón Atlacatl asesinaron a mil personas, de las cuales 553 eran niños y niñas.



La guerra continuó una década más. El 16 de enero 1992, el gobierno de El Salvador y la contraparte de la comandancia del FMLN firmaron en Ciudad de México los Acuerdos de Paz. Hasta ese día, Tutela Legal había abierto 50 mil expedientes de víctimas de violaciones a derechos humanos y había registrado más de 200 masacres en las que murieron más de 10 mil personas. El saldo final de esa guerra fue de 75 mil pérdidas humanas.

Muchas personas que perdieron a sus familias en la guerra civil murieron antes de que llegara la paz. Murieron sin ver de nuevo a sus hijos e hijas, sin saber dónde llevar flores a sus seres queridos. Pocas pudieron contarlo, como hizo Rufina, y muchas hasta ahora no pueden hacerlo. Hablar en voz alta sobre la guerra y los duelos sigue siendo un acto doloroso. Cada familia, cada persona, cada mujer o niña que tiene una historia de la guerra, una pérdida, un duelo incluso, espera aún su momento.

Ahora mismo, cuando lees este cuento, han pasado más de 40 años de todas estas tragedias, pocas han sido juzgadas. La Historia no empieza ni termina en fechas o en efemérides. La Historia es un proceso y va marcada en los cuerpos y las mentes de sus sobrevivientes. La Historia impacta miles de vidas, muchas de las cuales no aparecen en los libros. Para quienes sobreviven, la guerra es todavía una nube que flota sobre sus cabezas permanentemente y proyecta una inmensa sombra sobre sus cuerpos.

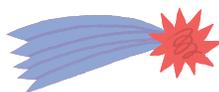
La paz, cuando llega, es un compromiso con la vida y la memoria, requiere respeto y esfuerzo comunitario, nacional.



La paz necesita personas como las mujeres de esta historia: valientes, comprometidas a trabajar por la justicia, dispuestas a contar la verdad, preparadas para iluminar ese pasado oscuro.

María Julia y Rufina fueron mujeres de una misma generación que vivieron diversas experiencias del dolor de la guerra. Nacieron en la misma década, en familias de clases sociales muy distintas y con posibilidades de superación diversas. Pero se encontraron en el lugar común de todas y todos: la Historia.

Ellas, como miles de mujeres, fueron protagonistas de las etapas más terribles y dolorosas de la historia reciente de nuestro país. En ellas se replican las biografías de otras mujeres anónimas: incansables buscadoras de la verdad, profesionales del esclarecimiento de las injusticias y sobrevivientes de masacres que repiten su dolorosa historia para que no vuelva a ocurrir.



La historia de Rufina y de María Julia nos habla de una fuerza interior única que, compartida con otras,

toma la fuerza colectiva de la esperanza. Rufina decidió contar su testimonio, María Julia decidió buscar justicia para las víctimas. Rufina y María Julia tomaron decisiones cruciales en tiempos complicados y confusos, decisiones que ponían en riesgo sus propias vidas, pero que, lejos de apaciguar su lucha, las llenaron de pulsión vital para seguir adelante. Y las llevaron hacia la verdad y el reconocimiento para miles de vidas perdidas anónimamente; las llevaron a crear mecanismos para alcanzar la justicia; sus decisiones construyeron el futuro, un futuro de justicia, verdad y reparación.

María Julia y Rufina ya no están en la Tierra. Pero su lucha persiste en miles de mujeres sobrevivientes que no se cansan de buscar la verdad, colocando su cuerpo y su luz en la construcción de testimonios, archivos y pruebas científicas que comprueban lo que sucedió en el pasado reciente. Mujeres que caminan por veredas oscuras, a la orilla del camino de la Historia, y lo iluminan como llamas perpetuas para que no perdamos el paso.





Los hilos de la memoria

*Teresa Cruz Miranda y las mujeres,
niñas y adolescentes refugiadas
en Honduras*

Ilustrado por Andrea Altamirano

Había una vez una niña que enhebraba una aguja. Cerraba su ojo para que el otro ojo, el de la aguja, fuera claro y ella pudiera hacer pasar el delgado hilo y continuar con su costura. Permanecía en silencio hasta que un zumbido interrumpió su concentración.

Era un zumbido intenso, sobre su cabeza, como si cien panales de avispas flotaran sobre ella. La niña se llamaba Teresa Cruz y tenía 12 años. Su casa estaba en un cantón llamado Santa Anita, en San Antonio, en la zona de los cerros de Chalatenango.

La madre de Teresa se levantó angustiada y se asomó al patio de la casa: el zumbido provenía de un helicóptero. La niña se acercó a su madre, y su



madre la rodeó con los brazos. El vuelo del helicóptero, tan cercano, doblaba los árboles más fuertes y rompía sus ramas, levantaba la tierra y creaba una polvareda como un tornado. Teresa y su mamá cerraron los ojos.

Cuando volvió la calma, Teresa abrió los ojos, la polvareda seguía levantada, pero el sonido era tan lejano que parecía que había sido un sueño. Entonces, la niña escuchó voces de mujeres. Eran las vecinas que se habían reunido afuera de la casa y estaban preocupadas. El helicóptero era del ejército nacional. Era 1979 y ya desde 1975 las incursiones del ejército en la capital y la zona rural eran reconocidas como actos represivos contra la población.

—Ya no podemos seguir así —dijo una de las vecinas—. Tenemos que irnos de aquí.

—Pero dónde —decían varias preocupadas.

—Al monte, a los cerros, como los hombres —sugirió otra vecina.

Por el acoso del ejército al campesinado, al vincular el trabajo agrario con la insurgencia, muchos hombres habían decidido moverse hacia los cerros, permanecían escondidos en cuevas, barrancos y árboles. Pensaban

que así ponían en menor riesgo a las mujeres, a las niñas y a los niños, y a las personas ancianas. La decisión era difícil, pero muchas familias la habían tomado. La madre de Teresa vio a su alrededor y pensó que dormir en el monte era peligroso para su hija más pequeña, una bebé, de 6 meses, pero los más grandes podían hacerlo y volver en las mañanas. La familia era grande: mamá, papá, y diez niñas y niños.

Cuando el padre de Teresa volvió esa tarde, hablaron de la decisión y comenzaron a empacar lo más esencial para moverse a lugares vecinos, donde familiares y amigos podían darles refugio. Se fueron todos, menos la mamá y la bebé. Los mayorcitos, ya casi adolescentes, se quedaban en el cerro y en realidad no dormían, desde ahí podían divisar cualquier movimiento que pusiera en riesgo su vida y la de sus familiares.

Pero empacar es tan difícil: ¿qué es lo esencial? Es tan difícil decidir cuando hay riesgo; por experiencias en lugares cercanos, ya habían preparado una bolsa de tela con los documentos de identidad, las partidas de nacimiento, la fe de bautismos, las escrituras de la casa y de los animales. Pero muchas familias salían sin

nada, solo con la ropa que tenían puesta, y las niñas y los niños en brazos.

El ejército había capturado a líderes campesinos en todo el país y las comunidades rurales eran vistas como un obstáculo para el gobierno militar. En la zona rural operaba el grupo paramilitar llamado Organización Democrática Nacionalista (ORDEN), que ejecutaba asesinatos y desapariciones forzadas. Poco a poco, las instrucciones militares comenzaron a arrasarse la tierra, quemando caseríos, cantones, cultivos y hasta bosques. Había que salir en guinda, es decir, corriendo, rápido, para salvar la vida.

En esos años, hubo muchos éxodos en la zona rural y la única protección que las personas tenían eran los cerros, la montaña, el bosque, las quebradas, los ríos, los barrancos... la naturaleza misma. La operación sistemática de destrucción de espacios civiles por parte del ejército se llamó “Tierra arrasada” o “Tierra quemada”; algunos historiadores consideran que entre 1980 y 1983 tuvo un uso institucionalizado e indiscriminado en todo el país. Si lo vemos desde la perspectiva de la Historia, fue una política de exterminio.

La familia de Teresa salió de su casa y recorrió varios cantones, caseríos y valles de Chalatenango, en casas donde fueron recibidos; pero siempre, si había condiciones favorables, volvían a su casa, para ver cómo estaban las cosas, para volver a ver a las vecinas, sus árboles, su jardín, sus cultivos. Nadie quiere dejar su hogar de un día para otro.

Un día regresaron, y de su comunidad no quedaba nada. Su casa había sido incendiada, el árbol de mango del patio estaba quemado, la tierra estaba calcinada... Entonces, la familia de Teresa supo que no habría vuelta atrás y tendrían que seguir errantes hasta que las cosas pudieran cambiar y pudieran vivir libremente, como lo habían hecho antes.

En mayo de 1980, el ejército de El Salvador realizó una masacre, por tierra y aire, en Chalatenango, en el caserío Las Aradas. Las personas que sobrevivieron huyeron hacia el río Sumpul, donde fueron atacadas por el ejército salvadoreño de un lado del río y por el hondureño, en la otra orilla. El río funcionaba como frontera natural. Murieron más de 600 personas.

La historia de esa masacre, conocida como las masacres del río Sumpul y Las Aradas, corrió rápido de

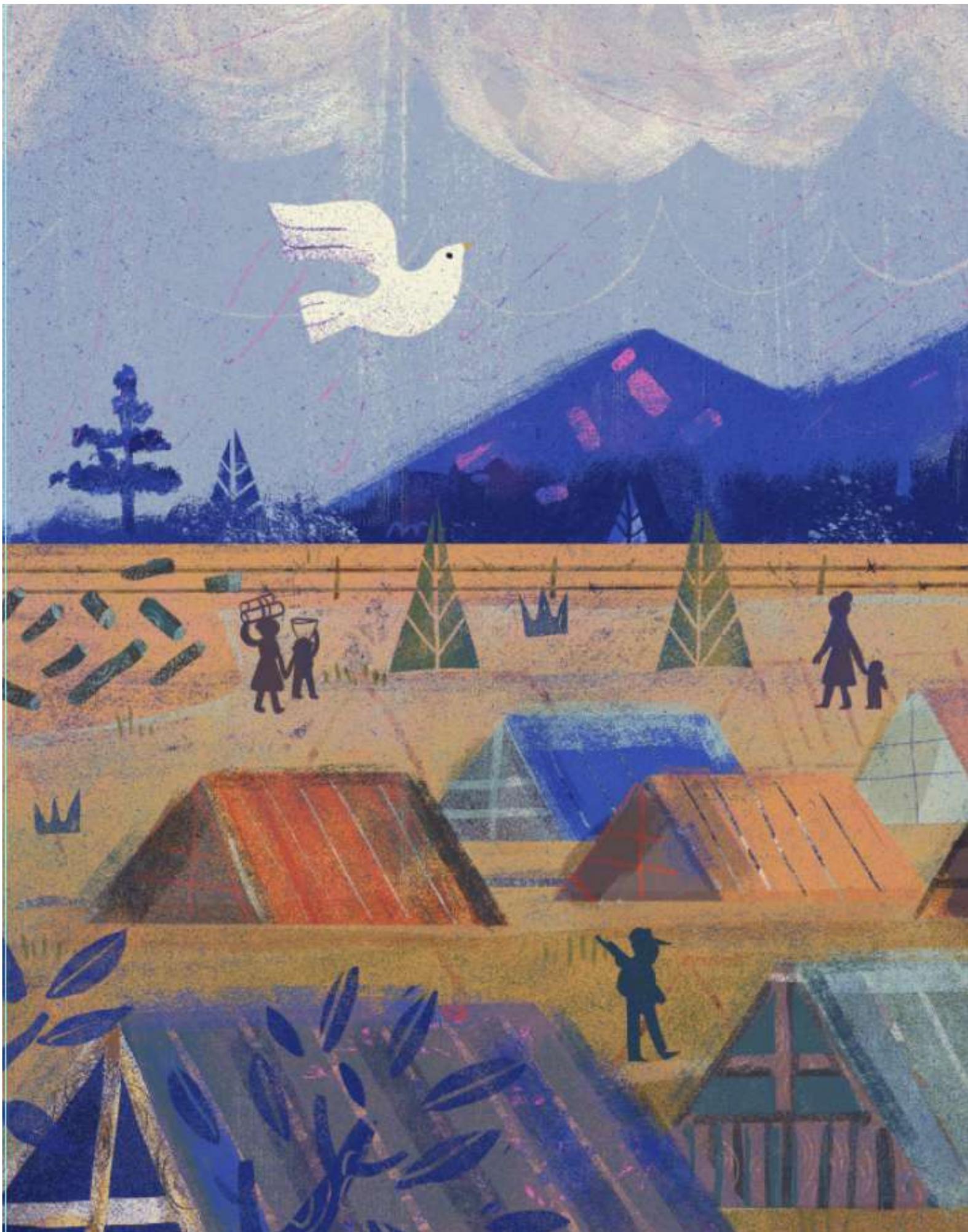
voz en voz. La familia de Teresa también había llegado a la frontera, por otro camino. Ahí, en Honduras, había al menos 100 personas provenientes de El Salvador. Esas 100 personas improvisaron un primer campamento, que no fue reconocido como tal. En la hacienda La Majada, personas de Honduras les dieron cobijo y les dijeron que podían organizarse y hacer ranchos de paja o zacate, de plástico, de cartones, de lo que hubiera a la mano.

La frontera era un lugar muy peligroso porque estaba vigilado por los dos ejércitos. Al concentrarse cada vez más personas provenientes de El Salvador, sufrían más acoso y violencia. Ese año de 1980, la familia de Tere se asentó en varias aldeas del municipio hondureño de La Virtud: muchas personas hondureñas fueron solidarias en ese tiempo y les recibieron en La Majada, El Pilón, Cuajinicuil, San José, Peña Blanca, entre otros. A raíz de la masacre y las guindas de mayo de 1980, en La Virtud, Lempira, se asentó un campamento de personas refugiadas, pero en 1981 tuvieron que moverse a San Marcos Teotepique. Al año siguiente, en Ocotepeque, fue fundado el campamento llamado Mesa Grande. Allí llegaron a

refugiarse más de 10 mil salvadoreños. Entre ellos, la familia de Teresa.

Todos esos movimientos dejaban huellas en las mujeres, las personas ancianas y la niñez. Eran personas vulnerables. Los bebés sufrían de enfermedades respiratorias y estomacales, y las niñas como Teresa tuvieron que madurar mucho más rápido que otras niñas, cuidando de su grupo familiar o de los bebés de la familia, haciendo labores del hogar. Aprendieron también a erigir una casa de campaña con materiales improvisados, como plástico, carpas, a dormir en el piso, a sentir frío y no poder pedir abrigo, aprendieron a no tener sábanas, ropa limpia, zapatos adecuados, ni protección.

La Iglesia católica, que había acompañado a las poblaciones campesinas en sus persecuciones y experiencias de violencia, se alertó pronto y los campamentos fueron conformados con voluntarios católicos e internacionales, representados por el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). Los campamentos se trazaron en la frontera de El Salvador y Honduras, y fueron llamados Mesa Grande y Colomoncagua.





Perder el hogar es irreparable. Aún hoy, cuando lees este cuento, niñas y niños del mundo viven en desplazamiento forzado, por las guerras y el cambio climático. Han tenido que dejar sus casas, sus comunidades, y han perdido muchas veces a sus madres, padres, abuelos y abuelas, hermanas y hermanos y hasta sus amadas mascotas, sus árboles, sus paisajes, sus juguetes. Niñas y niños que, como los de Mesa Grande y Colomoncagua, viven rodeados de alambrados con electricidad y vigilados día y noche por ejércitos que pueden abrir fuego en cualquier momento.

Los campamentos de refugio siempre son contruidos bajo el modelo de carpas. No hay una casa fija, con madera o ladrillos, no hay techos de lámina o tejas, no hay puertas ni ventanas. El hogar toma otra figura. En una carpa pueden vivir muchas personas, pueden vivir 15 o pueden vivir 100, dependiendo de la densidad poblacional de quienes buscan salvar su vida.

Pronto, entre aquellas carpas llenas de personas, se formaron familias. Familias nuevas. Grandes o pequeñas. Algunas familias fueron formadas por la urgencia de la guerra, reconociéndose como personas compañeras de pérdidas y desplazamiento y no

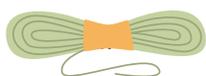
necesariamente por uniones sanguíneas o legales. Resultado de las masacres y las desapariciones forzadas, muchas niñas y niños quedaron huérfanos. Había que pensar otras formas de familia y de comunidad. Había que pensar en otros mundos que fueran posibles para vivir.

Pronto, en los campamentos también, fueron organizándose labores para sobrevivir: canalizar agua, construir letrinas, hacer cocinas colectivas, sembrar huertos y milpas, organizar la alimentación, enseñar a leer a todas las personas, adultas y niñas, aprender oficios para tener trabajos nuevos cuando volvieran



a su país... Las adolescentes como Teresa, que entonces ya tenía 14 años, formaron equipos de maestras populares. En la misma frontera, en esos momentos de incertidumbre y persecución, Teresa ya había tomado la decisión de enseñar a leer a adultos y niños para que aprendieran a informarse. En el campamento, aunque jóvenes, buscaban sus propias estrategias para que las niñas y los niños sin familia fueran parte de una comunidad mayor, que estaba dispuesta a arroparles y a ayudarles a salir adelante a pesar del dolor y el trauma. Les enseñaron a dibujar, cantar, imaginar y soñar de nuevo.

Dibujar fue muy importante en los primeros días de la organización de los refugios.



Hace 40 años, las comunicaciones no eran comparables a las de nuestros días. Tener teléfono requería de un trámite de larga espera en la Administración Nacional de Telecomunicaciones (ANTEL). Una línea telefónica podía tardar años en ser instalada en la capital. Y en la zona rural el tiempo era mayor. Las personas

aún enviaban telegramas, que eran mensajes breves y más inmediatos. En algunas comunidades las personas escribían cartas. Pero también muchas personas no sabían leer ni escribir, La información no circulaba con inmediatez. Las ondas de radio no llegaban a todo el país. Una cámara fotográfica era un lujo y no había un fotógrafo profesional en todos los pueblos. No todas las familias tenían fotografías o retratos familiares. Algunas personas solo tenían las fotografías pequeñas de sus documentos de identidad, como la cédula.

Por eso, muchos recuerdos se llevaban en la mente.

Por eso, también los primeros recuerdos fueron dibujos. Pero esos dibujos necesitaban un soporte mayor al papel. Necesitaban permanecer, necesitaban demostrar el poder del testimonio.

Así que pronto, en esa organización de la nueva vida, relumbraron las agujas.

Las agujas que toda niña y mujer de la zona rural había aprendido a enhebrar para ayudar en las labores del hogar. Coser, remendar, bordar. Coser su propia ropa o ropa ajena para comercializar. Remendar aquellas telas que todavía estaban en buen estado, bordar para embellecer: bordar fundas de almohada,





cortinas, manteles, mantas, ropa de bebés y zapatitos... Bordar con cadenilla, punto atrás, punto de cruz, pespunte, caballito, diente de chucho, puntadas de rococó, puntadas de relleno, tejer encajes... Esas técnicas aprendidas de generación en generación en los grupos familiares o con maestras destacadas de la comunidad volvieron a tener su lugar y su valor.

Ese nuevo lugar fue revolucionario.

Teresa, conocida en el refugio como Tere o Teresita, la Colocha, la Colochita, la Mafalda, fue de las primeras en apuntarse a formar talleres de bordado. Aunque se habían construido unos talleres con máquinas de coser, lo importante del bordado manual es que podía hacerse en cualquier momento del día, en cualquier lugar. Solo requería concentración.

La idea que brotó entre Tere, las demás niñas y las mujeres relumbró en la oscuridad de sus días. Tenían que contar lo que pasó. El mundo tenía que saber lo que habían vivido. Y al no tener cámaras fotográficas ni máquinas de escribir, tenían instrumentos más poderosos: su memoria, hilos y agujas.

Cuando llegaron a los campamentos, las mujeres, las niñas y las adolescentes se vieron encerradas, ro-

deadas de ejércitos, y no podían decir lo que estaba pasando: cuántas guindas habían ocurrido, cuántas masacres, cuántas pérdidas de vidas, de familias... Creían que la educación popular les podía ayudar a pensar como agentes de cambio. Creían en el poder de decir la verdad. Así que entre las refugiadas doña Narcisa, doña Aída, doña Tinita, doña Emeteria, doña Zoila, Consuelo, Teresa, Rina, doña Rafaela, Rufina y el padre Beto pensaron que era necesario buscar la solidaridad por el mundo. Y como no podían salir del campamento, y tampoco podían enviar cartas o telegramas, decidieron que la forma de comunicarse con el mundo sería por medio de los bordados. Pensaban que podrían entregar las mantas para que las llevaran entre sus ropas a algunos voluntarios internacionales de confianza. Los bordados podían hablar por ellas.

Y así los bordados hablaron en las iglesias, en las universidades y contaron lo que pasaba en El Salvador. Fuera de nuestro país, había mucho interés por la guerra y mucha preocupación por las violaciones a los derechos humanos. Aunque la prensa nacional no dijera nada, las noticias internacionales, los voluntarios, los misioneros, los religiosos, al salir del país, llevaban las

noticias por el mundo. Los bordados eran la prueba: eran un testimonio vivo de quienes estaban viviendo persecución, eran la voz de quienes habían sobrevivido. El inicio de los bordados testimoniales fue clandestino, solo lo sabía un grupo reducido, entre ellas Tere.

Tere era parte del equipo coordinador de educación, daba clases y como maestra popular conocía a las personas refugiadas y sus historias desde La Virtud. Además, conocía la niñez, las historias de las escuelas, daba clases de 1.º a 6.º grado, enseñaba a niñas y niños a dibujar historias de vida, algunos eran huérfanos y huérfanos. Esas historias eran inspiración para bordar.

En los campamentos de La Virtud, Teresa había conocido a Consuelo Mijango, como le gustaba que la llamaran. Era poeta y componía canciones. Con ella empezaron a bordar las mantas. Estos bordados eran llamados “mantas”, término que designa bordados de uso utilitario, como para guardar alimentos. Pronto se formó un taller paralelo y clandestino de bordado. No se trató de bordar manteles o camisas, como antes. Se trató de bordar testimonios. Sus propias historias.

Las primeras mantas salieron del campamento en manos del padre Beto, un sacerdote franciscano capu-

chino que las había acompañado en sus desplazamientos. Después, las sacó entre sus cosas Yvonne Diling, misionera de Caritas. Al ver que las personas podían sacarlas en sus maletas o mochilas, comenzaron a bordar más, muchas, tantas historias que contar. Pero el taller seguía siendo clandestino. El mayor temor de las bordadoras era que los soldados entraran al campamento a catear la producción, las pertenencias de quienes vivían en el campamento. Teresa y sus amigas llamaban a Mesa Grande “la cárcel sin paredes”.

Los primeros bordados fueron sencillos. Un ave volaba en un pañuelo y a su alrededor, una bordadora escribía su mensaje “Campamento de Refugiados Mesa Grande. Pedimos paz en El Salvador y toda Centroamérica”.

Pero, poco a poco, la destreza de las mujeres bordadoras, sus memorias, su dolor, aquello que no podían decir, pero necesitaban contar, fue tomando forma sobre la tela, fue teniendo identidad con las agujas y los hilos. Fue creciendo al ser compartido. Fue compartido mientras fue enunciado en la labor, mientras fue dicho en voz alta, y se fue haciendo un tejido propio, un tejido social, un entramado compuesto por tantas voces y tantas experiencias.

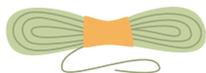
Los bordados, doblados, como una manta, un pañuelo o una camisa, cabían dentro de maletas y mochilas, y al extenderse, lejos de las fronteras de El Salvador y Honduras, contaron las historias de represión y violencia del Estado salvadoreño. Dieron testimonio. Fueron documentos. Fueron compartidos en iglesias, en universidades, en centros comunitarios y en manifestaciones solidarias alrededor del mundo, especialmente en Estados Unidos y Europa.

Las mujeres, las adolescentes y las niñas de Mesa Grande tomaron decisiones arriesgadas, ellas decidieron dar testimonio al mundo por medio del bordado. Y plasmaron sus testimonios en búsqueda de justicia.

Bordaron las masacres que sobrevivieron: Las Arañas, río Sumpul, río Gualsinga, río Lempa, Tamulasco...

Bordaron cómo era su vida en el momento de la invasión del ejército, bordaron cómo era vivir en un refugio: sus oficios, su organización social, sus ideas de repoblación y retorno...

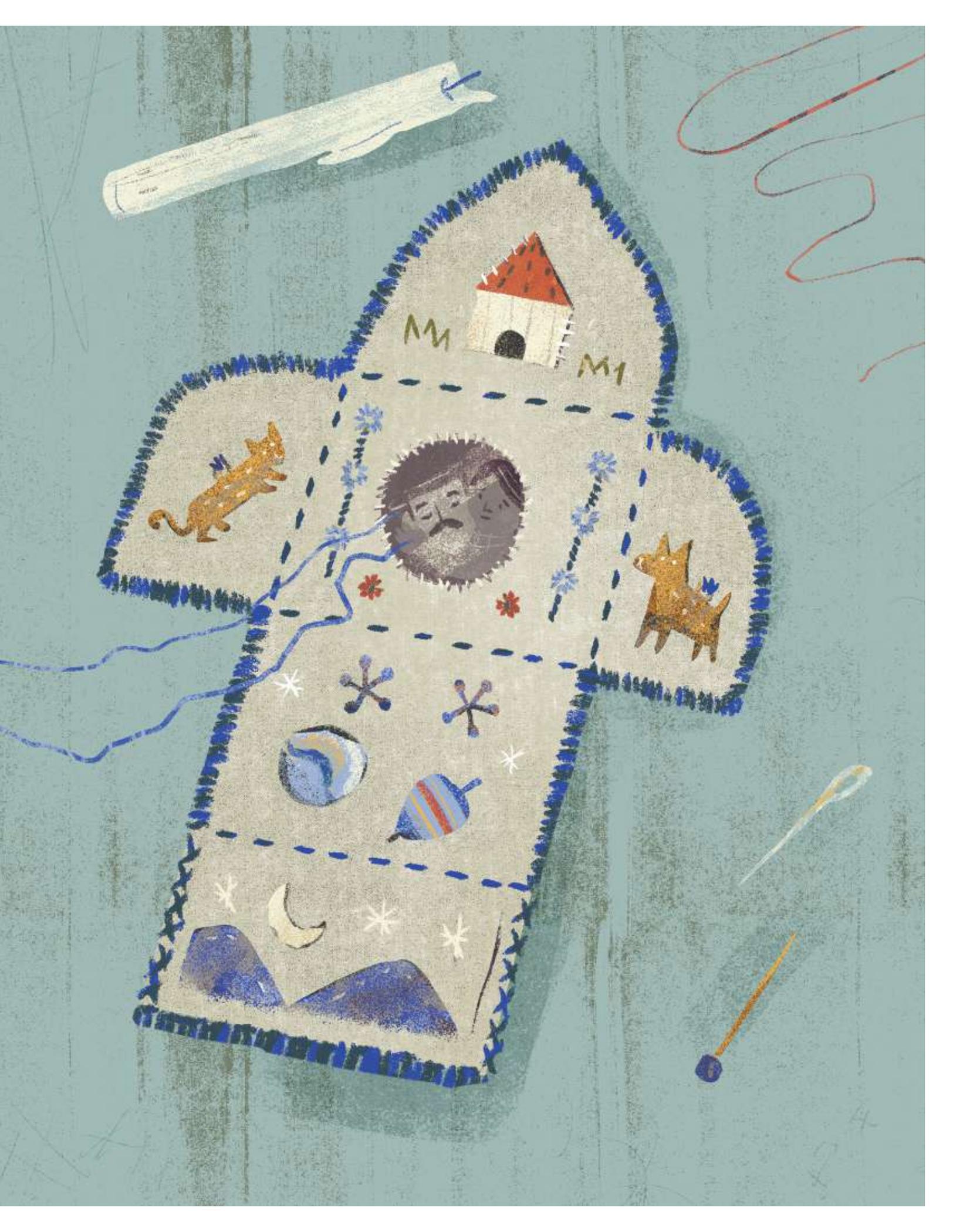
Bordaron sus retratos y los de sus amigas y familiares perdidos.... Bordaron por más de cinco años. A la fecha, no sabemos exactamente cuántas de estas mantas históricas están aún girando en el mundo.



Al principio no había en qué bordar. Las mujeres bordaban pañuelos, ropa que se había roto en las guindas. Después, identificaron que los sacos de harina de trigo que llegaban al refugio eran de tela de manta. Así que recolectaron los sacos, los lavaron y los cortaron, y de esos sacos salieron verdaderos lienzos, grandes, limpios, blancos.

Los bordados llegaron a ser enormes narraciones, las mantas contaban historias, con personajes, paisajes, acción y escritura. Eran como aquellos primeros códices en los que las imágenes contaron, sin palabras, las historias del Nuevo Mundo. Y en los refugios, tanto en Mesa Grande como en Colomoncagua y La Virtud, las mujeres y las niñas contaban con hilos ese nuevo mundo que no olvidaba su pasado. Y tenían la esperanza de que el nuevo mundo que les esperaba en El Salvador fuera solidario, comunitario, con justicia y futuro. Esperaban volver a un país en paz. Muchos bordados pedían el retorno.





Ahora imagina el poder de objetos tan cotidianos y sencillos como hilo y agujas para poder contar la historia de una persona, de una comunidad, de un país.

Imagina que tú, siendo niña, siendo niño, puedes contar lo que ha pasado en tu país.

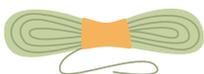
Imagina que puedes guardar y cuidar la memoria de tu comunidad en trozos de tela, imagina que, con tu hilo y tu aguja, guardas el pasado y custodias el futuro.

Eso es lo que Tere, las demás niñas, adolescentes, jóvenes y mujeres hicieron. Fueron guardianas de la memoria de un tiempo muy oscuro, fueron habitantes de comunidades desarraigadas, pero solidarias; escribieron los nombres de sus familiares y sus amigos perdidos; recuperaron la forma de su casa, de su huerto, de su milpa, los árboles de su patio y sus flores y los animalitos que habitaban con ellos: perros, gatos, conejos, gallinas, aves.

Lo primero que Teresa bordó entonces fue su casa. Su casa quemada, en ruinas, y el árbol de mango que florecía entre marzo y abril, devorado por las llamas.

Ahora, cuando veas a una persona de tu familia o de tu comunidad con aguja e hilos, reconocerás que

tiene un gran poder entre sus manos. Porque la aguja, al igual que la justicia, repara.



Teresa cumplió 18 años dentro del refugio. Pasó muchos años rodeada de alambre de púas. En su alma de joven revolucionaria, el retorno a su origen tenía que ocurrir. Las repoblaciones se realizaron entre 1987 y 1989. El primer retorno del campamento de Mesa Grande hacia Chalatenango se realizó el 10 de octubre de 1987.

La guerra no había terminado. El Diálogo por la Paz de La Palma, de 1984, había fracasado. Pero la comunidad refugiada estaba organizada y decidida a volver. Y así lo hicieron. Grandes grupos familiares comenzaron su retorno a pie hacia Chalatenango. Pero al llegar a la frontera, el ejército de El Salvador y el ejército de Honduras les impidieron pasar. Representantes de ACNUR intervinieron en la negociación. Cuando finalmente pudieron pasar, supieron que los días serían largos y con riesgo. Pero, al otro lado de la frontera, en sus poblaciones, les esperaban sus vecinos sobrevivientes y



los sacerdotes, las monjas y los misioneros que tantas veces les habían acompañado. Las primeras repoblaciones fueron Guarjila, Santa Marta, Copapayo y Las Vueltas; después vinieron San Antonio Los Ranchos y Arcatao.

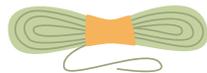
El desplazamiento forzado por la guerra abarcó todo el país. Después del retorno, Teresa trabajó con las comunidades desplazadas en San Salvador, la capital, en las colonias 22 de abril, Madre de los Pobres, San Roque, Mejicanos, Soyapango y otras. Por la experiencia de haber vivido en Mesa Grande, el equipo de pastoral le pidió trabajar con mujeres, jóvenes y comunidades de base, hasta 1993. Luego, Teresa decidió emigrar a Estados Unidos, donde trabajó con las personas migrantes en el área de San Francisco; estas personas emigraron después de los Acuerdos de Paz. Mucho de su trabajo como educadora popular fue con organismos de derechos humanos que conoció siendo una adolescente.

Pero las agujas relumbran siempre y en Estados Unidos Teresa pudo volver a ver las mantas bordadas en Mesa Grande, y pudo recuperar muchas. En España, ocurrió lo mismo: encontró más mantas y las fue

guardando. Había decidido ser guardiana de ese patrimonio de las mujeres de su comunidad.

Ahora muchas de esas mantas bordadas se encuentran custodiadas por un museo. Fueron donadas al Museo de la Palabra y la Imagen por las mismas personas que, hace 40 años, decidieron llevarlas en su mochila o su maleta y ayudar a difundir las violaciones a los derechos humanos en El Salvador.

Después de Estados Unidos, Teresa, viajó a España, donde vivió en Andalucía. Trabajó con las personas migrantes de África y América del Sur, educándolas en derechos, enseñando español y también creando espacios seguros de compartir.



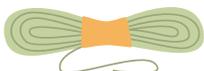
Otros bordados apenas están surgiendo, en la transmisión intergeneracional de la memoria.

Las agujas siguen siendo poderosas y los hilos continúan hilvanando memoria. Las mujeres y las niñas que bordaron entonces siguen bordando. Las que fueron niñas y ahora son madres transmiten ese

saber a sus hijos e hijas; las que entonces eran madres y ahora son abuelas, a sus nietas y nietos.

La memoria intergeneracional no tiene que ver con la experiencia vivida, sino con la experiencia transmitida. Tienes algunos recuerdos de episodios históricos específicos no porque los viviste, sino porque te los contaron tu padre, tu madre, tus abuelas, tu familia o los líderes de tu comunidad. Y ese relato, tan vívido, se instala en ti y lo llevas como una memoria tuya, una memoria propia.

Cuando aceptas esa memoria heredada, cuando aceptas esa memoria transmitida, y decides conservarla, dejas abierta la ventana o la puerta para la justicia, para el futuro y para el perdón y para la sanación.



Han pasado 40 años desde la fundación de los campamentos de refugio en Honduras. Los bordados tienen esa misma edad. La trama de su tela ha resistido, sus hilos conservan sus colores y han viajado por el mundo. El corazón de Teresa también ha resistido.



Teresa volvió a El Salvador en el año 2020, su intención era entregar a su comunidad los bordados que había recopilado en sus viajes y migraciones por Norteamérica y Europa. Volvió a su Chalatenango natal después de 20 años de diáspora, y encontró a aquellas amigas que hizo en los campos de refugio. Ellas la reconocieron. “Teresita” le dijeron las mujeres mayores, “Tere” la llamaron aquellas niñas compañeras.

Ahora Tere tiene un imperativo de bordar: volver a hacer Historia. La Historia de las mujeres sobrevivientes y sus experiencias de retorno y de construcción de la paz. Y hace Historia junto a ellas, con los mismos instrumentos que eligieron bajo las carpas de Mesa Grande.

Las mujeres sobrevivientes de esos años, algunas alentadas por las memorias de hijos, hermanas o amigas que ya no están, decidieron seguir bordando con Teresa. Porque bordar es hacer que la memoria se convierta en documento, porque la memoria y los documentos son fundamentales para construir la paz en un país como El Salvador.

Se reúnen en grupos, comparten los hilos, los enhebradores de agujas, las tijeras, los bastidores. Se sientan en círculos, recuerdan, imaginan, dibujan, crean

formas, conversan. La historia está hecha de todos los hilos y puntadas de todas las mujeres que estuvieron en Mesa Grande y de las personas migrantes por el mundo.

A veces, en sus reuniones Tere lee este poema escrito por su amiga Consuelo en 1981:

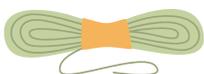
La manta y la memoria

Te bordo con hilos rojos de sangre, con hilo verde de esperanza, con hilos negros de luto y con hilos blancos de paz, bordo esta humilde historia, solidaria que desafía la impunidad total de una guerra impuesta por un estado represivo contra las grandes mayorías pobres...

Hasta que un día el pueblo dijo basta y quiso defenderse, con piedras y dientes, con uñas y puño cerrado, con balas y fuego, con música y poesía, con risa y con llanto, con amor y con dolor.

Por eso hoy te bordo, con mis memorias, con mis manos que piden libertad, con la memoria guardada en lo más profundo de mi mente y corazón, por eso hoy la libero, te comparto, te

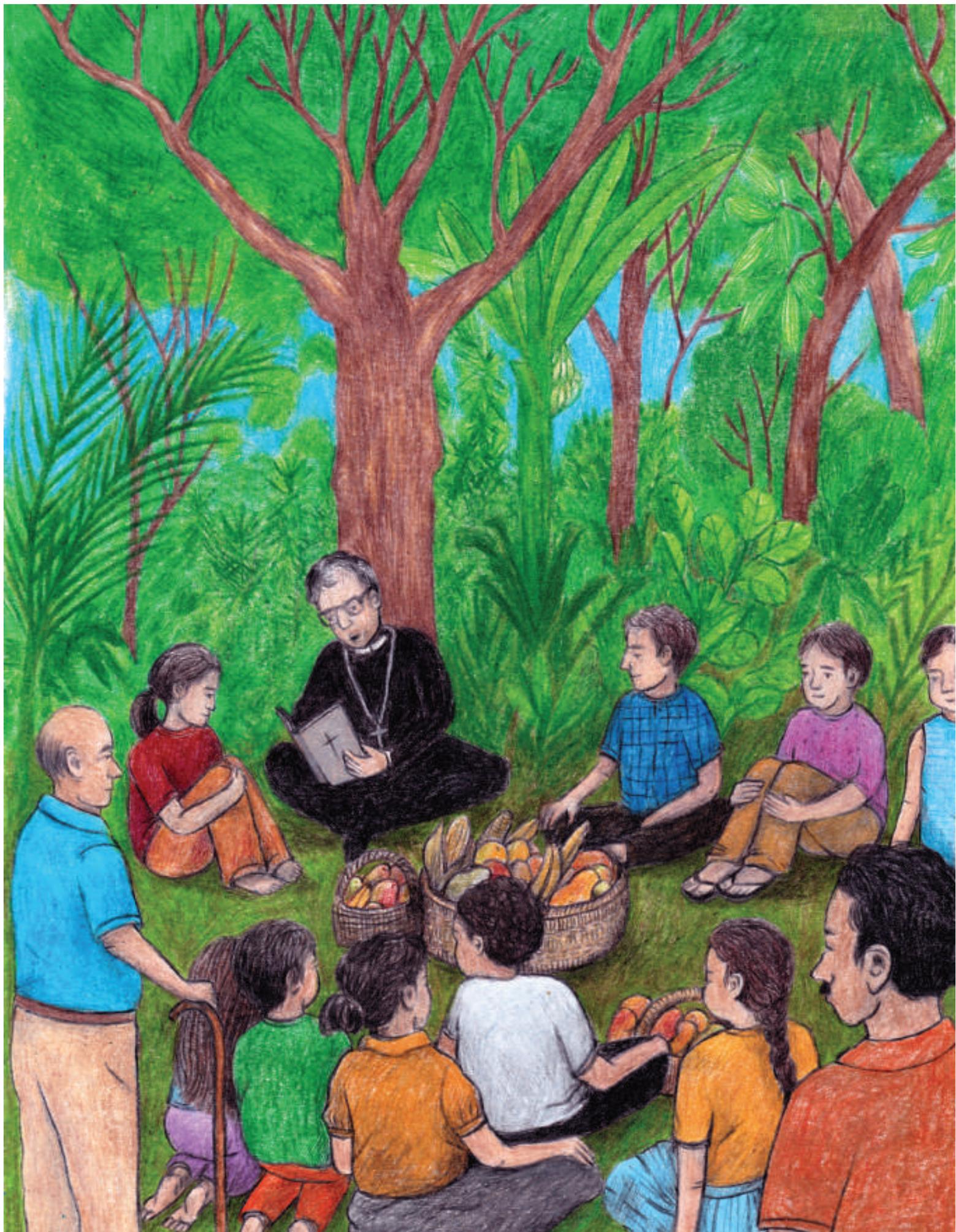
suelto libre, para que sigas sembrando esperanza y seas fruto, en las memorias vaciadas, en las memorias olvidadas de mi pueblo.



Han pasado muchos años desde que comenzó esta historia, ahora Teresa se considera una guardiana de las mantas. Su decisión de bordar junto a las demás mujeres y niñas del refugio de Mesa Grande tocó para siempre su vida. La llevó por distintos caminos en el mundo, en los cuales fue testigo, artista, bordadora y sobre todo historiadora de su comunidad. Las niñas y las mujeres que valientemente bordaron y dieron testimonio de las masacres de las que nadie había hablado o escrito nos han dejado su legado de hilos. Hilos sueltos que podemos tomar y enlazar con ellas.

Teresa es, y así nos lo ha dicho, un hilo más de entre los cientos de hilos que tejen la gran trama de la historia de las mujeres y las niñas en la guerra de El Salvador.

Imagina cómo la decisión de una niña puede cambiar la Historia de su comunidad, de su país.



INTERLUDIO DOS

LOS DERECHOS HUMANOS

ILUSTRADO POR EUGENIA VÁSQUEZ

Después de una marcha de madres que buscaban a sus hijos en la capital, el sacerdote jesuita Segundo Montes fundó el Socorro Jurídico Cristiano en el colegio Externado de San José. De 1975 a 1977, apenas en dos años, el Socorro Jurídico recibió muchísimas solicitudes de búsqueda y denuncias de desaparición. Así que el padre Montes decidió tocar una puerta más grande, la de la catedral, y buscó al nuevo arzobispo de San Salvador, monseñor Óscar Arnulfo Romero. Seguramente, él podría apoyarlo. Y así fue fundada la Oficina de Socorro Jurídico del Arzobispado.

En aquel tiempo, los sacerdotes acompañaban a las poblaciones campesinas en sus celebraciones tradicionales religiosas, pero también en sus penas, sus dolores y sus esperanzas. Los sacerdotes, las monjas y los misioneros viajaban por todo el país, hasta los

lugares más recónditos, olvidados de la propaganda política y de los programas de desarrollo del gobierno. En la zona rural, las personas no tenían acceso al agua potable, la electricidad, mucho menos a líneas telefónicas; no había puentes ni calles para llegar a algunos lugares.

Llevar la palabra de Dios a los más sufrientes era un compromiso que tenía múltiples dificultades, pero los curas, las monjas y los misioneros lo hacían comprometidos con la esperanza de cambiar la vida de las personas. Dios estaba con los pobres, decía la misma Iglesia católica, desde el Concilio Vaticano II, en 1962, y esa idea se expandía bajo la nueva corriente teológica llamada Teología de la liberación, que recorría toda Latinoamérica y se asentaba en comunidades indígenas, campesinas, barrios marginados, en las champas y ranchos, en hospitales, en la misma calle, en la indigencia, en todo lugar donde estuvieran las personas más necesitadas.

Muchos grupos de campesinos que se reunieron a leer la Biblia y hablar sobre la palabra de Dios recibieron el nombre de catequistas y pertenecieron a las llamadas de comunidades eclesiales de base (CEB) y fueron

sumamente importantes para formar comunidades fuertes en su fe cristiana, en la solidaridad comunitaria y en la divulgación de sus derechos: ellos, como hijas e hijos de Dios, como todas las personas ciudadanas del país, tenían derecho a la salud, a la educación, a la alimentación, a tener un techo y un salario digno, y a poder sembrar sus propios cultivos para alimentar a sus familias.

Aunque te parezca extraño leerlo hoy, en esos años estos derechos no eran accesibles para todas las personas. No eran derechos, eran privilegios y era muy difícil alcanzarlos para la mayoría de las personas del país, especialmente para las que vivían en la zona rural y no poseían ninguna escolaridad.

Pero eran tiempos tan confusos y revueltos, que hasta las acciones más bondadosas eran vistas con recelo por el gobierno dirigido por militares, y hasta los sacerdotes, las monjas, los misioneros y los catequistas eran perseguidos, torturados y asesinados.

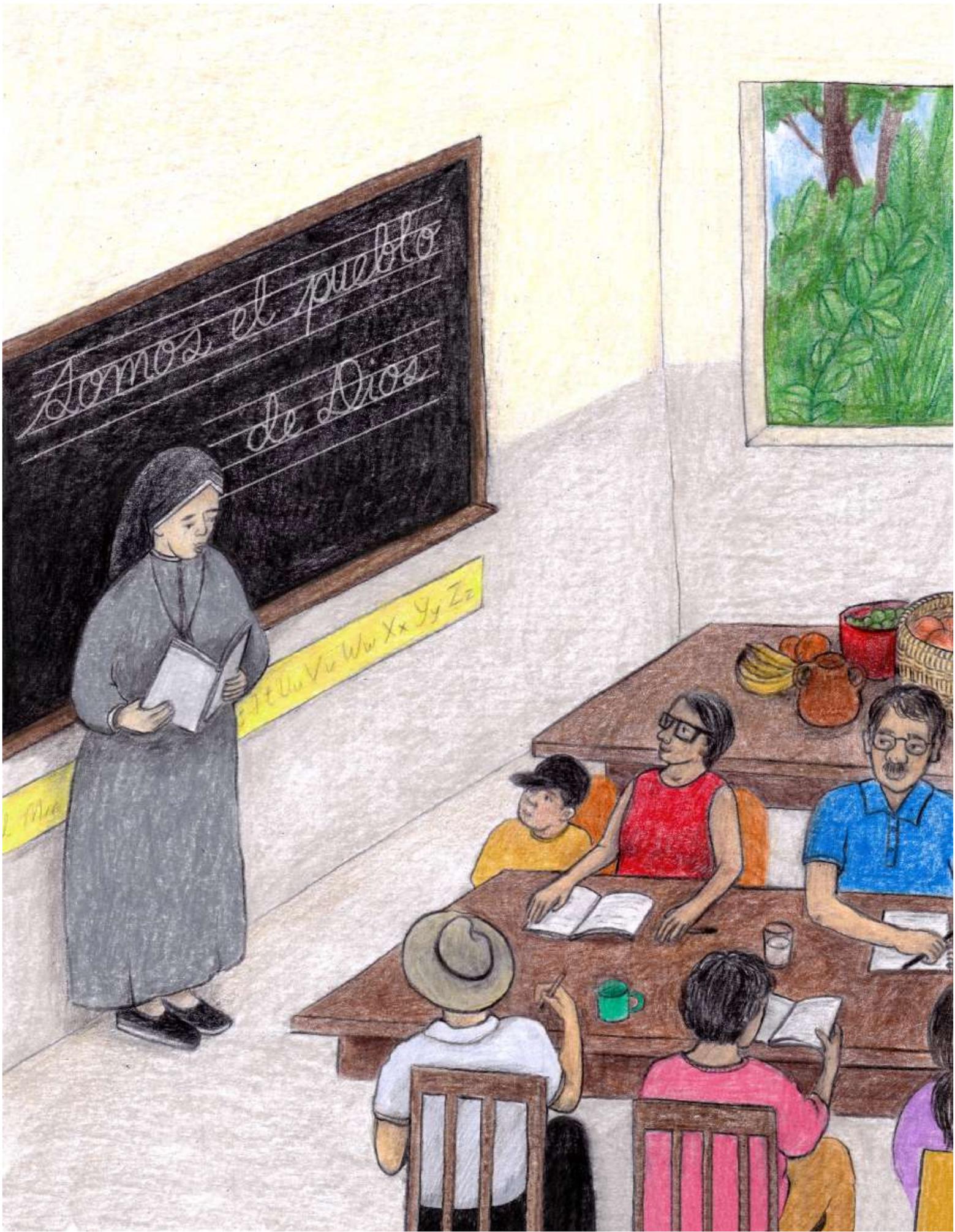
¿Qué estaba pasando? ¿Por qué un país tan hermoso era tan hostil para tantos? Muchas personas emigraron, salieron de sus pueblos y llegaron a las ciudades. Otras se aventuraron a cruzar las fronteras.

Fue también un tiempo de flujos migratorios. Otras fueron víctimas de tortura, desaparición, cárcel y asesinato.

En estos viajes del campo a la ciudad buscando salvar su vida, muchas personas solían hacer grandes filas afuera de la catedral para contar su experiencia a monseñor Romero. Hubo días en los que los testimonios eran interminables y dolorosos.

Cada vez que las madres buscadoras llegaban a catedral, sentían que al fin la búsqueda de sus familiares tendría justicia. De alguna manera: si no era la de los hombres en la Tierra, sería al menos la de Dios en el Cielo. Monseñor Romero las recibía y escuchaba con atención. Ellas habían aprendido tanto sobre el país en tan poco tiempo porque tenían que estar informadas para que nadie las engañara o amedrentara. Comenzaron a aprender también de sus derechos y las leyes.

Estudiantes, universitarios, maestros, campesinos, madres, amas de casa e incluso niñas y niños contaban una historia oral trágica. A estas alturas, no solo había madres buscando hijos, también había esposas buscando esposos, hijos que buscaban padres y madres o abuelos.



El acompañamiento de una gran cantidad de religiosas y misioneros, de monseñor Romero, y de sacerdotes como Rutilio Grande, Segundo Montes, Pedro Declercq, Rogelio Poncele, Jon Cortina, entre muchos, iluminaron las mentes y los corazones de las personas que sufrieron violación de sus derechos humanos. Algunos sacerdotes que sobrevivieron a la guerra, como el padre Declercq o el padre Poncele acompañaron a las personas en sus lugares de origen, en sus guindas para salvar su vida, las visitaron en sus exilios y las esperaron cuando se realizaron los ansiados retornos, a partir de 1989.

El 24 de marzo de 1980, mientras ofrecía una misa en una pequeña capilla en San Salvador, monseñor Óscar Arnulfo Romero fue asesinado. Muchas personas perdieron la esperanza y vivieron el asesinato de monseñor Romero como un dolor y un duelo propio y como la puerta para días mucho más siniestros. Para muchos historiadores, ese día fue el inicio de la guerra

en El Salvador. Pero para las víctimas empezó mucho antes. Ahora, cada 24 de marzo es reconocido como Día Internacional del Derecho a la Verdad en Relación con Violaciones Graves de los Derechos Humanos y la Dignidad de las Víctimas.

La verdad, como sabrás ahora, es un derecho humano.

“El dolor de unas es el dolor de todas”

Historia de los comités de madres buscadoras

Ilustrado por Wilber Salguero

Había una vez una hija que no regresó.
Había una vez un hijo que no volvió.
Había una vez una madre, un padre, un tío, un abuelo,
una abuela, una hermana, que no volvieron a su hogar.
Así comienzan muchas historias en este país.



Hace casi 50 años, muchas personas, especialmente jóvenes, desaparecieron y miles de personas murieron en El Salvador. Eran tiempos convulsos y oscuros, que aún son recordados con tristeza y temor. Pero en esa oscuridad, aparecieron resplandores



vivos, ráfagas de luz que al principio se notaban débiles y luego iban cobrando intensidad, fuerza. Esas fueron las luces de esperanza de las madres que buscaban a sus hijos e hijas; de hijas e hijos que buscaban a sus padres y madres, tíos, abuelos y abuelas... Y cuando leas este cuento, aún hoy, seguirán buscando.



Ahora, después de tanto tiempo, pocas personas quieren recordar esos años. Pero es importante volver a contar esa historia. Porque aún ahora hay sillas vacías en los comedores de muchas casas; habitaciones intactas, detenidas en el tiempo; jardines que crecen y florecen, aunque la mano que los cultivó no volvió, o ramilletes de flores que esperan ser colocados en una tumba con un nombre amado repetido y buscado por décadas.

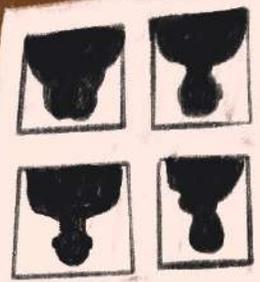
Recordar significa hacer pasar por el corazón. Cuando contamos la historia de quienes murieron y desaparecieron en esa guerra y reconocemos la lucha de quienes aún les buscan, hacemos que su vida vuelva a pasar por los corazones de sus seres queridos. Y eso les hace estar presentes. Fueron desa-

parecidos forzosamente, sí, pero no se han ido de la memoria de sus familias.

Aquellos años oscuros comenzaron en 1975, y se extendieron hasta 1992. En 1980, empezó un tiempo que fue llamado “guerra civil”. Pero fue una guerra que comenzó sin campos de batalla, como las que sueles leer en libros.

Empezó como un día cualquiera: las personas salían de su casa, hacia la escuela, el trabajo o la universidad. En el campo o la ciudad. Podían caminar hacia la iglesia o hacia el cine. Pero su camino era interrumpido. Algo ocurría en el camino que les hacía desaparecer. Ese algo que sucedía se llama “desaparición forzada”. Pero entonces, nadie podía nombrar esa palabra, porque nadie sabía exactamente cómo ocurría, quiénes la realizaban, por qué.

Eran tiempos de palabras nuevas o hasta entonces desconocidas: desaparición forzada, tortura, masacre... Tuvieron que pasar muchos años para saber exactamente cómo ocurrían esas palabras, cómo y quiénes le daban forma a su significado. Tuvieron que realizarse tantas investigaciones, se escribieron libros, se buscó en archivos. Buscar siempre. Persistir.





Pero así como desaparecían esos hijos e hijas, esos padres y madres, así les buscaban sus familiares, especialmente las mujeres, las madres. Les buscaban de hospital en hospital, de delegación de policía en delegación de policía; en cárceles, en morgues, en barrancos, en parajes lejanos... de puerta en puerta con los vecinos:

—¿Ha visto a mi hijo? —preguntaban las madres y mostraban una fotografía.

Las mujeres de este cuento buscaron a sus hijos y familiares durante tantos años que se volvieron décadas. Y aún hoy, 30 años después del fin de la guerra, las madres, ahora también abuelas, siguen buscando.



En las décadas de 1950 y 1960, muchos jóvenes, sobre todo varones, entraron a la Universidad de El Salvador. Fueron años de un gran crecimiento de la población estudiantil; en general, hubo un incremento de la población. En la mayoría de países, la porción de población más grande estaba formada por jóvenes.

La población estudiantil crecía y aunque no todos entraban a la universidad, sí eran capaces de terminar la educación básica, hasta el bachillerato. Asimismo, fueron años de migraciones internas, del campo a la ciudad, para seguir los estudios universitarios o conseguir trabajos relacionados con las tecnologías y los servicios. Esas generaciones tuvieron más estudios que sus padres y más oportunidades de movilidad social que sus abuelos.

Eran buenos tiempos para la juventud, pero también eran malos tiempos para ser joven.

Durante estas décadas, se agudizó la militarización del país. Para muchos jóvenes, pertenecer al ejército significaba una oportunidad de salir adelante. Era un escalón más de logros para familias que no habían tenido mayores oportunidades de desarrollo. Pero otros jóvenes llegaban al ejército sin elegirlo, reclutados forzosamente.

Ya para 1970, había una mayor población de estudiantes universitarios en el país. Las familias soñaban con tener un profesional en su casa: tal vez un médico, un ingeniero, una abogada; hasta que un día, el hijo no regresó, la hija no regresó.





Las madres pensaban que se había quedado estudiando con sus amigos; los exámenes eran muy difíciles. Pero al día siguiente, los jóvenes no regresaban a casa.



Aunque había más oportunidades para la juventud, la mano del gobierno hacia los jóvenes era muy dura; existía un cuerpo de seguridad llamado Guardia Nacional, que reprimía las reuniones estudiantiles o las manifestaciones y destruía los periódicos o revistas juveniles.

Los jóvenes tenían derecho a estudiar, pero no podían pensar de manera diferente al gobierno.

Desde 1931, El Salvador había sido gobernado por presidentes militares. A medida que pasaban las décadas, la pobreza era mayor, el desempleo incrementaba y no había acceso a vivienda digna o propia. Algunos jóvenes se sentían ahogados; a pesar de estudiar y trabajar con esfuerzo, no se imaginaban un mejor horizonte.

Desde 1968, en Europa y en México, los jóvenes se habían rebelado. En Estados Unidos, se manifestaban contra la guerra de Vietnam, que tomaba a los más

jóvenes como carne de cañón y los enviaba al frente de batalla a un país desconocido en un continente lejano. Muchos de esos soldados regresaban en ataúdes; otros, lisiados y otros, deprimidos o con ideas suicidas.

Como sus pares en el mundo, en la Universidad de El Salvador se organizaron varios frentes estudiantiles que creían que había que cambiar el modelo político del país. Esos estudiantes pensaban que había otros caminos para un mundo más justo, con menos explotación económica y con bienestar para todos y todas. Las autoridades, que les perseguían por sus ideas, les criminalizaban de diversas formas; ya fuera por sus lecturas extranjeras, ya fuera por su fe religiosa católica o incluso por su imagen: por usar barba o cabello largo, vestir pantalones de campana, escuchar cierta música, fumar...

Pero todas estas transformaciones sociales no solo ocurrían en la universidad o en la capital. En el campo, los usos de los nuevos pesticidas causaban daños irreparables en la salud de los campesinos que eran peones en las fincas; los peones y sus familias no tenían derecho a una casa propia ni a una parcela de

tierra para cultivar su subsistencia: maíz, frijoles y algunas verduras. Los bebés morían a causa de la desnutrición, las mujeres morían a causa de complicaciones en el parto... Así que muchas comunidades campesinas comenzaron a organizarse en cooperativas o a luchar para que se reconocieran sus derechos como trabajadores. Y así fue como también las comunidades campesinas fueron vigiladas por el ejército o grupos paramilitares, formados por sus propios vecinos; y muchos líderes y lideresas fueron perseguidos, desplazados o desaparecidos forzosamente.



Estas historias no eran únicas ni aisladas, se contaban por cientos. Y eran tantas las personas que las contaban: madres, abuelas, hermanas, esposas, hijas... Muchas de esas mujeres fueron perseguidas, capturadas o desplazadas.

María del Socorro era una campesina de San Vicente, una de las zonas agrarias más desarrolladas del país. Desde niña, trabajó en campos de algodón y conoció la explotación laboral; pero, sobre todo,

identificó el daño que los pesticidas estaban causando en las personas que trabajaban, como ella, en los algodones.

En aquellos años, los pesticidas eran una novedad de la agroindustria: mejoraban la productividad de los cultivos, pero tenían un impacto tremendo en la salud de las personas. El Salvador era aún un país agrario basado en el monocultivo; mantener el control en la población trabajadora en monocultivos como café, azúcar o algodón llegó a ser represivo. Cuando María del Socorro denunció el impacto de los pesticidas en la salud de los agricultores, fue amenazada y perseguida, lo que la llevó a desplazarse a la capital. Esa emigración, realizada con miedo y bajo riesgo, puso un nuevo horizonte ante sus ojos: el acceso a la educación. En San Salvador, su hijo mayor podría estudiar en la universidad. Y así fue. Su hijo logró pasar el examen e inscribirse en la Universidad de El Salvador.

Pero, una tarde, ese hijo no volvió. Ella estaba preocupada, pensando que le había ocurrido un accidente, hasta que salió por el periódico y al leerlo se enteró de un ataque del Ejército Nacional a una manifestación de estudiantes universitarios.

En julio de 1975, una protesta de los universitarios contra la represión del gobierno militar del coronel Arturo Armando Molina fue disuelta por el ejército; la noticia apuntaba que los jóvenes marchaban por la alameda Juan Pablo II cuando el ejército les atacó. Otra versión decía que los estudiantes iban por la avenida Roosevelt y el ejército atacó desde el parque Cuscatlán... Había muchas versiones: las de la prensa y las que corrían de boca en boca. En ese puesto de periódicos, las personas hablaban sobre estudiantes muertos y detenidos. Todo parecía incierto. María del Socorro guardó silencio y esperó a escuchar todas las versiones ese día. Luego, sin contarle a nadie, salió a buscar a su hijo.

Pasaron los años sin tener noticias de él.

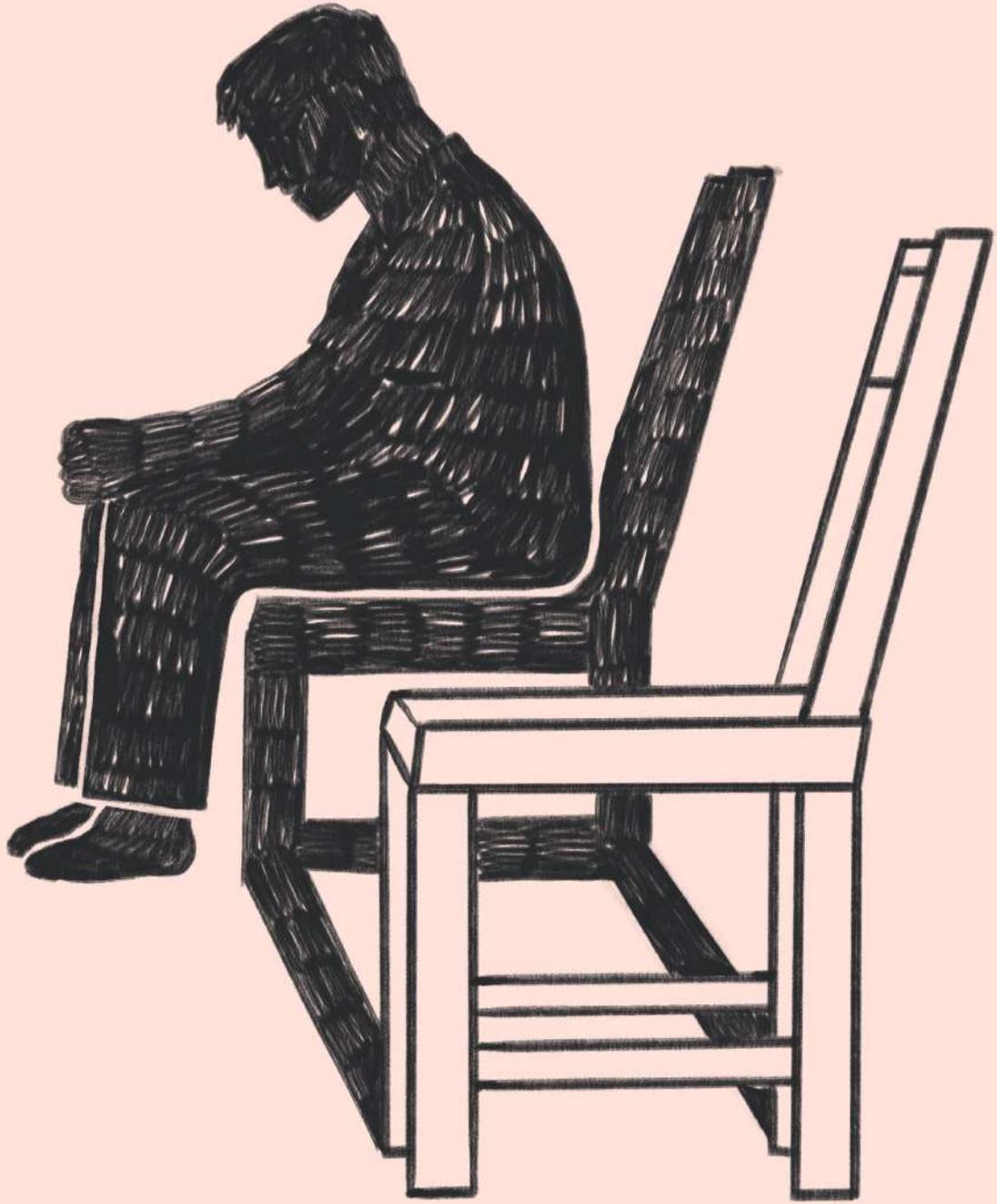


Guadalupe era una ama de casa. Se dedicaba a los trabajos del hogar y a cuidar a su familia. Nació en un cantón en Chalatenango en 1943. En ese tiempo, las niñas no tenían derecho de ir a la escuela. El aprendizaje era privado para las niñas: había familias que podían cubrir sus estudios, otras no.



La pobreza en el país era tan grande que había personas que solo comían tortillas y muchas no sabían qué significaba tener derechos. Muchas niñas campesinas lograban aprender las primeras letras, pero no podían estudiar más; su deber era aprender a limpiar la casa y ayudar a su madre a cuidar a los hermanitos menores. Algunas también debían aprender el trabajo del campo para ayudar a sus hermanos y su padre. Así crecían muchas niñas. Guadalupe, sin embargo, había logrado estudiar hasta segundo grado. Otras mujeres que no pudieron estudiar lograron, en cambio, que sus hijos e hijas fueran a la escuela y a la universidad.

A los 17 años, Guadalupe se enamoró y se casó con Justo, un joven al que bien le calzaba su nombre, porque luchaba por la justicia social. En ese tiempo los campesinos no tenían ingresos justos y no podían ni siquiera comprar abono. En 1977, una mano blanca apareció pintada en la casa de Guadalupe. Justo fue asesinado poco tiempo después. Esa mano blanca era un símbolo muy temido entonces: señalaba que las personas de ese hogar estaban en peligro. Nadie vio nada, nadie dio razones sobre la pinta. La mano solo apareció ahí.



Guadalupe tuvo que salir de su amado Chalatenango para salvar la vida de sus hijos.

Cuando emigró a la capital, se prometió que sus hijos tendrían una mejor vida que ella, estarían más seguros que en Chalatenango, tendrían estudios y libertades; ella también iba a luchar para obtener justicia para su esposo. Así que, cuando se instaló en San Salvador, se dirigió a la catedral de San Salvador. Ella había conocido al arzobispo monseñor Óscar Arnulfo Romero en Chalatenango; ella y Justo se habían dedicado a leer y estudiar la Biblia, y a comentar con otros campesinos en su condición cuáles eran las esperanzas y las luchas del Pueblo de Dios: esas personas formaron luego lo que se llamó comunidades eclesiales de base. Muchas personas que fueron parte de esas comunidades fueron perseguidas, desaparecidas, encarceladas o asesinadas. Así que cuando Guadalupe buscó ayuda en la catedral por el asesinato de Justo, había personas de Chalatenango, de San Vicente, de Cabañas, de todos los departamentos del país, buscando justicia.

Podía reconocer algunos rostros, pero otros representaban nuevas historias por conocer. Era como estar en otro mundo; era, en efecto, otro país.

En esa larga fila, encontró palabras de fe, aliento y consuelo. Y conoció a otras mujeres: María del Socorro, Sofía, Alicia, Dolores, Milagro, Ana Lucía, Tránsito, Consuelo, Antonia, Dolores... tantos nombres por memorizar, tantas mujeres con las que compartir.

Las mujeres conversaban, se presentaban, contaban las historias de sus hijos e hijas, sus esposos, sus hermanos, sus padres. Crearon una rutina: reunirse en catedral, caminar hacia el hospital y la policía, visitar cárceles, buscar...

Las mujeres, que no se conocían antes, se abrazaban cada vez que una de ellas reconocía a su hija o a su hijo en una morgue o en un predio baldío, o cuando, de nuevo, no tenía información ni esperanza.

Y así pasaban los días.

Otro día, otra madre, otra historia...

Al igual que Guadalupe, otras mujeres eran parte de las comunidades eclesiales de base en todo el país. En 1980, Sofía y sus hermanas vivían en el cantón Agua Caliente, en Verapaz, San Vicente, en las faldas del volcán. Sofía era catequista.

Sofía y sus hermanas crecieron en San Vicente, departamento parte del valle de Jiboa, una de las zonas más fértiles del país. El valle de Jiboa era un paisaje que aparecía en pinturas y tarjetas postales, pero entre esa naturaleza exuberante retratada en las imágenes, las personas que habitaban ese paisaje, todas de familias campesinas, vivían explotación de sus patronos agrarios.

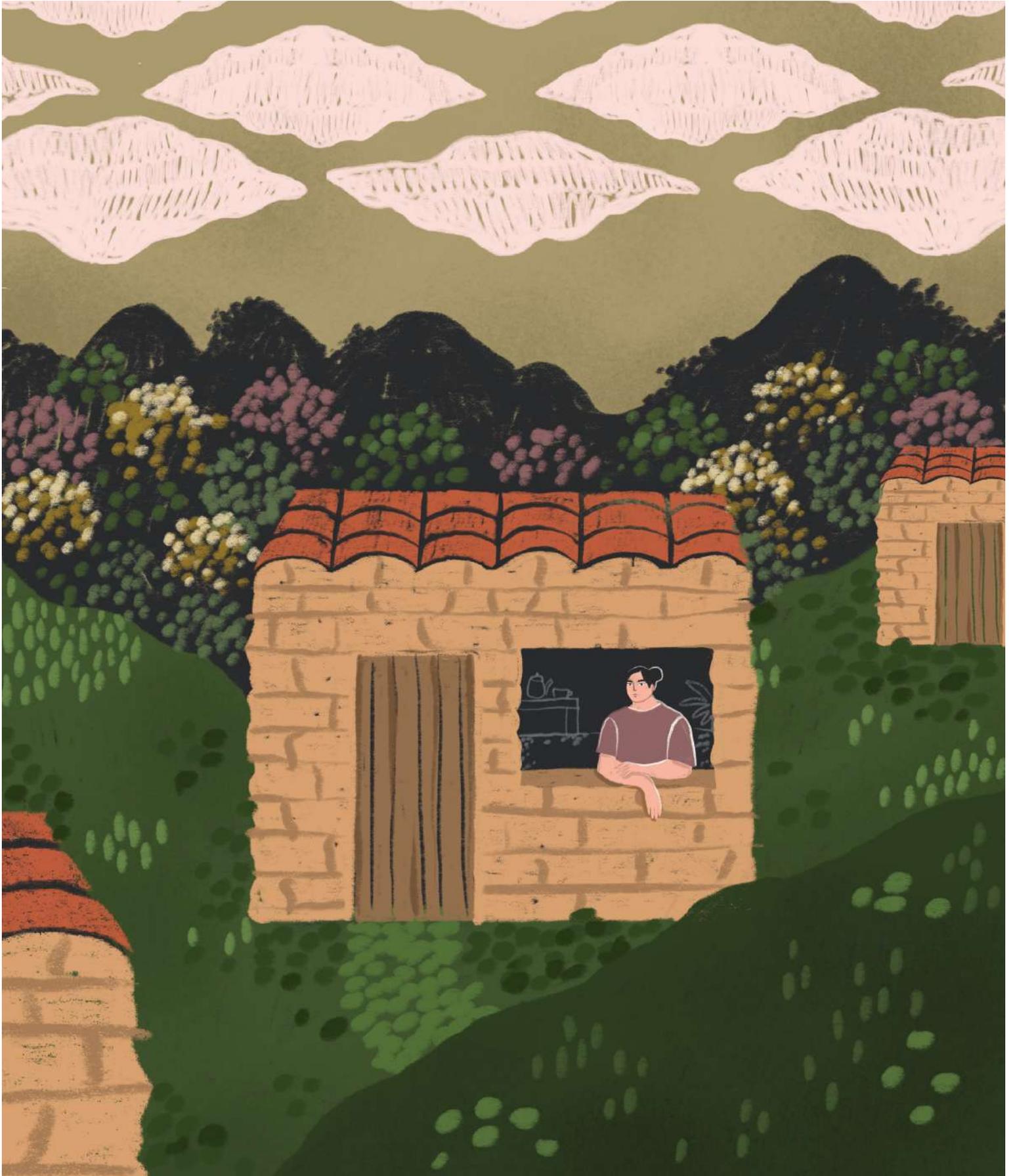
La familia de Sofía había habitado siempre San Vicente; sus abuelos sembraban hortalizas y flores en las faldas del volcán. Sofía nació en 1943; a los 9 años, tuvo que incorporarse al trabajo en las fincas de café. Los espacios agrarios como cafetales, algodonales y cañales eran lugares de explotación infantil; las niñas y los niños debían trabajar como personas adultas teniendo menos fuerza, estatura y, sobre todo, nutrición. Desde pequeña, vivió en carne propia, junto a sus tres hermanos, la explotación. Por eso al conocer la palabra de Dios en las comunidades eclesiales de base, Sofía se unió al estudio de la Biblia y llegó a ser catequista. Pero en marzo de 1980, una masacre ocurrió en su familia. El ejército buscaba a los catequistas de su cantón y mató a tres hombres

de su familia. Ese mismo año, su hermano fue desaparecido.

Sofía tuvo que desplazarse junto a sus tres hijos pequeños. Estos desplazamientos o huidas rápidas sin planificación eran llamadas guindas, y las personas se refugiaban en los cultivos, los bosques, las quebradas y los barrancos. Algunas de estas guindas podían extenderse por meses, las mujeres y sus familias, especialmente niñas y niños pequeños, recorrían lugares naturales, parajes desconocidos buscando seguridad; muchas atravesaron grandes zonas del país, diferentes departamentos, solo siguiendo el camino del bosque, hasta llegar a las fronteras. Pero cada vez que volvía el asedio del ejército, la guinda debía reanudarse.

Sofía buscó un lugar que tuviera agua, porque sus hijos eran muy pequeños. Tiempo después, atravesando diversas topografías y riesgos desde San Vicente hasta Cojutepeque, pudo reunirse con su esposo y debieron desplazarse forzosamente a la capital.

En San Salvador, Sofía también fue a catedral. Ahí solía encontrarse con sus comadres. Cada una de ellas había emprendido el desplazamiento forzoso y se re-



unían ahí para saber cuál había sido su destino, cómo se encontraban sus familias... A los pocos meses de haber llegado a San Salvador, el esposo de Sofía fue asesinado. La historia de Sofía, la pérdida de su sobrino, hijo de su hermana Dolores, eran historias que resonaban dentro y fuera de catedral, el único lugar donde las mujeres se sentían seguras.



Otro día en el centro de San Salvador, otra madre contaba su historia: su hija había desaparecido, podría estar herida, capturada... la buscaba con vida.

—Vamos al Hospital —decía de pronto alguna de ellas—. Tal vez tengamos noticias hoy.

Las mujeres, como siempre, como cada día, incansables, se encaminaban al Hospital Rosales, el hospital nacional. Nunca se sabe cuándo ese hijo o esa hija, ese familiar, pueda estar ahí. Cuando llegaban, encontraban, cada vez más, a muchas mujeres esperando información. Eran madres que buscaban a sus hijos e hijas, estudiantes, obreros, campesinos, vendedoras de mercado.

—Mi hijo se llama Roberto, es estudiante de Ingeniería...

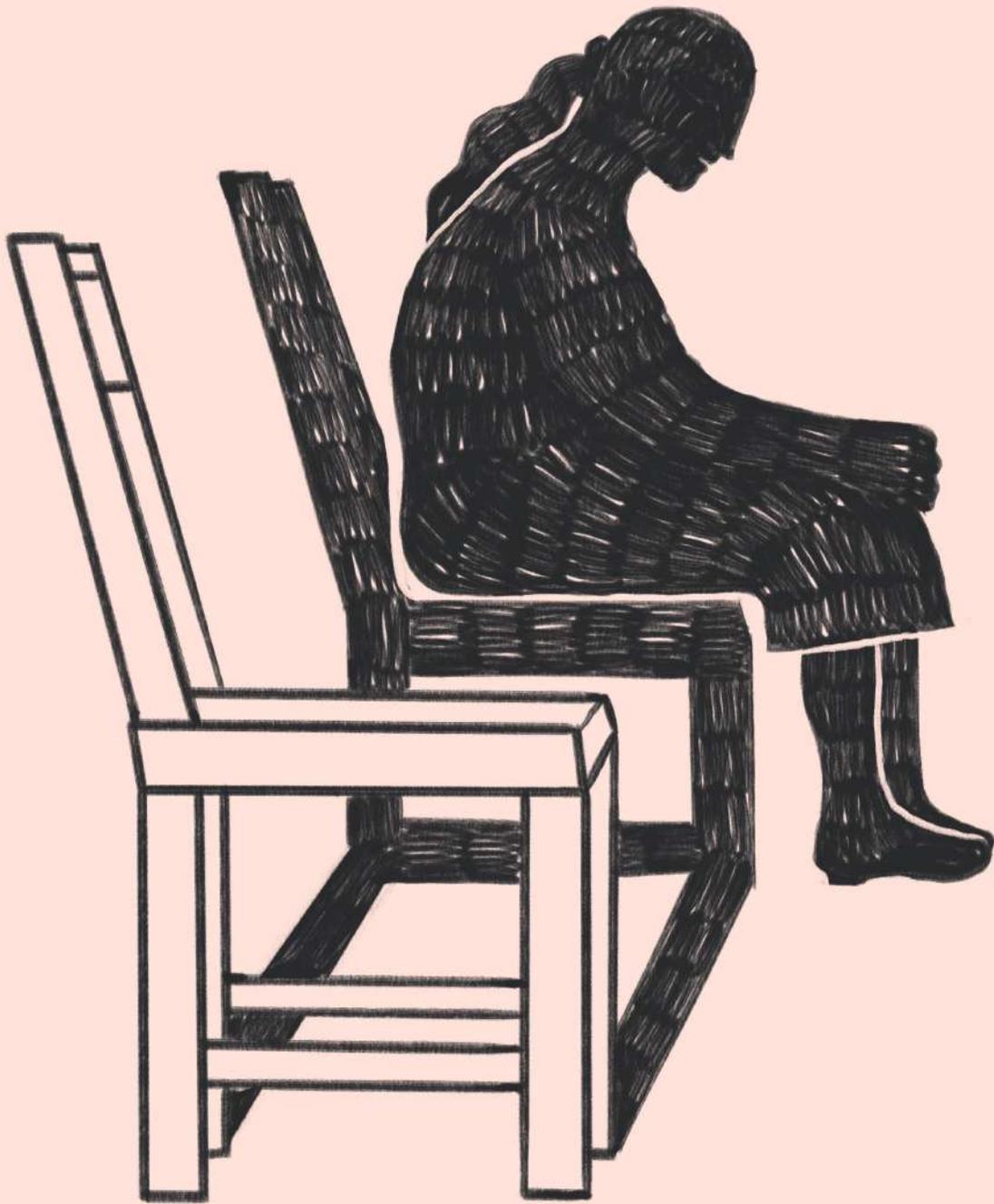
—Mi hija se llama Gisela Isabel, ella estudia Medicina...

—Mi nieto se llama Pedro, salió a la escuela y no regresó...

Siendo cada vez más, las mujeres tomaban valor y se acercaban a la reja y gritaban: ¿Dónde están? ¿Dónde están nuestros hijos?

Algunas madres llevaban fotografías de sus hijos o familiares para que las enfermeras o los policías pudieran identificarles.

Muchas no tenían quién les ayudara a cuidar a sus hijos menores, así que había niñas y niños también esperando en las plazas, en catedral, afuera de hospitales y estaciones de la policía. Como Lucy, Rhina, Roxanita o Marquito, quienes a veces lograban jugar en la plaza, corriendo con otros niños y niñas que acompañaban a sus madres buscadoras. Otras veces, solo estaban al lado de sus madres, gritando por justicia, marchando con determinación a pesar del acoso policial y los gases lacrimógenos.



Las madres preparaban a sus hijos e hijas más pequeñas cuando las acompañaban: los rituales eran muchos.

Las madres preparaban una mochila con un vestido negro, su pañuelo blanco y lentes oscuros. Vestían un vestido de otro color, como si fueran a la tienda, al mercado, al trabajo, a la escuela por sus hijos, pero en la mochila llevaban su vestido negro. El pañuelo en la cabeza era su principal símbolo de búsqueda. Protegía su identidad al mismo tiempo que las protegía del sol en esas marchas y caminatas arduas por la capital. El pañuelo que las madres y familiares buscadoras llevaban en su cabeza es un símbolo común de las mujeres familiares de personas desaparecidas. Lo portaban también las madres de Plaza de Mayo, en Argentina, que desde 1976 buscaban a sus hijas, hijos, nietas y nietos desaparecidos. Ese pañuelo, como símbolo del primer pañuelo o pañal que envolvía a los bebés, fue evolucionando entre las mujeres buscadoras de víctimas de la represión de las dictaduras militares en América Latina. Salvadoreñas y argentinas lo usan como símbolo desde 1977 y ha evolucionado. En algunos casos, las

mujeres bordaban los nombres de sus familiares desaparecidos, los nombres de sus comités o los símbolos que representaban su causa.

Niñas y niños eran preparados para marchar con ropa ligera; en sus bolsillos, las madres llevaban pañuelos de tela humedecidos con agua. Cuando el ataque del ejército comenzaba con el lanzamiento de gases lacrimógenos, las madres corrían a cubrir a sus niños y niñas: el pañuelo se desplegaba como triángulo sobre la nariz y la boca y así podían protegerse de los gases, como ahora usas una mascarilla. A tan temprana edad, muchas niñas y niños conocieron la violencia del Estado y vieron sus vidas en peligro. Algunas palabras que debían aprender en los libros de la escuela atravesaron su biografía y su cuerpo, y las comprendieron como una persona adulta más: ¡Justicia! ¡Verdad! ¡Libertad!

Ahora, más de 40 años después, muchas de esas niñas y niños guardan el legado de la lucha de sus madres: siguen buscando a sus padres o madres, sus hermanas y hermanos mayores, sus abuelas, sus tías, su familia...





Los primeros años, la información de la realidad del país llegaba a las madres buscadoras como piezas de rompecabezas.

—Tu hijo debe estar detenido, en alguna cárcel clandestina —les decía alguien.

Durante este tiempo, operaron también las cárceles clandestinas. Eran centros de detención que se encontraban en la capital y en varios municipios del país. Pero una persona detenida desaparecida no figuraba en ninguna lista de ingreso de salida, no estaba escrito su nombre, no había rastros de ella. Muchas madres no imaginaban que algunas veces, al caminar por la ciudad, bajo sus pies, se encontraban esos lugares. Y tal vez ahí estaban sus familiares.

Así como se incorporó al lenguaje la desaparición forzosa, se incorporaron otros conceptos: cárcel clandestina, persona detenida desaparecida... Ese lenguaje, ese temor, era todo un mundo nuevo. Un mundo oscuro.

Pero entre las tinieblas de ese nuevo mundo, ellas tenían una luz encendida en la Catedral de San Salvador. Era monseñor Óscar Arnulfo Romero. Siempre atento a escucharlas, acompañarlas, tomar testimonio y buscar justicia junto a ellas.

En Navidad de 1977, monseñor Romero, invitó a una cena a todas esas madres que conocía por la búsqueda de sus familiares amados. Algunas ya se conocían, pues caminaban juntas recorriendo la ciudad, otras se veían por primera vez. Habían nacido en todos los puntos del país y habían llegado a catedral por la misma razón: buscar ayuda, buscar justicia. Eran madres, hijas, hermanas, esposas, viudas...

En esa cena, monseñor les dijo “El dolor de una es el dolor de todas”. El dolor en comunidad tiene otro sentido, encarna solidaridad, lucha y esperanza común. Ese año, 1977, fue importante para estas madres, esposas, hijas y hermanas. Después de esa frase en que monseñor les invitó a organizarse, nacieron consecuentemente tres comités de madres.

El primero de ellos fue llamado CoMadres: Comité de Madres y Familiares de Detenidos y Desaparecidos y Asesinados Políticos de El Salvador. Con el paso de los años se organizó COMAFAC, Comité de Madres y Familiares Cristianos de Presos, Desaparecidos y Asesinados, en 1980; y CODEFAM, Comité de Familiares de Víctimas de las Violaciones de los Derechos Humanos de El Salvador, en 1981.

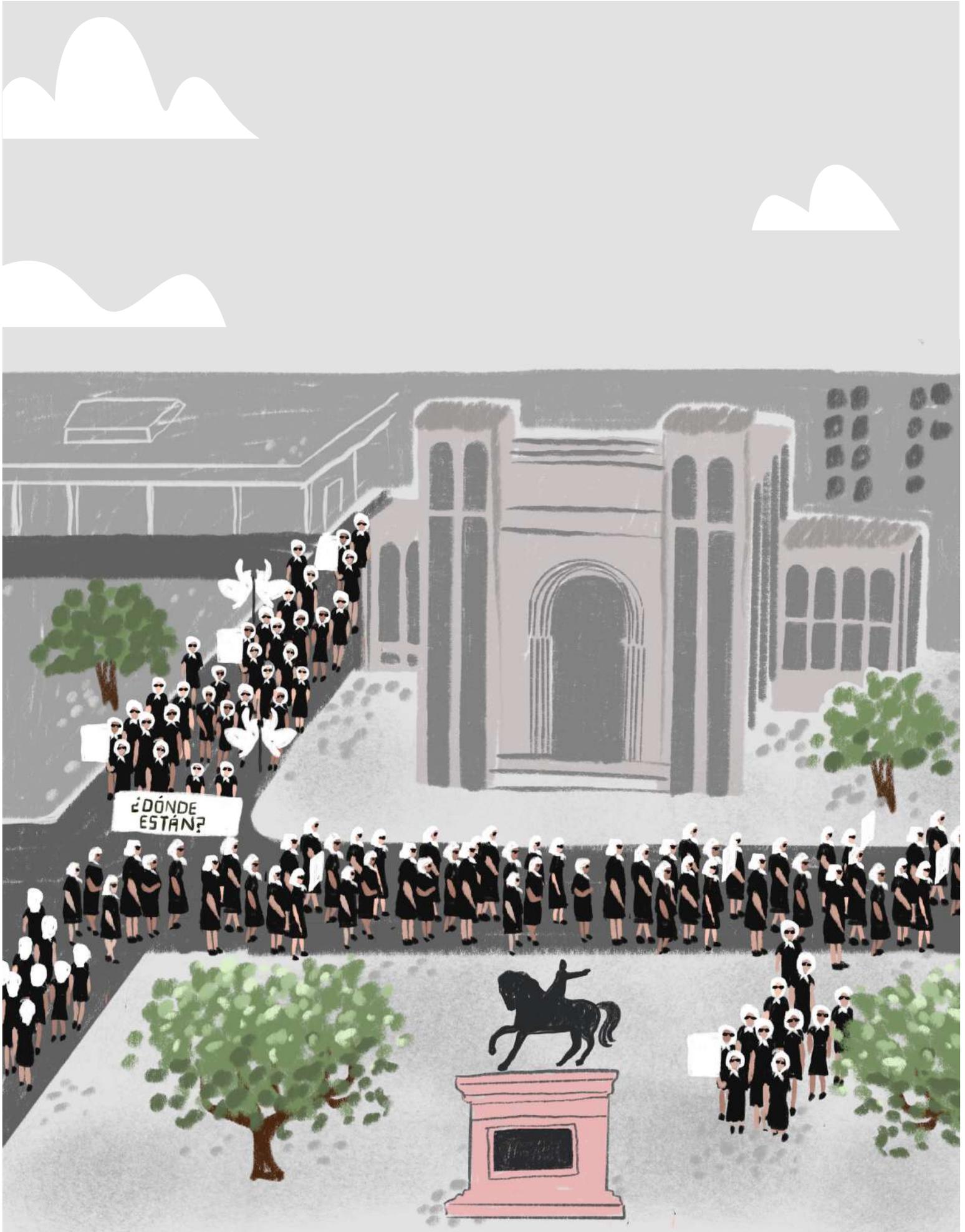
Había que organizarse de otra manera, más colectiva, como aconsejó monseñor Romero, para trazar sus estrategias.

Inmediatamente, organizaron una marcha de duelo con velas encendidas, al atardecer. Aquella marcha caminó por San Salvador al atardecer, poco a poco las velitas fueron sobresaliendo. La capital entonces era una ciudad gris. La catedral estaba en obra negra, en construcción, después de un incendio ocurrido 20 años atrás; en la iglesia El Rosario había pancartas permanentes colocadas en su estructura moderna, construida de concreto y vitrales. Y en las plazas, el silencio de las palomas y las hojas de los pocos árboles, las estatuas históricas, de mármol y de bronce, representaban un Estado silencioso, pétreo e impenetrable.

Esos tres comités fueron, y siguen siendo, fundamentales para luchar por los derechos humanos de las personas detenidas y desaparecidas en El Salvador.



Las mujeres crearon estrategias de protesta para ser visibles. Centenares de mujeres se vistieron de



negro en protesta por el duelo de los estudiantes asesinados y desaparecidos. Llevaron carteles y fotografías, las de sus hijos: su fotografía de graduación del instituto o de la escuela, la foto más grande, la que colgaba con orgullo en la pared de la sala de su casa. Tal vez alguien podía reconocerlo y decirle dónde estaba. Tal vez lograba volver a verlo.

Muchas madres seguían preguntándose por qué sus hijos habían desaparecido, muchas de ellas no sabían leer, otras no sabían de política; pero otras tenían más conocimiento y desde muchos años antes habían empezado a luchar por la justicia. La solidaridad entre mujeres las hizo informarse, aprender juntas y enfrentar la dura realidad de un país que, como mujeres, las había excluido históricamente, pero como madres les negaba los pocos derechos que tenían. Las que sabían leer hacían una lectura en voz alta de los periódicos, también enseñaban a leer a otras. Cada día, las noticias anunciaban nuevas revueltas o capturas de estudiantes, sindicalistas y obreros, a los que llamaban rebeldes, subversivos, insurrectos, comunistas o guerrilleros. Ese lenguaje con el que el Estado caracterizó a las personas desaparecidas les cerró las puertas de la

justicia. Y así como se cerraban las puertas de las instituciones, así se cerraban incluso las puertas de las vecinas. Nadie quería ser tildado de enemigo del gobierno. Así que muchas madres se quedaron solas y formaron entre ellas familias propias, familias unidas en el dolor y la búsqueda de la justicia.



Antonia, conocida como Toñita, era una activa cristiana de las comunidades eclesiales de base y solía acompañar a las mujeres de CoMadres en sus búsquedas y marchas. Vivía en Ayutuxtepeque con su esposo y sus 6 hijos.

Entonces Ayutuxtepeque era una zona semirrural, dentro de San Salvador. En Ayutuxtepeque y Zacamil, varios curas como Pedro Declercq y Rogelio Poncele habían fundado comunidades eclesiales de base. Toñita se integró pronto a los estudios bíblicos y la lucha por los derechos humanos. Era una cristiana comprometida con las transformaciones sociales. Su familia la apoyaba: su esposo y sus hijos Douglas, que estudiaba el bachillerato, y Rhina, la más pequeña.

En diciembre de 1979, el último día del año, Toñita estaba preparando la cena de fin de año, cuando una bala le atravesó el tórax. Tuvo que ser llevada de emergencia al Hospital Rosales, donde fue operada. El 24 de marzo de 1980, Toñita fue operada de nuevo, otra larga operación. Al despertar de la anestesia, escuchó las voces y los gritos de las enfermeras.

¡Mataron a monseñor! ¡Mataron a monseñor Romero!

Toñita no debía hablar, pero preguntó, nerviosa, qué había pasado. Su hijo Douglas la acompañaba y le dijo para calmarla.

—No ha pasado nada, mamá. No pasa nada.

Toñita volvió al sopor de la anestesia, pero lo que las enfermeras habían gritado era verdad. Ese día, monseñor Romero, el compañero de las madres buscadoras, había sido asesinado mientras oficiaba misa en la iglesia de la Divina Providencia en San Salvador. Esta pérdida fue un gran golpe para las mujeres buscadoras, para las personas desplazadas, para todas las personas que tenían fe en la paz. Habían perdido a quien les daba voz en sus homilías, quien compartía información sobre la violencia sistemática del Estado

en sus programas de radio, quien había fundado el Socorro Jurídico, y quien había viajado por todo el país conociendo la explotación y la violencia de las que eran víctimas las poblaciones civiles.

En agosto de 1980, Douglas no volvió de la escuela. Estudiaba de noche y trabajaba de día. La familia, que ya conocía cómo operaba la represión y habían perdido compañeras y compañeros catequistas, se repartió por San Salvador para buscarlo. Visitaron cementerios, hospitales, distintos municipios del país, caminaron, tomaron autobuses, buscaron día y noche. Pero Douglas no volvió a casa.

Esa era la historia de Toñita y esa era la historia de cada madre.



Cada 10 de mayo se celebra el Día de la Madre en El Salvador. El 10 de mayo de 1981, Antonia, Toñita, participó en su primera marcha como una madre buscadora. Había acompañado antes en sus marchas a Co-Madres, pero desde la desaparición de su hijo en 1980, había fundado, junto a otras mujeres, COMAFAC. Y

ahora marchaba en solidaridad y en búsqueda propia. Encarnaba el dolor, el dolor en comunidad, como les había dicho monseñor Romero.

La marcha salió del parque Cuscatlán. Del parque Cuscatlán salían muchas de las marchas de protesta pacífica de la ciudad: el gremio de maestros, estudiantes de la universidad y ahora las madres buscadoras. Cada 24 de marzo, aniversario del asesinato de monseñor Romero, y cada 10 de mayo, las madres marchaban.



En 1984, brilló una pequeña esperanza. El presidente de la República José Napoleón Duarte, quien tomó el poder el 1 de junio, reconoció como fuerza beligerante a la guerrilla del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, fundado en 1981, y convocó a un diálogo con sus líderes. Un diálogo, sin armas, con representantes de la Iglesia Católica y de las Naciones Unidas. Ya desde 1981 en la cotidianidad, en los susurros, entre la esperanza y el miedo, las personas hablaban de la paz. De la esperanza de la paz, de la esperanza de que la guerra terminara pronto.



El primer diálogo por la paz se citó en octubre en La Palma, en Chalatenango. Este departamento fue uno de los más golpeados por la guerra. En 1980, murieron más de 600 personas en la masacre del río Sumpul y de Las Aradas; en 1982, en la guinda de mayo, que duró 27 días, la población civil fue asesinada por batallones del ejército y se realizaron al menos 20 masacres; esta población estaba en su mayoría compuesta por niñas, niños, bebés y mujeres. Chalatenango era, pues, el sitio símbolo de lo que no podía seguir sucediendo.

Pero el diálogo no llegó a acuerdos contundentes. Se convocó un segundo diálogo, en noviembre del mismo año. Los líderes se reunirían en el cantón Ayagualo, en La Libertad. Hasta Ayagualo marcharon las madres, con sus pañuelos blancos y carteles en apoyo al diálogo por la paz. Lo que los comités de familiares de personas desaparecidas querían era el cese al fuego, la disolución de grupos paramilitares y cárceles clandestinas, la liberación de las y los presos políticos y un proceso de justicia y paz.

La marcha fue grande, en solicitud al presidente Duarte de acordar la paz. Las madres llevaron pan-

cartas blancas que pedían justicia por el asesinato de monseñor Óscar Arnulfo Romero, justicia para sus familiares desaparecidos, alto a la violencia, fin al reclutamiento forzoso y cese al fuego.

El lema fue “Sí a la paz, sí al diálogo”. La caravana estuvo formada por mujeres que llevaban palomas de la paz como estandarte, palomas realizadas por ellas mismas, con cartón y papel blanco, como esculturas de papel; en el centro de la caminata había una escultura mayor: dos palomas unidas representando el diálogo y la paz, mensajes que llevaban en listones en sus picos. La potencia de las manifestaciones simbólicas de las madres, además de sus valientes marchas, dio la vuelta al mundo, retratada por la prensa internacional.

Aunque se llegó a acuerdos importantes, como la creación de una Comisión Especial, la libre circulación de las personas por el país para las fiestas navideñas, no se acordó el cese al fuego. La paz no llegó en 1984.

Las madres, sin embargo, siguieron marchando.

No hay un día que sea igual a otro para una persona que ha perdido un familiar. Aunque todos los días parezcan iguales: despertar, desayunar, prepararse para salir a buscar, pasar sol afuera de hospitales, oficinas de gobierno, policía, cárceles, y no tener respuesta... Aunque cada día parezca igual, cada día es diferente. Cada día, esa persona que busca, en particular una madre, sale con la esperanza de volver a ver a su hijo, a su hija...

Y así pasaron los años en El Salvador, hasta que un día, las madres recibieron la noticia. A medianoche del 31 de diciembre de 1991, el gobierno de El Salvador decidió firmar la paz con el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. Al fin terminarían las bombas, los atentados, el miedo. Al fin habría esperanza y justicia.

El 16 de enero 1992, en Ciudad de México, se firmaron los Acuerdos de Paz. Hasta el día de la firma de la paz, Tutela Legal, aquella institución fundada por monseñor Romero para apoyar a las madres buscadoras, había abierto 50 000 expedientes de víctimas de violaciones a derechos humanos y había registrado más de 200 masacres ocurridas entre 1975

y 1989, en las que murieron más de 10 000 personas. El saldo final de esa guerra fue de 75 000 pérdidas humanas.

La firma de la paz trajo esperanza a muchas personas que perdieron a sus familiares durante la guerra. Pensaban que al fin tendrían justicia, que les encontrarían, vivos o muertos. Y, si habían muerto, podrían tener un lugar donde colocar su nombre y llevarles flores para hacer su duelo. Pero en 1993, después de la intensa negociación de las partes combatientes durante la guerra, se declaró la Ley General de Amnistía. Eso significó que ningún crimen de guerra, cometido por el ejército o la guerrilla o grupos paramilitares, sería investigado; sus autores no serían juzgados.

Muchas madres murieron antes de que llegara la firma de la paz, otras murieron después, en los tiempos del proceso de paz, pero tampoco lograron ver de nuevo a su hijo, su hija, su esposo, su hermano, su propia madre. Las que sobreviven no dejaron de luchar. Ni un solo día.

Las madres buscadoras han creado sus archivos de fotografías, expedientes y prensa; han recopilado

nombres, miles de nombres, largas listas de personas amadas que no han regresado a su hogar. Su labor de décadas fue como escribir un libro interminable, un libro que, durante la guerra, habían guardado y protegido.

Tras 25 años de lucha incansable, el año 2003, los tres comités de madres y otras organizaciones, pudieron construir el Monumento a la Memoria y la Verdad en el parque Cuscatlán de San Salvador.

Muchas madres, al fin, pudieron colocar una flor. Una flor sobre un nombre amado.



Ahora mismo, cuando lees este cuento, han pasado más de 40 años de estas historias. Las madres siguen buscando a sus hijos e hijas, y las familias siguen esperando justicia. La Historia no termina en fechas o en efemérides. La Historia es un proceso que se construye desde muchos lugares, al mismo tiempo, es una experiencia para quienes la vivieron y es un registro para quienes la investigan. Las madres de esta historia y sus compañeras aún luchan.

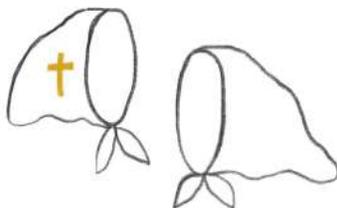
La paz requiere respeto y compromiso por la vida. La paz necesita personas como las mujeres de esta historia: valerosas, comprometidas a trabajar por la justicia, dispuestas a contar la verdad y guardianas de la historia. Las madres de este cuento tienen muchos nombres: Lupe, Vicky, Toñita, Sofía, Carlota, Alicia, María, Teresa, Ana, Angelita, Paty... Algunas personas las llaman sencillamente “madre”, con respeto.

Ahora, cuando vivimos en paz, muchos jóvenes y mujeres desaparecen también. Todos los días. Las familias de entonces y de ahora esperan lo mismo: que un día toquen a la puerta y al abrir, puedan ver al hijo, la hija, la madre, el padre, el abuelo, la abuela, la tía, el hermano, la hermana... volver a ver a su familiar que regresa a casa.







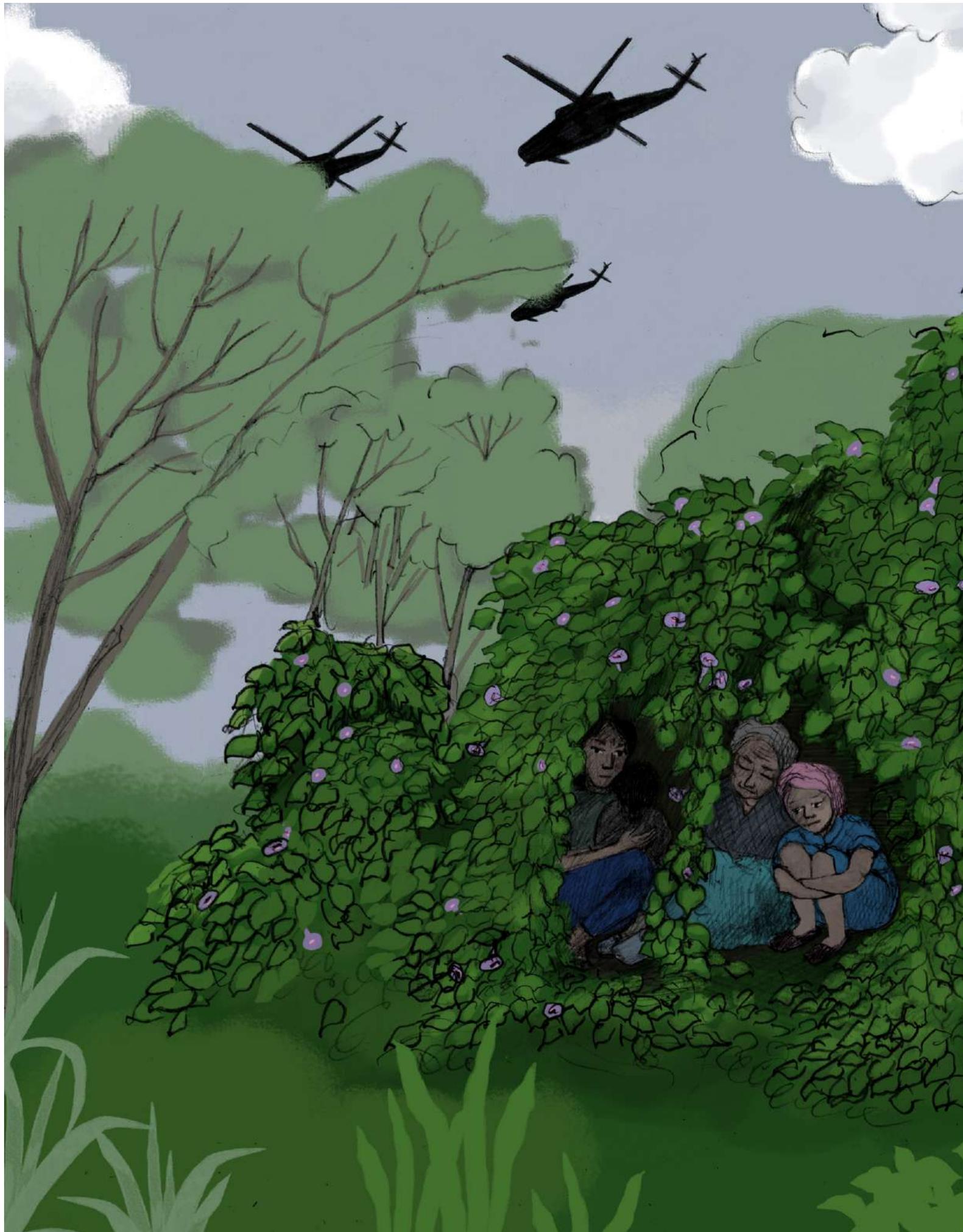


El 9 de septiembre de 2024, mientras escribíamos las últimas historias de este libro, Madre Toñita, Antonia Morales, fundadora de COMAFAC recibió, después de 44 años, la restitución de la osamenta de su hijo Douglas Cabrera Morales, quien tenía 17 años el 30 de agosto de 1980, día de su desaparición forzosa.

La Comisión Nacional de Búsqueda y la Fiscalía General de la República hicieron el reconocimiento de la identidad y la restitución de Douglas.

Durante décadas, Madre Toñita esperó este momento; para llegar a él se realizaron peritajes, exhumaciones y pruebas de ADN. Aunque ella tenía la certeza de que se trataba de su hijo, ha seguido luchando como fundadora de COMAFAC y activista con otras madres y mujeres que aún no reciben noticias sobre sus seres queridos.

En El Salvador aún hoy muchas madres buscan, muchas madres esperan tener un día un lugar donde colocar una flor en un nombre amado.





Protegidas por la montaña

*Camino cruzados entre
la guinda y la repoblación*

Ilustrado por Eugenia Vázquez

Antes de que las avionetas y los helicópteros cruzaran el cielo, los pájaros cantaban a deshoras, como cuando anuncian los terremotos.

Antes de que los camiones de soldados se apostaran en las salidas de los pueblos, los perros huían de la zona. O aullaban dolorosamente durante las madrugadas.

La naturaleza alertaba: las mujeres de esta historia sabían leer las señales del clima y de los animales.

Durante los 12 años que duró la guerra de El Salvador, muchas personas, en particular mujeres, vivieron en constante desplazamiento forzoso dentro del país, entre bosques, milpas, cafetales y plantaciones; entre ríos, quebradas y barrancos. Atravesaron el territorio en silencio, con sigilo, de noche, sin más luz que la luna y los truenos. Con miedo a dejar rastro. Caminando sobre polvo, piedras o lodo; descalzas o con zapatos; heridas o sanas; llevaron cargados a sus hijos e hijas, sus bebés y sus madres o familiares ancianas. Algunas escaparon del encuentro con la muerte; estaban moviéndose sin descanso, en guinda, como se llamaba a esa salida intempestiva del hogar, sin planificación, guiada por el instinto. En la guinda, una per-

sona o un grupo familiar decidía dejar su hogar para refugiarse en el monte.

Un pálpito se esparce por el cuerpo cuando estas mujeres reconocen su historia y sus hazañas, únicamente protegidas por las montañas, y movidas por una fuerza inusitada. Por eso, en esta historia hemos guardado sus nombres y las llamaremos Mujeres Campanilla y Mujeres Torogoz. Nombres sencillos, de un ave y una flor. Ellas están entre nosotras y quieren que sepamos lo que vivieron.



En octubre de 1981, en la zona rural de Usulután, en el caserío La Quesera, una de las Mujeres Campanilla supo atender las señales de la naturaleza. Los perros habían huido días antes. La información que circularon los vecinos también la alertó. El ejército iba incursionando por todo el país, por aire y por tierra, y no tardaría el momento en que llegara a La Quesera.

Estas Mujeres Campanilla eran tres hermanas, muchas sobrinas y una madre ciega. En algunos lugares de El Salvador toda la población nacía de una única raíz

que formaba un extendido grupo familiar. Cantones y caseríos estaban formados por personas del mismo apellido, algunos incluso tomaban el nombre de un apellido. Entre las Mujeres Campanilla, la madre tenía unos 45 años, pero no podía desplazarse por sí misma. Además de la ceguera, estaba enferma. La menor del grupo tenía unos 18 años y era la encargada de cuidar a su madre; las otras hermanas se habían casado y vivían cerca, con sus familias; las sobrinas eran adolescentes y niñas pequeñas.

Las Mujeres Campanilla toman su nombre de la flor silvestre que crece en bejuco y teje redes. Puede llegar a cubrir grandes extensiones de terrenos, árboles, milpas, arbustos y zonas erosionadas. En El Salvador, esta flor es de color morado o azul.

Cuando la cuidadora de la madre supo que las familias de La Quesera habían decidido guindear y dormir en las montañas, decidió cargar a su madre y huir con ellas.

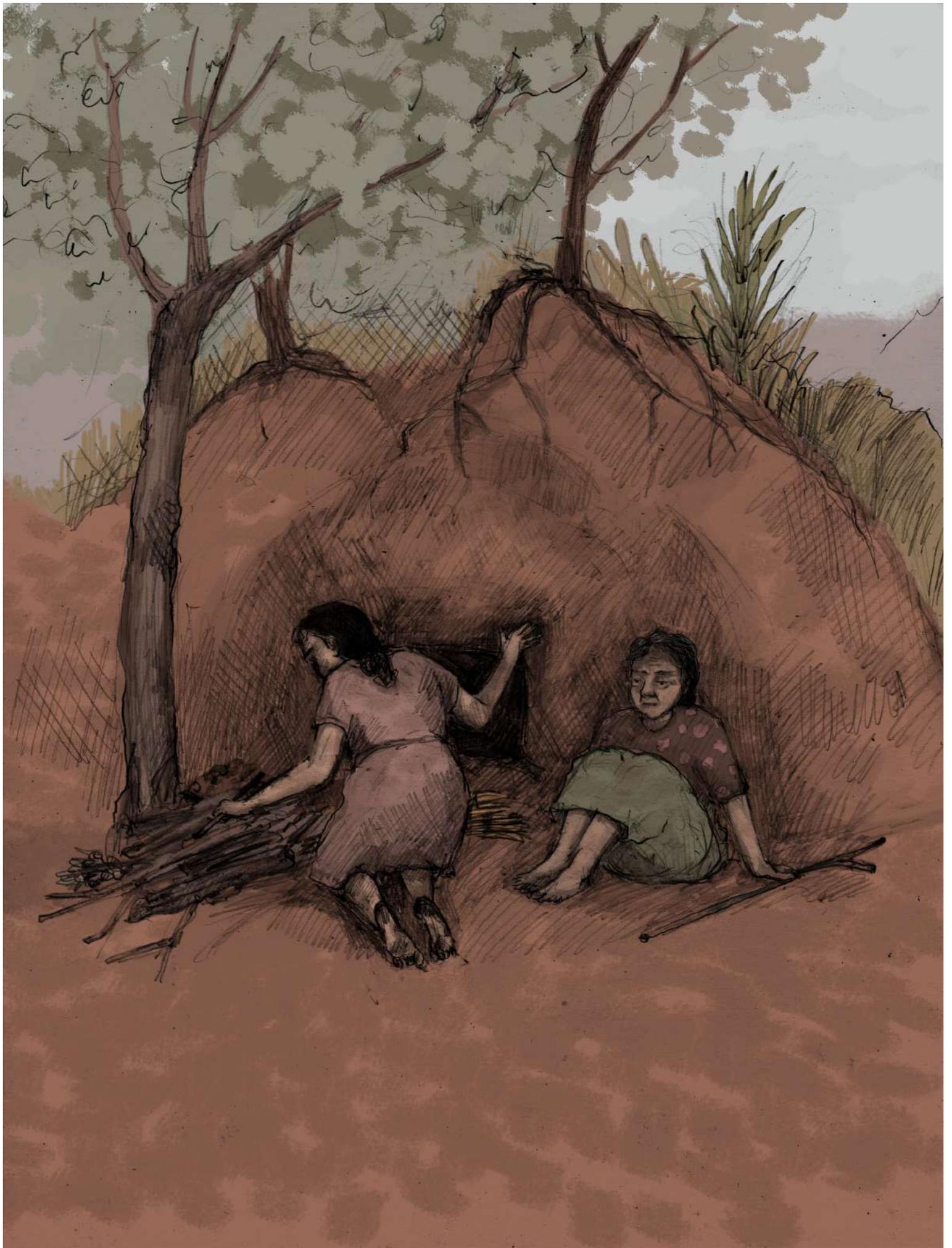
La vida transcurría así: según el peligro, de día, las personas regresaban a su comunidad a trabajar o permanecían escondidas en los cerros y las montañas. O abandonaban su hogar definitivamente, sin esperanza de volver, solo de sobrevivir.

La cuidadora cargó a su madre como a un bebé y guindeó con ella. Pero su madre era una adulta y era muy pesada. Las primeras noches fueron dolorosas, por el miedo, la incertidumbre y porque su cuerpo joven debía levantar a otro cuerpo casi de su mismo peso, talla y complejión.

Después de andar muchas noches con las vecinas y algunas sobrinas, la cuidadora decidió incursionar durante el día para encontrar un lugar seguro en el que pudiera dejar protegida a su madre. Cerca de una quebrada, notó que la tierra estaba floja. Podía modelarse, como barro.

Las mujeres de la zona rural tenían muchas habilidades. Además de los trabajos del hogar y de la agricultura, a mano creaban ollas, comales y platos y construían hornos para cocinar pan. Los hornos eran, como algunas casas, de adobe, barro o tierra. Tienen la forma orgánica de la naturaleza, algunos son como panales, y otros como hormigueros; lo que tienen en común, además de la técnica, es que parecen guaridas.

Con esa habilidad aprendida desde pequeña y alimentada por el amor, la cuidadora construyó una cueva para su mamá, parecida a una guarida, parecida a un



horno en los que se preparaban quesadillas de arroz. Usó la misma técnica del horno: poco a poco fue amasando la tierra, con un poco de agua y mezclándola con zacate seco para que tuviera más consistencia, hasta que, por fin, durante varias noches de desvelo, la cueva estuvo lista. Ahí depositó a su madre, con su matata con alimento, harina de maíz tostado que había preparado antes de la guinda, y agua. Le prometió que volvería todas las noches a verla. Ella debía volver a esconderse en el monte.

Cubrió la cueva con ramitas y hierbas del barranco. Cada día y cada noche volvía, para cuidar y alimentar a su madre. Y cada noche y cada día, volvía al monte, a guindear.

La cuidadora era precavida, y procuraba no alejarse mucho de la cueva que había construido, no quería olvidar a su madre. Pero un día, ocurrió lo que ella siempre había temido.

Las bombas cayeron una mañana, cerca del barranco.

Cuando el bombardeo terminó, corrió hacia el barranco. Sentía que flotaba, que su cuerpo no alcanzaría a llegar, que quería asirse de algo, del viento al

menos. Se raspaba los pies y la cara, entre chiriviscos y matorrales, hasta que llegó al barranco.

Y al fondo del barranco vio, intacta, una cuevita cubierta por la vegetación. Su madre había sobrevivido.



Durante la guerra, las Mujeres Campanilla nacieron en diversas partes del país, pero vivieron en la montaña, a la que reconocen como el monte, y cruzaron sus caminos en las faldas del volcán, en cerros, laderas, ríos, quebradas, barrancas y cuevas, hasta llegar a una isla y la costa cubierta por manglares.

Recuerdan sus noches largas de caminatas, sus huidas intempestivas en guindas. Recuerdan las milpas, los matorrales, el bosque; recuerdan el río, las cuevas, las islas. Recuerdan la sed, el hambre, la esperanza. Recuerdan el amor por el que han resistido.

Mientras se desplazaban de noche, entre vegetación, cambiaban de cantón, de municipio, de nomenclatura, pero todo era, en ese momento, oscuridad. Conocían algunas veredas y caminos, las propiedades de las plantas, pero el espacio conocido había sido

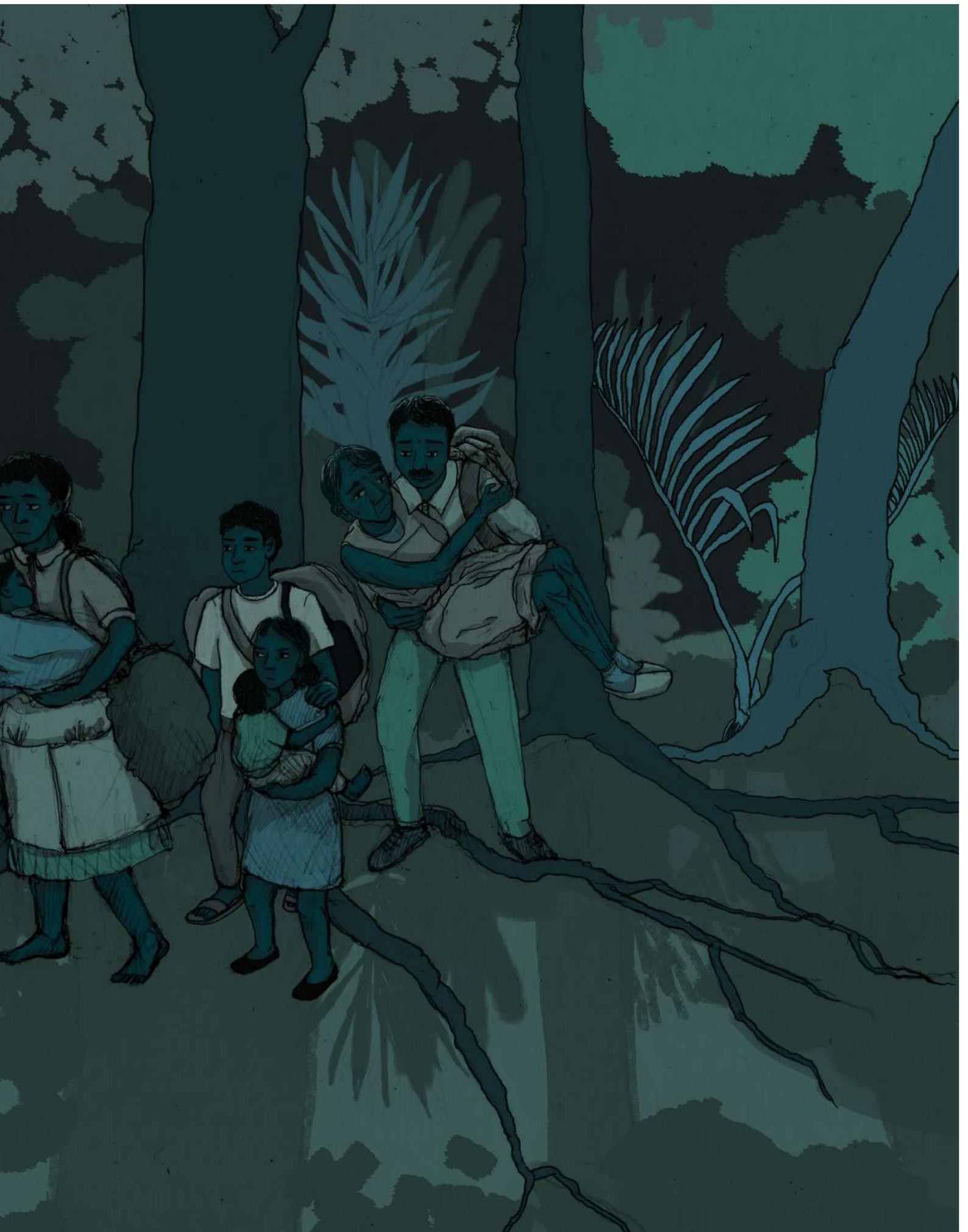
modificado por incendios provocados por el ejército con el objetivo de borrar la huella de la vida después de varias masacres. Esas masacres estuvieron cruzadas en su camino de entonces, y permanecen en sus recuerdos ahora.

Ellas recuerdan que mientras corrían con miedo, rapidez y cuidando a sus familias, escuchaban los helicópteros o los bombardeos cercanos. Debían refugiarse, de inmediato. Y solo encontraban naturaleza. Muchas veces encontraron arbustos secos cubiertos de campanillas y decidieron esconderse debajo de ellos.

La red espesa de flores moradas y hojas grandes, en forma de corazón, las cubría como una capa. Debajo, podían esconderse familias completas. Los helicópteros y las avionetas no podían divisarlas. Lo único que desde arriba podía verse era una extensa red de flores.

La historia de estas mujeres y niñas cuenta también la de otras niñas y mujeres que se diseminaron por el país como las semillas en los picos de los pájaros, ninguna de ellas sabía cuál sería su rumbo. Pero todas querían dejar de correr. Querían respirar, echar raíces, florecer. Ellas son las mujeres y las niñas guardadas por el monte, protegidas por la montaña.





En la zona rural se acostumbra a que las hijas mayores ayuden a su madre a cuidar a sus hermanitos y hermanitas. Las niñas están obligadas a cocinar y a limpiar la casa desde temprana edad. También trabajan en la milpa y en la corta de café, lo que les impide asistir a la escuela. Por eso, muchas niñas y mujeres de la guerra no sabían leer ni escribir y aprendieron en campamentos de refugio o no lo aprendieron nunca, pero nos han transmitido su historia oralmente con la fuerza que las mantuvo en pie durante guindas o bombardeos.

Esa es la historia que escribimos ahora para que no la olvides. Y, sobre todo, porque esas niñas y mujeres no quieren que su historia se repita, quieren libertad y amor para las niñas del futuro.

Durante las guindas, algunas hermanas mayores se hicieron cargo de los más pequeños, muchas de ellas salieron con bebés en brazos, socorridas por los hermanos y hermanas menores, agarradas en una cadena de manos y de fuerza, con el único motivo que las movía: correr para sobrevivir.

Ser niña durante la guerra civil salvadoreña fue una experiencia muy dura, que obligó a muchas a ma-

durar demasiado rápido e ingeniárselas para salvar la propia vida y la de todo su grupo familiar. Las niñas que guindearon también quedaron, en ocasiones, huérfanas o fueron separadas de su madre o padre por mucho tiempo.

Mayoritariamente, las niñas permanecían con su madre, mientras los hombres —los hermanos mayores, padres o abuelos— se escondían en la montaña, en otros grupos, para huir del reclutamiento forzoso del ejército o la guerrilla o de la desaparición y la tortura.

Las niñas que crecieron en la montaña estuvieron guindeando durante muchos meses e incluso años. El conocimiento de ese trabajo obligatorio en el hogar y la agricultura desde su temprana infancia fue, en esos momentos cruciales, un dispositivo de salvación: conocían cómo hacer ollas, comales y hasta hornos; sabían cómo moler maíz o maicillo y tostarlos para hacer tortillas o atol o café de maíz; sabían hacer tortillas, sabían cocer frijoles, sabían cómo preparar sopas; conocían las plantas que crecían por temporada, algunas comestibles, otras venenosas, y también sabían qué hojas podían colocarse en las heridas.

En esta historia hay más mujeres, diseminadas por todo el país por el desplazamiento forzado en la espesura del monte.

Las Mujeres Torogoz, también protagonistas de esta historia, sobrevivieron por su capacidad de construir espacios seguros en lugares agrestes durante tiempos adversos. Durante la guerra, vivieron en cuevas o barrancos, que construyeron como sus propios nidos, llamados algunas veces tatús. Agujeros en los paredones de tierra, que se formaban como resultado de la erosión y el deslave. La tierra deslavada se conoce en El Salvador como barranco. Los torogoces son unos pájaros llamados también guardabarrancos, porque construyen sus nidos en barrancos o terrenos calizos o en erosión. La sola construcción de un nidito oxigena la tierra y salva el territorio.

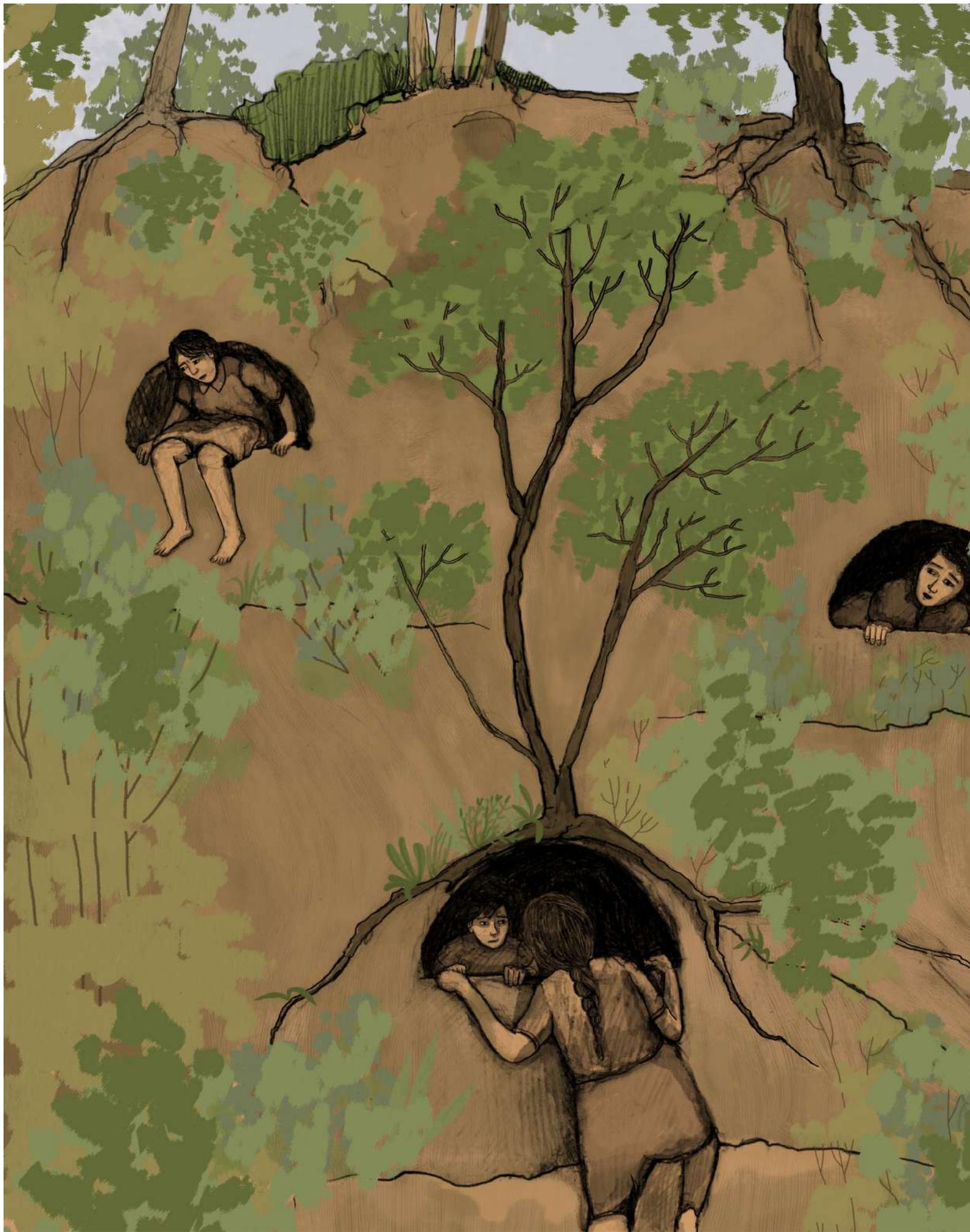
Seguramente alguna vez has visto un torogoz: sus plumas son tornasoladas, azules, verdes, naranjas y amarillas; sus colas son largas y de doble plumaje. Es un ave misteriosa porque es imposible encontrar su nido. Por lo general, los nidos de otras aves son construidos en las ramas más altas de los árboles, mientras que el torogoz vive, inimaginablemente, a ras de tierra.

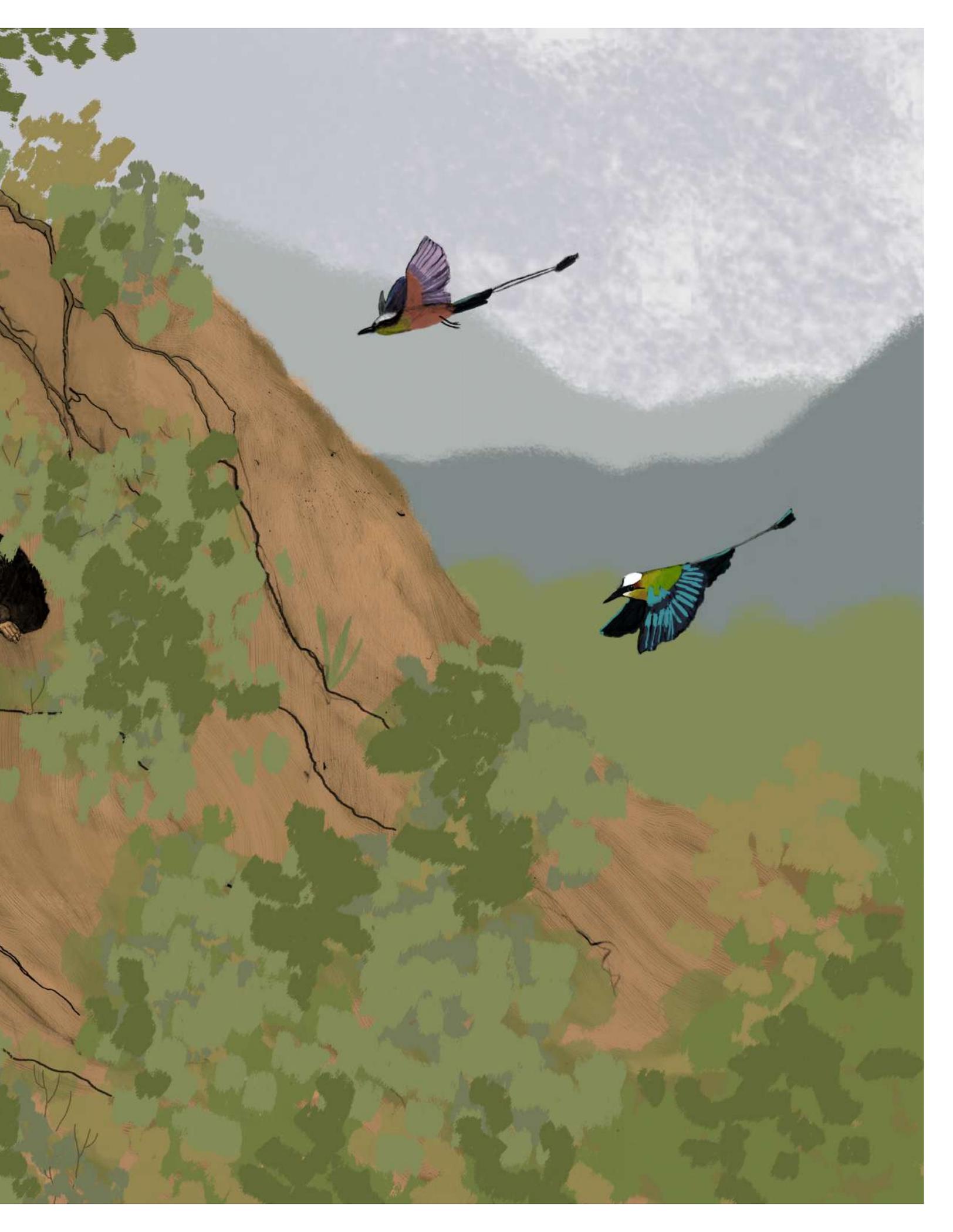
Los nidos-cuevitas de los torogoces parecen huecos al lado de un camino, un río o quebrada. Así como nadie puede imaginar que en esa cueva habite un ave majestuosa, tampoco nadie pudo imaginar que muchas mujeres salvaran su vida construyendo cuevas durante la guerra.

Las Mujeres Torogoz construyeron nidos para sobrevivir junto a sus hijas e hijos, sus madres y padres ancianos, sus vecinas, sus amigas, sus comadres, su comunidad.

Muy de mañana, de los agujeros emergen las aves coloridas. Muy de mañana, las mujeres se escondían en las cuevas. Caminando toda la noche, en guinda, se refugiaban en lugares insólitos: en la tierra al borde del derrumbe, en espacios arrasados, en terrenos de peligro, formados por piedras, en las orillas de los ríos. La naturaleza les dio cuevas y barrancos, árboles y raíces. Pero también les dio culebras, alacranes, insectos de picaduras venenosas y en los lugares de agua estancada, mosquitos. La naturaleza era generosa, pero ellas debían permanecer alertas.

Las Mujeres Torogoz construyeron esperanza en la desolación de la guerra, así como las aves eligen los lugares más desolados para armar su nido.





Todas las mujeres y niñas de estas historias se mueven serpenteantes por la tierra, entre los departamentos de San Vicente y Usulután. A pie, bordean el río Lempa, que atraviesa todo El Salvador; nace en Guatemala y desemboca en el océano Pacífico. La sobrevivencia es un camino marcado por los pasos de mujeres, ancianas, adolescentes, niñas y niños que se desplazaron forzosamente, desde 1980 hasta 1992.

La persecución de la población campesina por el ejército fue cada vez más violenta a partir de 1980. En la zona de San Vicente y Usulután, fueron ejecutadas tres masacres: La Quesera, del 20 al 24 de octubre de 1981; Sisiguayo, el 2 de mayo de 1982, y El Calabozo, el 22 de agosto de 1982. Entre las tres masacres, nombradas por los lugares donde ocurrieron, murieron más de 730 personas. Muchas fueron acribilladas en sus casas, otras durante su huida, otras murieron en el río, donde fueron acorraladas por el ejército que abrió fuego contra ellas.

Las mujeres y las niñas protagonistas de esta historia son sobrevivientes de esas tres masacres.



Los primeros años de la guerra de El Salvador son conocidos por la crueldad con la que la población campesina fue tratada. La mayoría de las víctimas de las masacres fueron mujeres y niñas campesinas.

La población campesina vivía como colono durante todo el siglo XX. Ser un colono de finca significaba no tener tierra propia para vivir y trabajar extenuantemente en los cultivos y cosechas de café, caña, algodón, cacao, o en salineras, como ocurría en el cantón Salinas de Sisiguayo. Como las fincas de café, las salineras explotaban a la comunidad. Históricamente. De familia en familia. De generación en generación.

Las niñas y los niños eran obligados a trabajar desde temprana edad, ya fuera en las fincas o en su casa ejerciendo el trabajo doméstico o de cuidado. Las casas eran de madera, bajareque o adobe; otras, de láminas y plástico. Durante las temporadas de lluvia, los pisos de las casas se volvían lodo. Algunas casas estaban rodeadas de árboles que les daban algunos frutos

para subsistir y las personas colocaban hamacas para dormir debajo de los árboles. El maíz de las tortillas se molía con piedras de basalto; los comales, las ollas y los platos eran de barro, que las mismas mujeres y niñas hacían, tanto para el hogar como para venta de subsistencia. La población campesina no tenía acceso al agua potable, y bebía agua recogida en los ríos. En los ríos también se lavaba la ropa.

Las familias que vivían en la zona de San Vicente y Usulután se dedicaban a sembrar y a cosechar flores y hortalizas, a cortar café, o recolectar sal en las salineras. Para sobrevivir, sembraban pequeñas milpas que, a veces, sucumbían con las plagas. Abuelas, madres o tías transmitían los conocimientos de las plantas, de modo que podían comer algunas hierbas o curarse con otras. Muchas mujeres sobrevivientes de ese tiempo recuerdan que desde niñas elaboraban jabón de aceituno como medio de subsistencia: recogían aceitunos, un fruto redondo y grande, con cáscara delgada, casi como la de un aguacate; extraían la semilla, que luego era secada al sol y finalmente era machacada. Esta masa se hervía para elaborar jabón. El fruto, el jabón y, sobre todo, su olor son una memo-

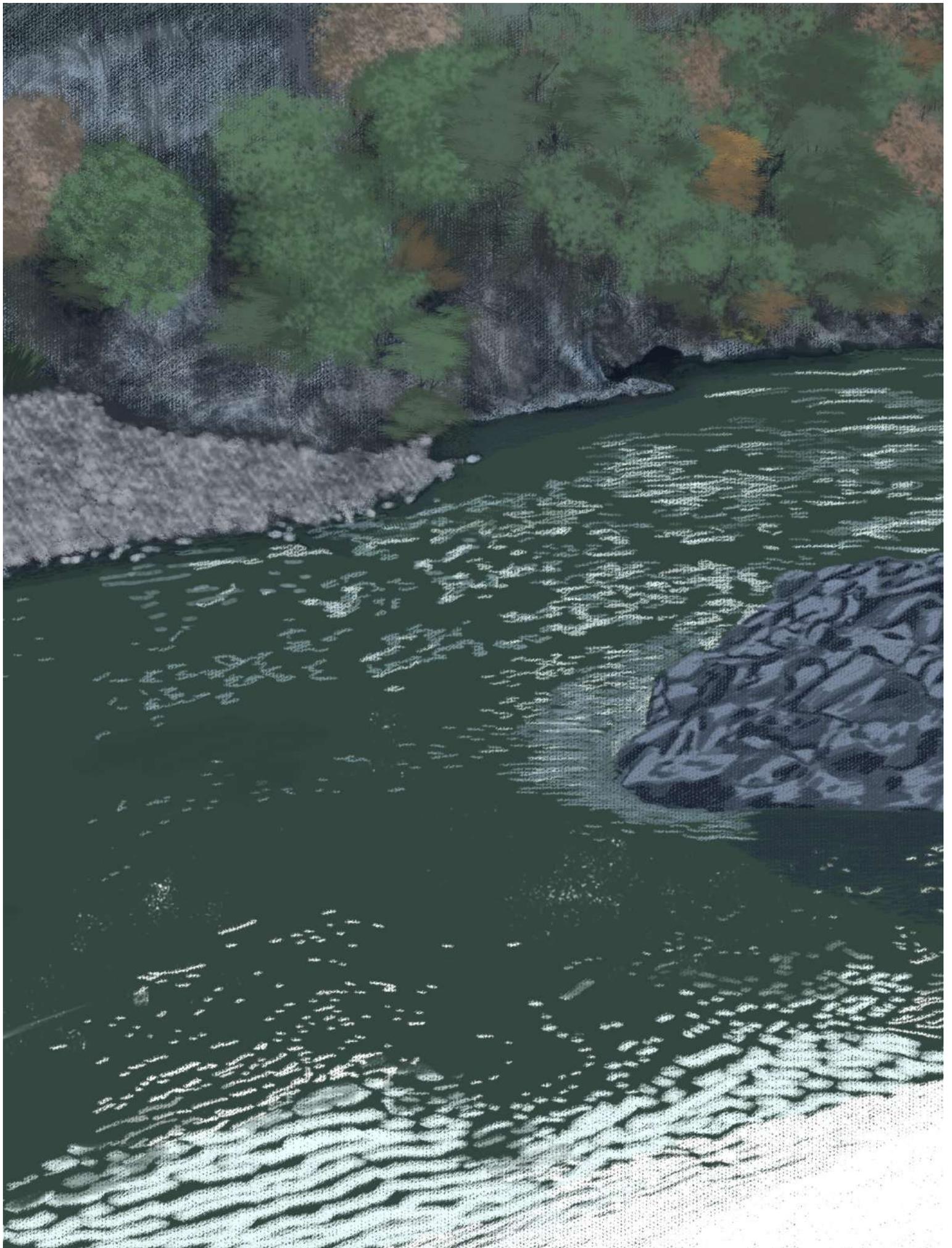
ría compartida de muchas mujeres sobrevivientes de la guerra que ahora viven en otros espacios, lejos de donde nacieron, o que, después de la guerra, volvieron a habitar el lugar en que nacieron. Aunque perfumado, el jabón de aceituno también es recuerdo compartido de tristeza, de la búsqueda diaria y dura de la subsistencia y del trabajo infantil.



En el río, las mujeres y las niñas lavaban la ropa con el jabón de aceituno. El río era un lugar importante para su vida: proveía agua, alimentos, era un espacio para trabajar y convivir. Los ríos, durante la guerra, fueron cambiando de significado.

Fueron sitios de esperanza, pero también sitios de duelo.

El mes de agosto de 1982, San Vicente fue bombardeado constantemente, en particular los municipios de San Esteban Catarina, Santo Domingo, San Sebastián, Santa Clara y San Lorenzo. Hacia la segunda quincena de agosto, batallones del ejército llegaron al poblado de El Calabozo en la zona de



San Esteban Catarina. El operativo se llamaba “Tierra arrasada”, y consistía en el avance de las tropas por toda la zona rural. Al llegar a una comunidad, el ejército realizaba una revisión sistemática de las viviendas, separando a la población, entre hombres y mujeres, y ejecutando a todos los habitantes del lugar, incluyendo a personas ancianas, enfermas, adolescentes, niñas, niños y bebés.

Las Mujeres Torogoz recuerdan que hasta los perros, los gatos, las aves de corral y el ganado eran ejecutados junto a los seres humanos. Los árboles y los cultivos eran incendiados. Y de un lugar lleno de vida, solo quedaba la tierra quemada.

En agosto de 1982, después de los bombardeos y la incursión del ejército, la población de El Calabozo y demás caseríos y cantones aledaños decidió organizarse y salir en guinda hacia el monte.

Era la madrugada del 22 de agosto. Familias enteras huyeron del ejército, escondiéndose entre la vegetación, hasta llegar al río Amatitán. Cruzar el río era la esperanza.

Esa mañana, una de las Mujeres Torogoz decidió salir temprano con sus hijos y sus hermanos, la mayoría eran bebés y adolescentes, en dirección contraria al río. Durante semanas, los hombres y las mujeres del cantón habían elegido algunos lugares para construir cuevas, para esconderse de las incursiones aéreas en que se lanzaban bombas en el departamento. Ella eligió construir su cueva lejos del río. Esa cueva la salvó.

Esa mañana, cuando la mayoría de sus vecinos llegó al río, el ejército rodeó la zona y abrió fuego. Ella se enteró de lo ocurrido semanas después.

Años después, las investigaciones de Tutela Legal del Arzobispado arrojaron el saldo de ese día: al menos 500 personas fueron acribilladas, en la tierra y en el río.



Grupos de mujeres y niñas se mueven con sigilo entre el monte. La luna es su única luz. Cansadas de esconderse durante el día y de saltarse tiempos de comida, se mueven intuitivamente, algunas veces el olor a quemado las alerta para cambiar de rumbo. La mayoría de los incendios eran provocados por el ejér-

cito, por lo que ese olor significaba que alguna operación había ocurrido recientemente. Quizás otro cantón o caserío habría sido arrasado. Y ellas debían caminar lo más lejos posible, con el paso apretado y sin ver hacia atrás, hasta que pudieran encontrar un nuevo barranco o quebrada.

Algunas veces, grupos que no habían salido juntos en guinda se encontraban en el camino. Aunque no se conocieran, las mujeres se advertían sobre las rutas que seguía el ejército; en algunas ocasiones, los grupos se unían o se diseminaban. Así, muchas noches y muchos días, las mujeres caminaron cerca de La Que-sera, El Calabozo o Sisiguayo, y se salvaron por la intuición o la información compartida por otros grupos que huían.

Guindear es desplazarse forzosamente. Sin prepararse, sin tener un refugio o un lugar a donde ir. Es salvar la vida con los pies descalzos, sin alimentación, con hambre, con cansancio. Algunas personas en la guinda sentían que flotaban cuando corrían; este recuerdo compartido no es más que la debilidad causada por la inanición. Cuando las reservas de la harina de maíz y el agua se acababan, las mujeres buscaban, entre los

árboles, algunos frutos: anonas, pepetos, mangos, algunas hojas o vainas comestibles, incluso flores. Muchas se enfermaron durante ese tiempo. Vivir a la intemperie y sin abrigo impactaba sobre todo la salud de las niñas y los niños.

Guindear es vivir con los tiempos de la naturaleza y leer sus mensajes en el cielo. Los espesos nubarrones de las temporadas de lluvia aparecían en mayo, en junio, en julio y en agosto. Las mujeres y las niñas tuvieron que resistir las tormentas debajo de los árboles, en las cuevas, en las orillas de los ríos o bajo las redes de campanillas. En las tormentas más intensas, la única luz que les guiaba era la de los relámpagos. Esos flashazos iluminaban el paisaje oscuro, volviendo las siluetas de colores azules, morados o hasta amarillos, pero claros antes sus ojos. El relámpago les mostraba veredas o caminos conocidos, y así iban identificando la topografía, desde las piedras lisas y peligrosas, hasta las raíces de los mangles. Podían llamar por su nombre algunos espacios. Así sabían que habían avanzado y podían identificar que estaban lejos del peligro.

Pero luego de la lluvia, venía, como siempre, la sequía.

Cuando era verano, las mujeres y las niñas aguantaban el calor y el sol que quemaba. Con pocas ropas y sin mayor protección que la misma naturaleza, sufrían insolación y sed. Aunque la montaña las protegía y les daba sus frutos, el camino era más difícil bajo el sol.

Algunas mujeres llegaron guiñeando hasta los refugios en Honduras; otras fueron guiadas hasta San Salvador, donde recibieron socorro de la iglesia católica y de otras instituciones; pero otras se quedaron en el monte durante años.

Algunos grupos de esas mujeres llegaron a Sisigüayo. Y aunque las casas estaban incendiadas y algunas conocían la historia, se asentaron en el cantón. Pronto otros habitantes nacidos ahí se acercaron a repoblar también.

Después de la firma de los Acuerdos de Paz, en 1992, y después de vivir a la intemperie, algunas de las mujeres protagonistas de esta historia pudieron finalmente asentarse en un lugar. Algunas de ellas en lugares que no conocían, como el Bajo Lempa. Aunque el río recorría todo el país, algunas desconocían las nomenclaturas. Nacidas en San Vicente y establecidas

en Usulután, decidieron fundar nuevas comunidades y nombrarlas con palabras de esperanza o nombres de su pasado compartido. Otras nacieron en Chalatenango, en Cabañas y se asentaron en San Vicente. En cada repoblación no todas las personas regresan a su lugar de origen.

Lo primero que las mujeres hicieron después de asentarse fue recordar. Poco a poco, reconociéndose, contando sus nombres y orígenes, reconocieron que habían sobrevivido a los años más cruentos del pasado reciente. También reconocieron que compartían haber perdido a algún familiar, alguna amistad, algún vecino, en las masacres de Sisiguayo, La Quezera o El Calabozo.

Su identidad estaba constituida por sus años en la supervivencia de las guindas, los refugios y las huellas que habían dejado en su cuerpo, pero también por el duelo de esas masacres.

Así que comenzaron a recordar. Lo primero que hicieron fue recordar los nombres y apellidos de las familias perdidas. Algún pariente o algún amigo recordaba un nombre más y lo añadían a su recuerdo. Hicieron sus propias listas, como si fuera un censo:

quién era familia de quién, qué lazos compartían, en qué lugares vivían, cómo se llamaban cariñosamente, cuántos años tenían. Apuntar, escribir, registrar. Saber quiénes fueron.

Lo siguiente fue hacer el duelo: rezar, como habían aprendido de niñas o niños, por las víctimas. Cada rezo, cada conmemoración, cada año fue cargando la energía que las había mantenido en pie y corriendo durante años. Cada conmemoración era más importante, más concurrida y recordada. Lo siguiente fue construir algunos espacios para señalar los lugares de las tragedias. Pero faltaba lo más importante: dar sepulcro, encontrar a esos seres perdidos para cerrar el círculo del duelo.

Los duelos se recuerdan por capas. Alguien recuerda quiénes fallecieron, otras personas atestiguaron y pudieron señalar un lugar; otras se esfuerzan en buscar a familiares sobrevivientes, y hay quienes tienen tanto dolor manifestado en su cuerpo o su espíritu que se niegan a hablar y contar lo que recuerdan y llevan en su silencio claves importantes para encontrar los rastros perdidos. No todas las personas viven un duelo de la misma manera.



El duelo circular puede durar años. Pasa por los mismos lugares y los mismos recuerdos, pero no tiene respuestas a lo qué pasó: dónde ocurrieron las masacres, dónde fueron llevadas las personas, dónde poder colocar una flor, una vela, un nombre, para recordarlas.



Entre 1995 y 1996, se llevaron a cabo las primeras exhumaciones en las zonas arrasadas en Usulután y San Vicente. Ya en 2006, se habían realizado 600 exhumaciones. Durante este tiempo, algunos familiares sobrevivientes apoyaron las investigaciones de la primera organización que realizó esta operación en El Salvador, el Centro para la Promoción de los Derechos Humanos “Madeleine Lagadec”. Por esos mismos años las mujeres en sus nuevas comunidades comenzaron a conmemorar las masacres sobrevividas. Unas conmemoraciones en las que lo más importante era la memoria para resguardar la vida.

La reparación puede provenir de la justicia del Estado, pero también puede ser creada por las propias

comunidades. Las Mujeres Campanilla y las Mujeres Torogoz decidieron reparar: nombrando, escribiendo, dibujando, transmitiendo su historia. La gran capacidad de sobrevivencia que desarrollaron durante la guerra civil las mantiene en pie ahora con la única esperanza de transmitir sus historias. Lo que cada una de ellas hace cada día y en cada conmemoración es valioso: cocinar, servir, rezar, cantar, recordar, compartir y transmitir memoria.



Las Mujeres Campanilla y las Mujeres Torogoz saben que su lucha por sobrevivir y por su derecho a la memoria lleva su nombre propio, pero también lleva los nombres de muchas personas más. Miles de madres, hermanas, hijas, nietas, comadres, vecinas, amigas, compañeras. Ellas decidieron elegir otros nombres para contar su historia, decidieron nombrarse con olores, lugares, flores o aves, símbolos que comparten con otras sobrevivientes de las guerras en la historia.

Ellas comenzaron a recordar de las maneras en que sus ancestros les habían enseñado antes de la guerra:

con rezos, con comidas compartidas, con tamales, con flores, con lugares donde colocar esas flores. Mientras pasaba el tiempo para que fuera posible realizar exhumaciones, las Mujeres Campanilla y las Mujeres Torogoz construyeron sus propios lugares para recordar: señalaron los espacios, levantaron pequeños monumentos, con murales o jardines, con listas de nombres, completos o por completar.

Las comunidades hacen la justicia antes que las leyes. Pueden pasar años para que la justicia llegue de las formas conocidas, pero, mientras eso ocurre, las mujeres la están tejiendo con sus manos con guirnaldas de flores o palmas, con sus manos entrelazadas en las cocinas y los fogones, preparando pan o tamales, o grandes sopones para compartir.

Quienes han guardado silencio por años no siempre tienen condiciones para recordar. No todas las personas que han guardado nombres sienten que pueden nombrarlos. Algunas temen, todavía temen. Hay duelos como círculos abiertos, que no siempre pueden cerrarse.

Cada comunidad de esta historia ha construido su sitio de memoria. Y allí están escritos los nombres



reconocidos de quienes ya no están. Los nombres o apellidos que las mujeres guardaron en su memoria mientras guindeaban o esperaban en los refugios el tiempo de retornar a su origen, durante años de terror y de valentía. No es sencillo recordar un pueblo entero, una comunidad que como un árbol se extiende entre ramas y raíces, no es fácil volver y encontrar esa tierra de raíces conocidas completamente erosionada.

El cierre más importante del duelo es poder nombrar. Aunque hayan pasado años, o décadas, en los que repetimos esos nombres amados en la voz más baja, o solo llevándolos en la memoria como un eco.



INTERLUDIO TRES

LA MEMORIA EN EL CUERPO

ILUSTRADO POR RACHEL KATSTALLER

Tal vez has escuchado que algunas veces, cuando se acercan las lluvias o el frío, las abuelas y los abuelos suelen decir que sienten dolor en el cuerpo. Que ese dolor viene del frío. Esa forma de llamar a la artritis, por ejemplo, está vinculada a un tiempo, un clima, una experiencia, un recuerdo. Llevamos la memoria en el cuerpo.

La memoria de la guerra se lleva en el cuerpo y en la mente. En el cuerpo tiene una huella profunda que no necesariamente obedece a una marca visible como una cicatriz. Puede parecer imperceptible al principio, como un dolor, un síntoma, que va y viene de forma intermitente, pero que con el paso de los años puede llegar a identificarse como una enfermedad.

Las Guardianas de la paz llevan la memoria en su cuerpo. Para sobrevivir a la guerra, pusieron su cuerpo

como principal herramienta: para alimentar a sus bebés, para cargar a sus hijos e hijas y personas ancianas de la familia, para correr, para curarse pronto con hojas medicinales, para acoplarse a las formas de la naturaleza, árboles, cuevas, piedras, como camuflaje, en condiciones físicas, ambientales y climáticas extremas.

Pero los cuerpos de las mujeres fueron violentados y torturados durante la guerra en El Salvador. Y esas violencias y torturas dejaron huellas profundas en su salud. Muchas de ellas tienen referencia inmediata en las enfermedades, como el cáncer o la diabetes, como muchas Guardianas de la paz han expresado en encuentros, entrevistas y diálogos.

Colocar a las mujeres en el centro de las violaciones de derechos humanos durante los conflictos centro-americanos es parte de la justicia transicional, pero también del diálogo y el estudio de las memorias diversas que conviven dentro de las historias nacionales patriarcales. Las mujeres se vieron desplazadas forzosamente de su lugar de origen, fueron capturadas, torturadas, desaparecidas, violadas, asesinadas. Muchas que eran madres fueron separadas de sus hijos y otras tantas embarazadas dieron a luz en centros de

tortura, espacios naturales de riesgo, o sufrieron las pérdidas de sus embarazos.

Muchas autoras plantean que durante las guerras el cuerpo de las mujeres es el primer territorio vulnerado. Las guerras se ejecutan en el territorio nacional y en el cuerpo de las mujeres, como otro territorio, que tiene otros significantes dentro de la construcción masculina tanto del ejército como de los rivales.

Las Guardianas de la paz nos han pedido que contemos también esto. No solo su lucha inspiradora para el presente y el futuro, sino las pérdidas, las violencias, las torturas y las violaciones sistemáticas de que fueron víctimas. Muchas de ellas sobrevivieron para contarlo y otras no vivieron para atestiguarlo.

Estas violencias tienen un gran impacto en su cuerpo, su mente, su relación con su entorno y el tejido comunitario. En su memoria, debemos escribir que el cuerpo de las mujeres y las niñas es el primer territorio ocupado y violentado en una guerra, y es el deber de la historia y de la ley situar estos crímenes de guerra. Y es importante reconocer que el cuerpo sí tiene memoria, y esa memoria, al principio con dificultad, habla.

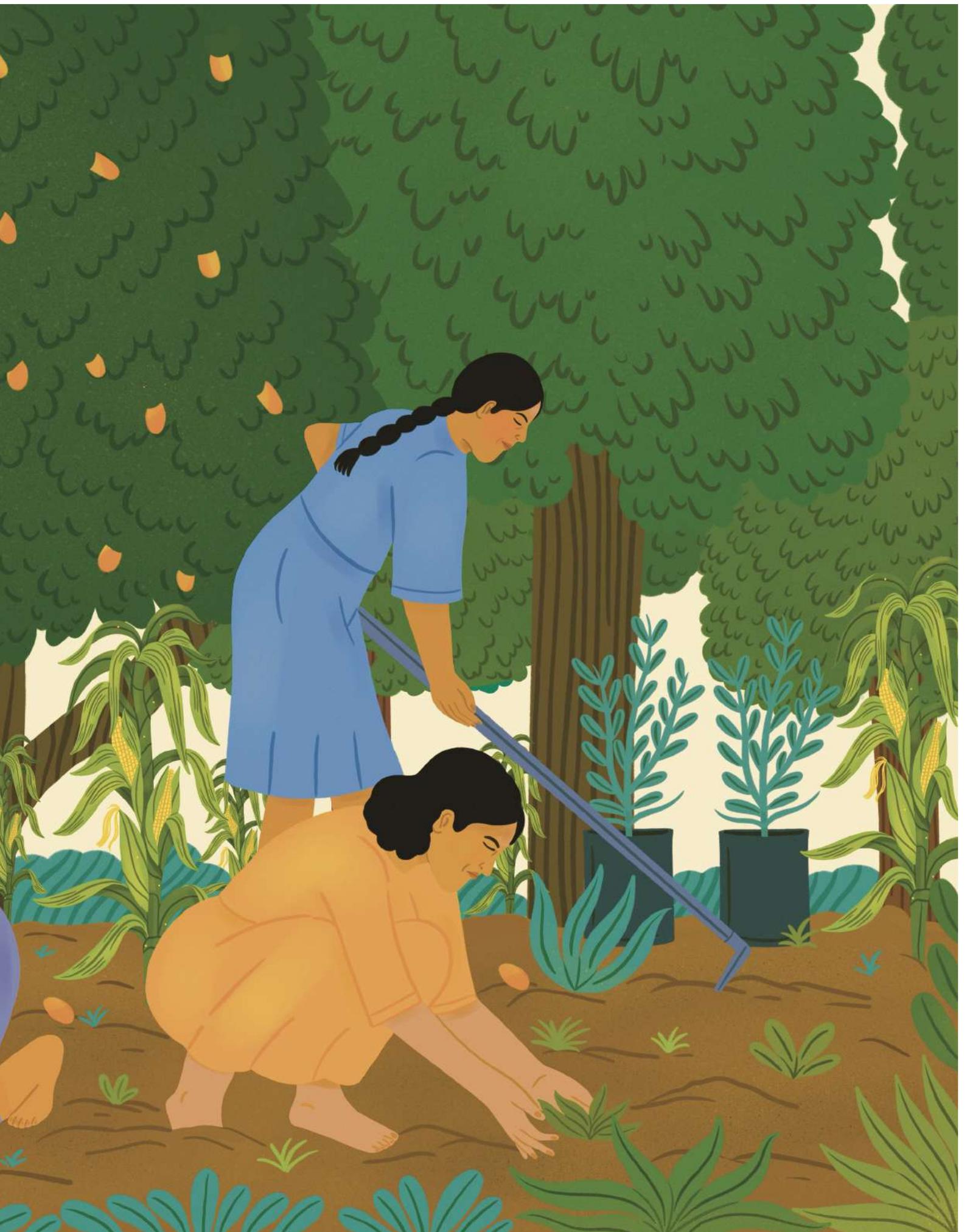
GUARDIANAS DE LA PAZ

Cantar y sembrar, fundar una comunidad

*Historia de las mujeres que repoblaron
El Paisnal y Aguilares*

Ilustrado por Jennifer Dahbura





Había una vez un paraje despoblado y oscuro que se llenó de vida. Pero para que hubiera luz, primero hubo oscuridad. Esta es la historia de las valientes personas, especialmente mujeres, que decidieron repoblar ese lugar: llegaron de lejos, plantaron nuevos árboles, construyeron casas con puertas y ventanas siempre abiertas, sembraron milpas, erigieron una escuela, formaron comunidad y rindieron homenaje a sus memorias. Muchas de esas memorias eran también desoladas y oscuras.

Esta historia comienza con muchas puertas. Todas, cerradas.



Hace más de 30 años, había una iglesia cerrada, rodeada por hierbas crecidas sin control. Estaba situada en El Paisnal y permanecía cerrada desde que la guerra empezó. La rodeaban militares que infundían miedo en quienes pasaban cerca. Durante la guerra civil, el país estaba totalmente militarizado.

Hace más de 30 años, un grupo de mujeres valientes decidió abrir la iglesia, a pesar del miedo, a pesar

de los años y a pesar de lo que abrir esas puertas podía significar para el presente y el futuro. Caminaron desde su comunidad por veredas de piedra y polvo hasta la iglesia, armadas de escobas, trapeadores y agua.

Las puertas de la vieja iglesia eran de madera y habían permanecido cerradas tanto tiempo que parecía imposible abrirlas. Cuando las mujeres lo lograron, palomas y murciélagos volaron a la vez, las telas de araña se desprendieron del techo y los muebles. Las ventanas también estaban cerradas y la presencia de la luz era escasa, apenas dibujada por un movimiento de polvo y plumas. Y así como se levantaron olas de polvo y plumas, se levantaron olas de recuerdos.

Esa era la iglesia donde había sido enterrado Rutilio Grande, un sacerdote jesuita asesinado en 1977, junto a dos compañeros de la comunidad. Las mujeres que habían llegado a la iglesia ese día habían caminado desde varias comunidades, entre ellas, la comunidad llamada también Rutilio Grande y la comunidad El Buen Pastor, en Aguilares. Era marzo de 1991 y la guerra civil de El Salvador no había terminado.

Las mujeres limpiaron todo el día, sin miedo a los soldados que circundaban la zona. Lejos de eso, sintieron





fuerza, tuvieron esperanza, y se dedicaron a limpiar y escombrar con empeño, alegría, cantando. Entre las mujeres que limpiaron estaba Felícita. No era la primera vez que se enfrentaba a una puerta cerrada. Así que no tuvo miedo de abrir la puerta de la iglesia.



En 1981, había una casa construida con adobe y tejas. Una casa construida en el cantón El Rodeo, Morazán. La puerta de la casa era de madera. Y un día, en esa puerta, apareció pintada una mano blanca.

Esa tarde, Felícita regresó de su trabajo como catequista y promotora de salud en la comunidad y vio la mano blanca en su puerta. Ella conocía lo que significaba. A principios de la década de 1980, una mano blanca pintada en la puerta o las paredes de una casa era una sentencia de muerte.

Al verla, Felícita decidió no entrar a su casa y comunicarlo a los sacerdotes y monjas con quienes trabajaba en su comunidad. Ese día, el ambiente era diferente, los helicópteros sobrevolaban el territorio, se había corrido la voz de que el ejército había ejecutado

una masacre, pero no llegaban las noticias exactas del lugar. En su comunidad, el padre Pedro O'Neil consideró que Felícita y su familia tenían que salir pronto de Morazán, dejar su casa y, de ser posible, el país. Una red de sacerdotes, monjas y misioneras iba a ayudarla. Desde finales de la década de 1970, sacerdotes, monjas, misioneros y catequistas eran acosados y perseguidos por el ejército.

Ya habían ocurrido muchas muertes, como la del Padre Rutilio Grande, de la cual Felícita supo por la información que circulaba en las comunidades eclesiales de base (CEB). Pero no solo misioneras y catequistas eran perseguidas; el derecho a la salud era casi imposible de alcanzar en el país, Felícita era una promotora de salud y conocía todas las necesidades de su comunidad.

Las comunidades eclesiales de base eran un espacio de aprendizaje y solidaridad, eran un espacio para compartir, no solo la lectura de la Biblia, sino la vida, la esperanza y la transformación. El padre Rutilio Grande había fundado muchas CEB, acompañado por otros sacerdotes jesuitas. Rutilio Grande solía decir: “Nos tenemos que salvar en racimo, en mazorca, en matata, o sea en comunidad”. ¿Cómo era posible

salvarse en matata? Como el tejido de la matata: en red, conectados por nudos. ¿Cómo era posible salvarse en mazorca? Como los granos del maíz: unidos. En una CEB, si una persona sabía leer, podía enseñar a las demás personas de su comunidad o su cantón: saber leer era poderoso, era una llave para el conocimiento de los derechos; si una persona había sembrado algunos cultivos y otras no tenían acceso a parcelas para sembrar –o su salario en las cortas de café y algodón, en las salineras o en la zafra no era suficiente para conseguir alimentos para su familia– los frutos de la tierra se compartían. Y las misas eran una fiesta, siempre acompañadas de música y cantos.

Felícita cantaba en el coro de su iglesia desde niña, aprendió a cantar en latín, porque cuando ella nació, la misa aún era celebrada en latín, una lengua muy antigua que ya no era hablada en ningún país del mundo, pero de la que nacieron los idiomas que ahora hablamos en América Latina, como el castellano y el portugués. En las décadas de 1960 y 1970, la iglesia católica vivió transformaciones que impactaron la vida de sus feligreses, en particular de los más pobres y desposeídos: las biblias se tradujeron a los idiomas de cada país,



la misa comenzó a celebrarse y a cantarse en español. Ella vivió todas esas transformaciones y supo que era también una hija de Dios; no solo lo eran, como ella pensaba desde niña, los dueños de las fincas donde trabajaban bajo explotación hombres y mujeres, niños y niñas. Ella creció pensando que solo las personas con recursos podían entrar al cielo. Desde entonces, había tomado la misión de educar y apoyar a las personas en su comunidad. Su comunidad era grande, formada por varios cantones por los que se desplazaba a diario, casi siempre a pie. Cualquier persona podía entonces identificarla e interceptarla. Ciertamente, corría peligro.

Cuando la mano blanca apareció pintada en la puerta de su casa, Felícita estaba casada y tenía dos hijos; comunicó a su esposo lo que debía proceder. Salieron de su casa llevando pocas cosas. Ninguna persona está preparada para desplazarse forzosamente; la mayor preocupación siempre será encontrar un lugar seguro, al cual llegarán a pie, por autobús, escondidas, de noche o de día. Ninguna persona está preparada para dejar su hogar.

Entonces, ya había muchas personas que vivían en un constante desplazamiento, dentro de El Salvador,

otras buscaban refugio en la frontera con Honduras, encontrando muchas veces la muerte.

Caminando y tomando algunos autobuses, Felícita y su familia lograron llegar a Honduras. Las monjas de su comunidad habían logrado que Felícita fuera recibida en Nicaragua. Honduras era apenas la primera frontera. Faltaba atravesar un país entero para llegar a Nicaragua, un sitio seguro.

Cuando llegaron a Nicaragua, fueron llevados a un campamento en Estelí, un departamento cercano a la frontera de Honduras. El campamento era muy diferente a los campamentos que se habían construido para las personas que se habían refugiado en Honduras. En Nicaragua, la iglesia católica, organizaciones de derechos humanos y el gobierno del país habían logrado crear un sistema de campamentos con mayor infraestructura, en el que las personas vivían en el sistema de cooperativas. Los campamentos estaban divididos por cooperativas de distintos oficios. Las cooperativas eran espacios de trabajo para el sustento comunitario, la mayoría de ellas estaban formadas por personas dedicadas a la agricultura, sobre todo al cultivo de maíz, frijoles, papas, yuca, tomates; pero

también había otras de oficios, en las que trabajaban costureras, zapateros, obreros.

Después de pasar un tiempo en Estelí, Felícita y su familia fueron enviadas a la cooperativa Luciano Vilchez, en la carretera que conectaba con Managua, la capital. Las cooperativas estaban situadas en todo el país, y muchas de ellas eran parte del programa de la reforma agraria, prevalecía en ellas la vida dedicada a la agricultura, como la que la mayoría de las personas refugiadas había llevado en El Salvador.

Entre 1981 y 1984, 20 mil salvadoreños se refugiaron en Nicaragua, huyendo de los años más violentos de la guerra civil. Todas las personas refugiadas vivieron en el sistema de cooperativas.

Felícita conoció a muchas familias desplazadas, especialmente mujeres, niñas y niños. Algunas habían llegado desde Chalatenango, San Salvador, Cabañas, Usulután, San Vicente o Morazán. Había otro país llamado El Salvador, el que era desplazado forzosamente, con muchas vidas en riesgo, en particular de niñas y niños.

Felícita siempre fue una lideresa en su comunidad, así que pronto se incorporó a las necesidades de su



campamento. Además de su experiencia como catequista, había recibido formación en salud pública en las comunidades eclesiales de base. En Nicaragua, pronto hubo mujeres embarazadas y nacimientos, también personas enfermas que requerían cuidados y atención. Felícita se encargó de una clínica. Durante sus años en la cooperativa, Felícita tuvo más hijos, perdió a uno de ellos; los desplazamientos también son procesos de duelo.

La vida seguía su curso, y aunque cada persona que se conocía tenía la esperanza de volver a un país en paz, las condiciones de peligro continuaban. Las zonas rurales eran bombardeadas, las personas desplazadas aumentaban, y la desaparición forzada de personas adultas y hasta niñas y niños seguía siendo una noticia dolorosa. Pero la vida tiene una fuerza que empuja a continuar y durante los años que permanecieron en Nicaragua, nacieron muchas niñas y niños en los refugios. Sus hermanas o hermanos mayores, niñas y niños desplazados, tenían latentes esos recuerdos de miedo y peligro, a veces no podían dormir, a veces lloraban, recordaban escenas exactas de miedo, peligro y dolor que pueden describir incluso ahora que son personas adultas.

Algunas veces, la memoria está formada por huellas imperceptibles; otras, por cicatrices o marcas que se llevan en el cuerpo. En el caso de las infancias, la memoria era esa huella del camino que tomaron en sus guindas, la huella que dejaron por última vez en su hogar.

Las niñas y los niños que llegaron muy pequeños a los refugios sabían su historia familiar y la de su país, y se reconocían como salvadoreños, pero también desarrollaban apego al refugio. Nacían niñas y niños en nuevos países, y consideraban el refugio como un hogar.

Como ocurrió en los campamentos de Honduras, a Nicaragua llegaron también niñas y niños sin padres, sin familia, víctimas de las masacres y las guindas. En Nicaragua también las familias se extendieron y el sentido de tener una madre era comunitario. Las mujeres cuidaban a niñas y niños huérfanos como si fueran suyos.

El desplazamiento forzoso no solo implica perder tu casa, tus pertenencias, tus amistades, muchas veces implica también perder tu país y tu nacionalidad.



Los años en el refugio pasaron como pasan los años en cada refugio. En el horizonte refulge la esperanza de volver, de retornar al país natal.

Ni Felícita ni sus compañeras dejaron de pensar en El Salvador, en las familias, amistades y compañeras que perdieron. Toda persona que va a un refugio lo hace con la idea de volver a su país, a su hogar. Así que en 1985 diversas comunidades desplazadas se organizaron en un comité del cual Felícita fue parte: el Comité Cristiano Pro-Desplazados de El Salvador (CRIPDES). Este comité fue fundamental para que el retorno no fuera solo una idea, sino que pudiera construirse comunitariamente. CRIPDES logró organizar el regreso a El Salvador, apoyado por el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR).

Las personas estaban acostumbradas a vivir organizadas. Así que pronto, prepararon la logística del retorno. En 1990, se realizó una encuesta para conocer los deseos de las personas desplazadas, casi un 75 % quería volver a El Salvador.



En 1990, la paz no era ni siquiera una idea, la última negociación para el cese al fuego se había llevado a cabo en 1984 y no tuvo resultados favorables. En 1990, en Nicaragua, vivían más de 20 mil personas salvadoreñas. Aquellas comunidades organizadas se habían sostenido por años con la esperanza de volver. El regreso necesitaba de mucha organización, sería como trasladar una ciudad completa.

Reunidas en foros y conversaciones, las comunidades acordaron regresar a El Salvador; pero no podían volver a sus lugares natales, muchas de las zonas de las que eran originarias continuaban siendo zonas en disputa por el ejército y la guerrilla. El territorio elegido fue un cantón llamado El Jicarón, localizado entre El Paisnal y Aguilares.

El Paisnal y Aguilares estuvieron históricamente rodeados por campos para siembra de caña de azúcar. Durante muchos años, las personas nacidas en la zona se dedicaron exclusivamente a trabajar en la zafra, en la que las condiciones de trabajo eran duras y los salarios bajos. Aguilares y El Paisnal están comunicadas por un camino. Por ese mismo camino transitaba en su vehículo blanco el padre Rutilio Grande el 12 de

marzo de 1977, acompañado por Manuel, un hombre de 72 años, y Nelson, un joven de 16; miembros de su comunidad. En esa calle, el carro del Padre Grande fue ametrallado y los tres tripulantes murieron.

La noticia corrió en ese camino, llegando a las dos comunidades. Faltaban unos días para la festividad de San José, una de las celebraciones más importantes que realizaba el padre Grande. Cuando la noticia llegó, las personas se trasladaron hacia el sitio del ataque, querían reconocer a las víctimas y preparar los funerales; no pudieron acercarse a ellos. El padre Grande, Manuel y Nelson estuvieron custodiados todo el día por el ejército. Pero nadie se marchó, las personas se mantuvieron en espera hasta el amanecer, esperando poder llevar a cabo el funeral.

Los funerales del padre Grande, Manuel y Nelson se realizaron durante días, con misas celebradas entre San Salvador y los municipios de El Paisnal y Aguilares. Los años siguientes, el conflicto comenzó a ser reconocido como guerra civil, y estos municipios recorridos por el padre Grande, Aguilares, El Paisnal y Guazapa, fueron focos de enfrentamientos; sus habitantes se vieron obligados a desplazarse.

Ese lugar se convirtió en un nuevo lugar. Tuvo otra identidad, fue reconocido con otro nombre, fue señalado por una historia y por nuevos símbolos. Ese lugar que une a las dos comunidades por un camino de tierra y piedras fue entonces un lugar de encuentro de la memoria de Rutilio Grande y sus compañeros. Eso es lo que se conoce como un sitio de memoria. Y generalmente es construido y custodiado por las comunidades. Son espacios que forman parte de la historia de la comunidad y permanecen cuidados y restaurados para transmitir su memoria generación tras generación.

En 1991, ese lugar era un sitio desolado, donde solo cada marzo, desde 1977, se colocaban tres cruces para señalar la memoria de lo que pasó. Hasta ese lugar viajaron las personas que formaban el comité de repoblación. Y estaban dispuestas a construir una comunidad nueva, en la que removerían el pasado y sus tragedias desde la raíz, desde la maleza hasta la profundidad de la tierra.





Después de muchas negociaciones, y con donaciones de organismos internacionales, la comunidad Rutilio Grande pudo comprar los terrenos que habitaría, ubicados en un cantón que entonces era llamado El Jicarón. La comisión de repoblación realizó viajes para negociar y comprar. Aunque Felícita era parte de CRIPDES, antes de volver, sufrió una operación y envió a una persona de la comunidad en su representación. El resto de los habitantes esperaban en Nicaragua noticias, a veces eran acompañadas de videos o fotos del lugar que repoblarían.

Los retornos de las poblaciones desplazadas comenzaron en El Salvador en 1987. La guerra continuaba, pero el deseo de volver y construir la paz era más grande que el miedo al peligro. Desde Honduras, salieron las primeras caravanas de personas, dispuestas a volver a sus tierras o encontrar nuevas donde vivir en paz. A pie y en autobuses, las personas se preparaban para volver. Los autobuses llevaban mantas blancas, con mensajes sobre la esperanza de la paz, y en las ventanas podían verse rostros de personas ancianas que habían sufrido los peores años de la violencia y confiaban en la paz, o

las caritas pequeñas y vivaces de las niñas y niños nacidos en los refugios.



La repoblación desde Nicaragua fue más compleja. Para comenzar, las personas refugiadas necesitaban documentos para volver. Porque cuando dejas tu país forzosamente, puedes perder todo, tu casa, tus documentos y hasta tu nacionalidad. La solicitud de los documentos de identidad fue compleja, las personas necesitaban una cédula para ingresar a El Salvador y un pasaporte para salir de Nicaragua. Además, estaban más lejos que en otros refugios, tenían que tomar vuelos.

A El Paisnal, Aguilares y otra comunidad cercana llamada Huisisilapa volvieron comunidades originarias de refugios de Nicaragua, Honduras y grupos refugiados en Costa Rica. Cada una tuvo su propio operativo para volver. Al ser un país fronterizo, las personas de Honduras retornaron en autobuses, mientras que las personas refugiadas en Costa Rica volvieron en avión.

Las rutas de retorno fueron diversas. El grupo proveniente de Honduras tomó autobuses para volver a El Salvador; antes de subir al autobús, cada persona recibía sus documentos para volver. Aunque el retorno era ansiado, también fue difícil, se encontraron con la historia de las puertas cerradas. Esta vez, eran las fronteras. La frontera del país natal.

Pero nadie se dejó vencer. En primera fila los comités de repoblación negociaron con el ejército que vigilaba la frontera y bloqueaba el ingreso de salvadoreños a su propio país. Hubo una intervención de la ACNUR. El ejército sostenía que no podían entrar y debían regresar. Nadie se movió, permanecieron días en la frontera, en espera de poder pasar.

Cuando al fin cruzaron la frontera, la esperanza regresó con los cantos de los pájaros, los árboles conocidos, los volcanes en el horizonte.



En el caso de Nicaragua, los grupos de personas retornadas volvieron en aviones de AeroNica, una



LA PAZ ILUMINA EL
RETORNO A



RETORNO
A LA
PATRIA

CAMINO DE NUESTRO
LA PATRIA

aerolínea nacional. Mujeres, jóvenes, niñas, niños, ancianos y hombres armaron sus maletas, llevaron, de nuevo, lo que podían cargar. Cajas, bolsas, maletines y sacos fueron llenados con las pertenencias más necesarias. Tendrían que empezar de nuevo.

Como su vida era agraria y su manutención se sostenía en cultivos y crianza de animales, especialmente aves y ganado, ningún ser vivo fue dejado atrás en el retorno. Las comunidades de Nicaragua organizaron el retorno de sus animales por vía terrestre, volvieron en camiones. Desde vacas hasta aves.

Por esos años, Felícita tenía una compañera especial, una lorita llamada Maruca. No podía enviarla en los camiones con otro tipo de animales, era pequeña, era frágil, así que decidió llevarla con ella, en el avión. A escondidas. Felícita habló con Maruca y le pidió que guardara silencio. Así pasaron todos los trámites aeroportuarios, la lorita escondida en la camisa de Felícita, en su pecho, pegada a su corazón.

El viaje entre Nicaragua y El Salvador fue corto, una duración menor a una hora. Pero para muchas personas duró mucho más tiempo, duró los años lejos de su patria, duró los días contados para volver.

Para niñas y niños fue una novedad volar. Pero también fue causa de miedo e incertidumbre, no conocían otro lugar, otro paisaje, que no fuera Nicaragua.

Al llegar a El Salvador, los procesos estatales de atención a las comunidades repobladoras no eran óptimos ni eficaces. Y aunque no se encontraron con el peligro de ser detenidas en la frontera, como ocurrió con las comunidades que volvieron por tierra, las personas que volvieron tuvieron que salir por la zona de carga del aeropuerto. Este recuerdo aún les entristece, esa bienvenida desolada.

Sin embargo, los buses que les llevarían a su nuevo territorio les esperaban. Y el retorno continuó por más horas.

Las comunidades que habían retornado antes a la zona esperaban a las familias que venían desde Nicaragua, Honduras y Costa Rica. La comunidad El Buen Pastor retornó en 1987, fue fundada por personas desplazadas internamente. Eva y sus compañeras prepararon la bienvenida: abrieron el camino, cortaron hierba, limpiaron la zona de El Jicarón. Por ese camino fue que se asomaron los autobuses. Los sacerdotes que les acompañaron como catequistas,



que les visitaron en los refugios, esperaban también a las familias retornadas. Fue una bienvenida con alegría: flores, música, comida, celebración. La patria, el retorno, el futuro.



La lucha seguía. El deseo de visibilizar el legado del padre Grande como un legado vivo mantuvo a las personas unidas. La esperanza de haber vuelto mantuvo unidas a las familias retornadas. Ahora había que reconstruir la vida. Desde la raíz. Ahora había que volver a empezar, pero la alegría de volver a su tierra natal era más grande que las hierbas crecidas, la tierra arrasada, los árboles quemados, las memorias más tristes y el miedo.

Como en los primeros campamentos, les esperaban las carpas. La primera repoblación de la comunidad Rutilio Grande fue en carpas. Pero pronto las mujeres se organizaron. Necesitaban alimento, cubrir a los más pequeños, bebés y personas ancianas. Después del retorno, las comunidades repobladoras de El Paisnal, Aguilares y Huisisilapa formaron un nuevo

comité, llamado Unión de Comunidades Rurales de El Salvador (UCRES).

Después del desplazamiento forzado por la guerra, El Jicarón, ahora comunidad Rutilio Grande, fue un espacio tomado por el ejército y la guerrilla, en el que se llevaron a cabo enfrentamientos armados. La vida que resistió, la de las plantas, árboles y animales, fue resiliente: crecieron árboles frutales de nuevo, las hierbas cubrieron los suelos arrasados por los incendios y cada estación lluviosa se encargó de que la tierra se regenerara.

Cuando la comunidad llegó, era temporada de mangos. Los mangos caían de los árboles, maduros; los niños los comían. Había más árboles frutales. Y pronto se organizó la siembra de milpas, pero la milpa tarda en crecer, así que los primeros alimentos fueron escasos y producto de la organización de donaciones internacionales.

Cada ciudad, cada pueblo, tiene históricamente una plaza central. En la comunidad Rutilio Grande, había un árbol antiguo y frondoso en el área elegida como el centro del asentamiento. Pero en ese árbol habían sido ahorcadas o fusiladas varias personas.

Felícita y sus compañeras decidieron retirar ese árbol que solo les recordaba el dolor y las terribles historias que habían querido dejar atrás, y plantar uno nuevo. Un árbol joven, que llegó como un regalo llevado por un cura de las CEB, joven como la comunidad. Un árbol de esperanza.

Ahora, si visitas la comunidad, puedes ver ese árbol, su tronco es ancho, sus ramas son extensas, ha crecido, es alto; el tiempo de su crecimiento ha sido el mismo tiempo de la organización de la comunidad.

El paisaje era verde y exuberante, había crecido sin la intervención de la gente, pero también por la intervención humana era desolado. Las mujeres decidieron explorar el espacio y poco a poco encontraron más árboles que habían sido calcinados, encontraron también cuerpos. Con determinación y compasión a la vez, decidieron enterrar a las personas de las que encontraron osamentas o cuerpos y marcar esos lugares, donde había ocurrido esa tragedia. Esas acciones realizadas por mujeres son acciones de memoria, señalar un lugar, intentar reconocer a las víctimas, enterrarlas y guardar el duelo por

las vidas perdidas. Eso hicieron en cada árbol, monte o quebrada, identificaron lo que había ocurrido y lo señalaron. Para no olvidar. Y para que, cuando llegara la paz, las familias de estas personas supieran su destino, pudieran llegar por ellas, o pudieran colocar una flor o una cruz para recordar.

Después de encontrar tantos árboles calcinados, tantos árboles que contaban historias tristes, las mujeres eligieron sembrar un nuevo bosque. En los límites de la comunidad sembraron su jardín botánico. Llevaron especies nativas, árboles frutales, árboles medicinales, árboles con flores, árboles caducifolios. El jardín iba a crecer al mismo tiempo que la comunidad.

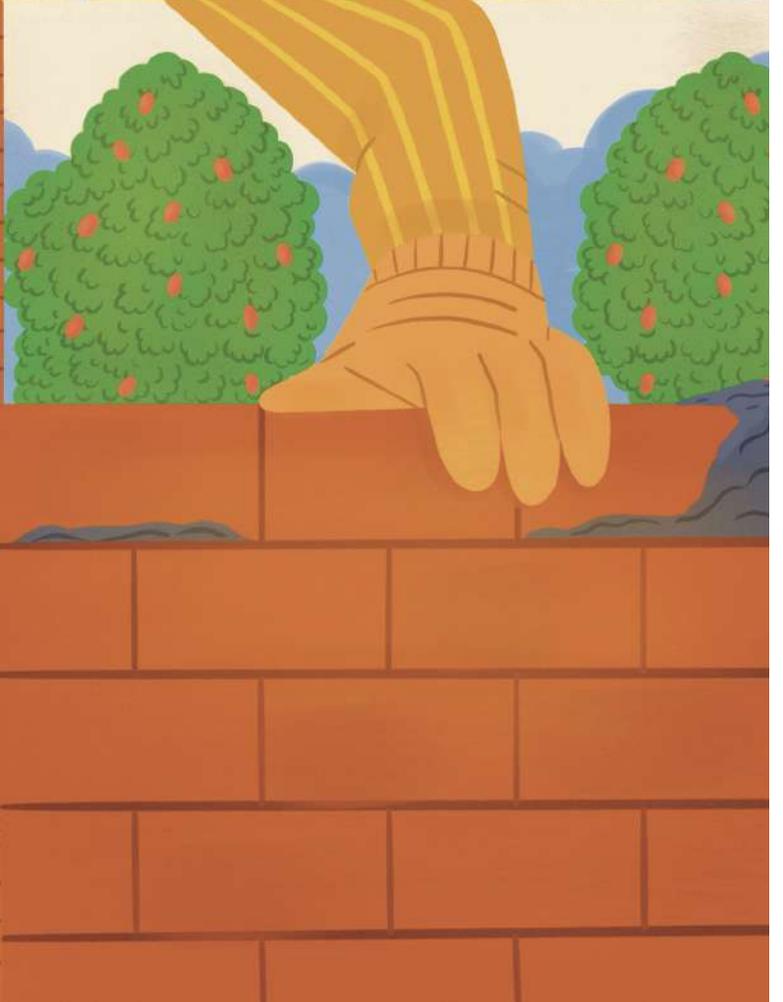
Las mujeres eran fuertes como los troncos antiguos y lo hicieron por sí mismas, tenían el conocimiento heredado de su vida agraria, la práctica de las cooperativas en Nicaragua y el deseo de legar a las nuevas generaciones un país distinto, que empezaba en su comunidad.



La escuela y las casas fueron construidas al mismo tiempo. La escuela era la principal preocupación de la comunidad, que niñas y niños pudieran estudiar. Muchas mujeres eran educadoras populares, así que la organización fue pronta. Toda la comunidad construyó la escuela, ladrillo a ladrillo, durante los primeros meses del retorno. Las casas tuvieron diversas etapas de construcción: las primeras fueron de carpa, las siguientes de madera, y las últimas de bloque. Las mujeres y las niñas sembraron más árboles, construyeron casas, cultivaron milpas... la comunidad se salvó en mazorca, como les había enseñado el padre Grande.

Pero faltaba algo.

El sitio más importante para la comunidad. En marzo de 1991, en el aniversario del padre Grande, Felícita y sus compañeras Eva y Carmen, decidieron caminar hacia la iglesia de El Paisnal, abrir de nuevo las puertas, barrer, trapear, limpiar, cantar. Las celebraciones de marzo, entre la fiesta de San José y el aniversario del martirio de Rutilio Grande y sus compañeros, fueron la nueva festividad de la comunidad, entre la conmemoración, el duelo y la celebración de la vida.



En su camino, Felícita y sus compañeras encontraban el pequeño monumento a las Tres Cruces, hasta entonces era un espacio de disputa por la memoria de lo ocurrido y por un imperativo de olvido de las autoridades y algunas personas de comunidades vecinas. El monumento a las Tres Cruces pasó por muchas etapas. Las cruces fueron construidas con varios materiales: cruces de árbol de jilote, como las del día de la cruz que se celebra el 3 de mayo; cruces de madera, que fueron retiradas o quebradas en esa disputa por el espacio; cruces de hierro.

Las mujeres de la comunidad decidieron ser guardianas de la memoria de desplazamiento, asilo y retorno, pero también del padre Grande. Son ellas quienes han cuidado el monumento hasta ahora, convirtiéndolo en un sitio de memoria, que señala la identidad que mantuvieron en Nicaragua y por la que lucharon en El Salvador.

La memoria necesita guardianas, la memoria necesita que las comunidades la registren y la transmitan, la memoria es como ese bosque que Felícita y sus compañeras decidieron sembrar, para que se enraice y fortalezca, necesita cuidados.



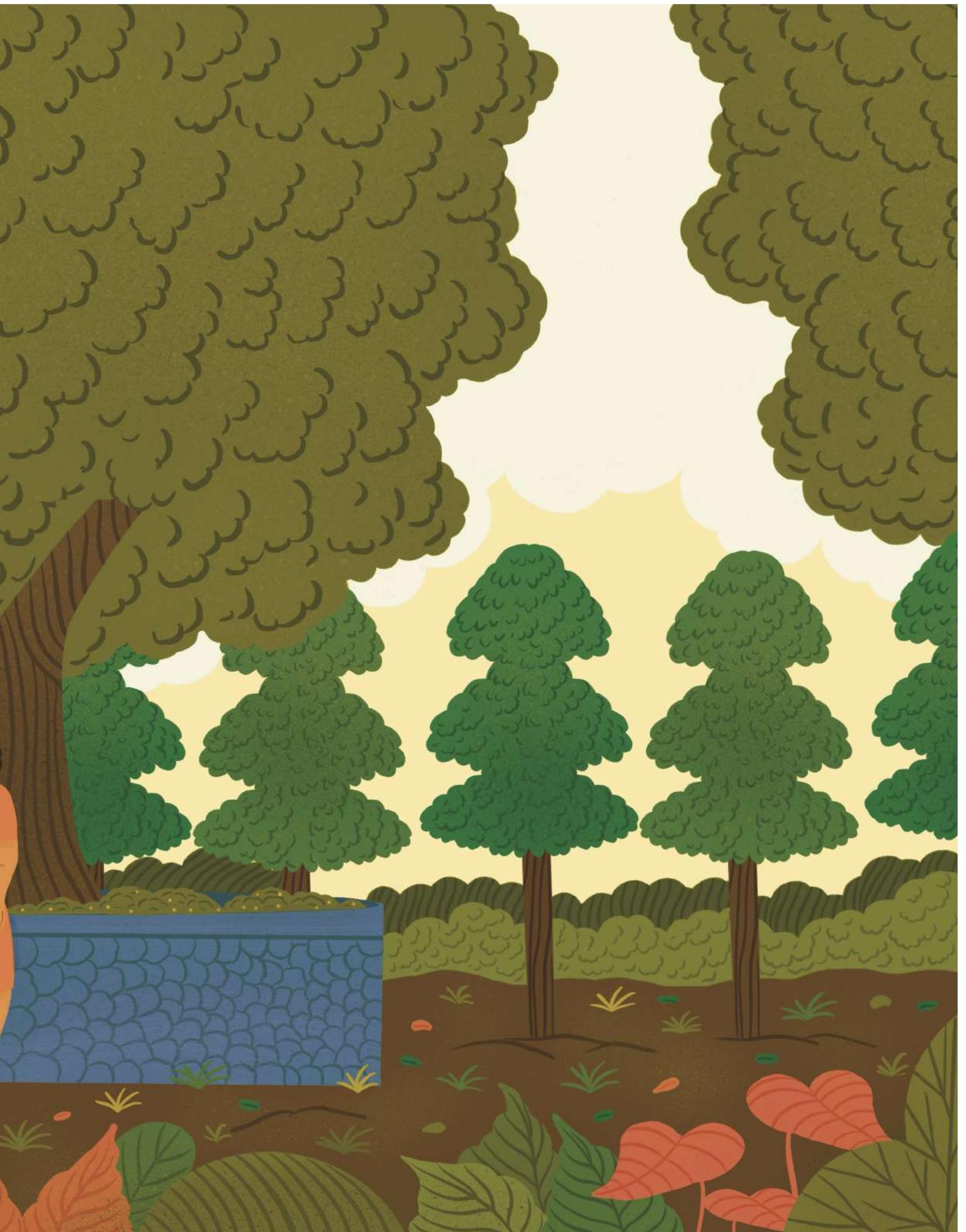
Las guardianas de los municipios de El Paisnal y Aguilares nos demuestran que la historia es movida por las comunidades, es construida desde abajo, es pensada colectivamente. Un país como El Salvador no tiene una historia única, es una canción coral de muchas voces, de vidas que se compactan como las capas de la tierra. Las mujeres que decidieron organizarse desde Nicaragua para tener un territorio al que pudieran volver lo demostraron, construyeron una comunidad desde cero, como quien funda un nuevo país. Aunque la paz tomó más tiempo en llegar, ellas no perdieron la esperanza, y sembraron, cantaron y construyeron para alcanzarla antes que el mismo proceso político ocurriera. La paz es un proceso histórico y es colectivo.



Antes de escribir esta historia, encontramos a Felícita, sentada debajo del inmenso árbol que ella sembró hace muchos años. Nos abrazó y nos dijo:

—Feliz día. Hoy es el aniversario de nuestro retorno.







GUARDIANAS DE LA PAZ

Volveremos y seremos jardines

*Historias de niñez desaparecida
forzosamente durante la guerra
de El Salvador*

Ilustrado por Andrea Altamirano

Había una vez una mano pequeña tomada de una mano grande.

Había una vez una foto de dos manos tomadas, una niña y su padre, una niña y su madre, un bebé y su madre.

Había también una foto de una niña mirando la cámara mientras se colocaba un calcetín.

Había una niña con un vestido azul, primorosamente bordado, y otra con un vestido rosa de volos y encajes. Había niñas en sandalias, niños descalzos, bebés con la pancita al aire o envueltos como un rollito.

Había muchas fotos, de todos los tamaños, colgadas en las paredes y guardadas en álbumes familiares.

Había partidas de nacimiento, fes de bautismo, documentos. Nombres completos, largos, nombres abreviados o diminutivos pronunciados con cariño.

Había familias que se amaban y esperaban con felicidad a las niñas y los niños que nacían, y se tejían en núcleos grandes, que alcanzaban a poblar aldeas, donde crecían entre árboles, flores, hojarasca y animales.

Pero una vez, una mano pequeña se soltó de la mano grande. Y cuando la mano grande intentó recuperar la manita, solo sintió frío.

Esa vez, ese día, una madre perdió a su niño, a su niña, a su bebé.



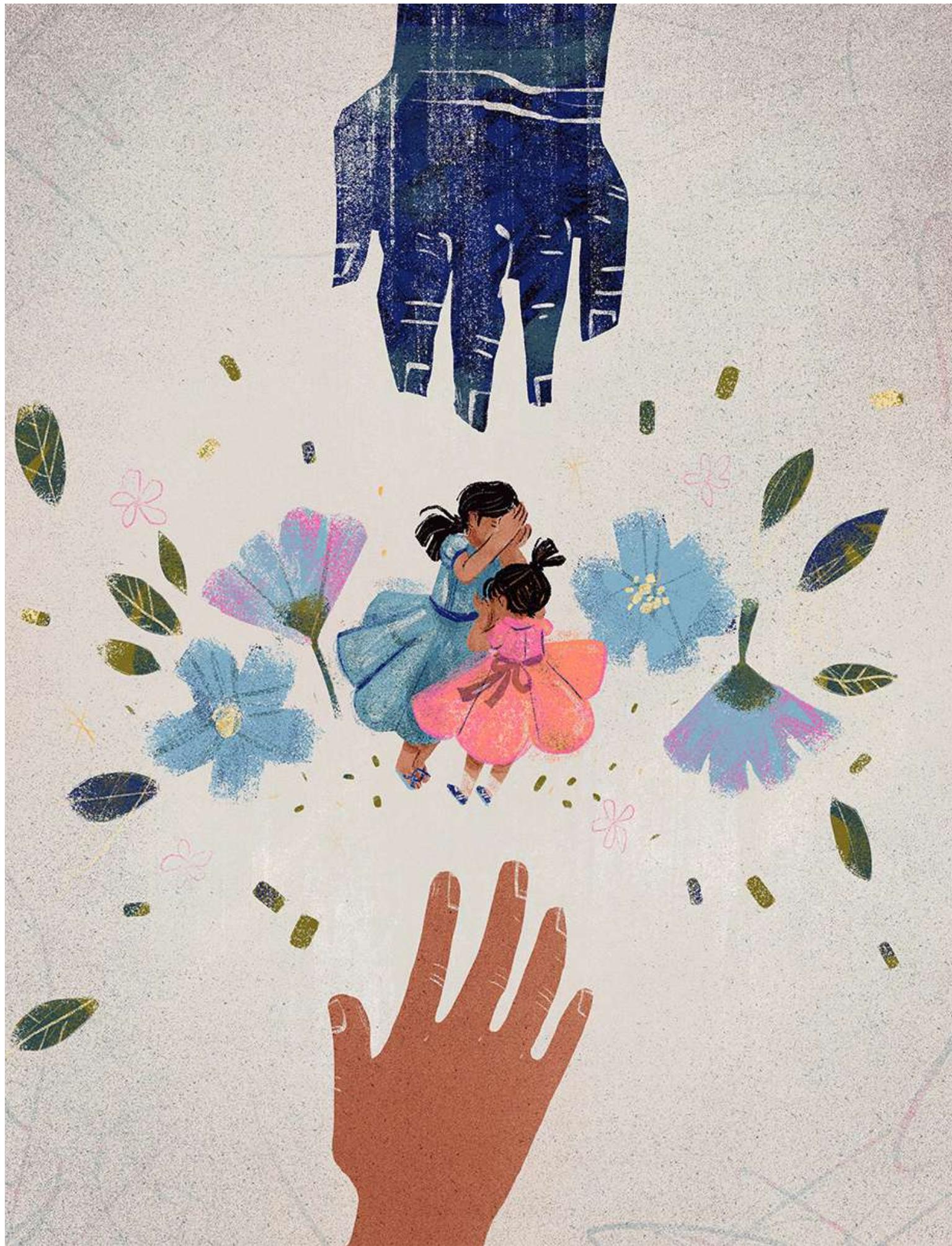
La nube de polvo levantada por las aspas de los helicópteros es espesa y cubre todo, pero la falda de la niña es como una flor traslúcida al sol. Se mantiene flotando y, entre la polvareda, brilla limpia y clara.

La niña toma de la mano a su hermanita menor. Ambas cierran los ojos por el polvo. Están solas, debajo de los árboles. Son pequeñas, tienen entre siete y cuatro años. Resisten a la polvareda y al viento.

El helicóptero asciende.



Entre el monte, una madre huye. Una madre de tres niños. Las hojas secas hacen tanto ruido que decide quitarse las chancletas. Divisa una mata grande, decide que van a resguardarse ahí. Lleva un bebé apretado contra el pecho y un hijo en una mano y ese hijo toma de su mano a un hermanito menor. Se esconden dentro de la mata. Suenan detonaciones.



Los niños escuchan ese ruido que es tan fuerte que deja de sonar y se convierte en un vacío entre los oídos y la realidad.

Un disparo atraviesa la mata.

Y atraviesa el corazón de la madre. Y atraviesa el corazón del bebé.

Los dos niños no escuchan bien, pero observan. Miran a su madre y su hermanito, por última vez.

Soldados examinan la zona y encuentran a los dos niños pequeños junto a su madre y su hermanito. La madre y el bebé han muerto. Los soldados toman a los niños y los llevan con ellos. Los hermanitos en ese momento tienen nombres. Pero dejan de ser quiénes eran y ahora son huérfanos. Después, reciben otros nombres, los que les dan los soldados. Y crecen con esos nombres. Aunque siguen siendo los mismos niños que vieron cómo un disparo atravesó el corazón de su madre y el corazón de su hermanito.



Así empezó la guerra para muchas niñas y niños en El Salvador: cuando perdieron a su madre, cuando

perdieron a su familia, cuando fueron soltados de la mano durante una carrera por la vida, que se llamaba guinda, y que ocurría en minutos, horas y días.

La guerra empezó para muchas niñas y niños cuando perdieron su nombre.

Las infancias fueron las más golpeadas durante esos años, que empezaron en 1980 y la esperanza llevó a pensar que terminarían en 1992. A la fecha es imposible sumar cuántas niñas y niños murieron durante esa época, pero los resultados de las exhumaciones realizadas en El Salvador han determinado que la mayoría de la población que murió en ese tiempo estaba compuesta por mujeres y niñas y niños menores de diez años. Solo en la masacre de El Mozote, ejecutada en 1980, murieron casi mil personas y más de la mitad de la población era menor de dieciséis años. La guerra que ocurrió en las montañas de El Salvador, en las riberas de los ríos, borró aldeas enteras, algunas con nombres de flores, otras con los apellidos de quienes las habitaban, pero, como en muchas historias de ese tiempo, de esos lugares llenos de alegría y esperanza por un futuro mejor, solo quedaron los nombres, solo los nombres para recordar a quienes vivieron.



Durante esos años, las personas de la zona rural huían en guindas y no podían llevar nada consigo, mucho menos esas fotografías colgadas en las paredes o guardadas en álbumes decorados con flores o encajes. Pero cuando el ejército se marchaba, y el humo de los incendios se disipaba, algunas mujeres y hombres volvían a sus aldeas y entre los escombros buscaban un recuerdo: un documento de identidad, un nombre, una fotografía. Y buscaban a su propia familia.

Así es como ahora podemos ver algunas de esas fotografías anteriores a ese tiempo atroz. Cuando veraneras, esos arbustos tan grandes que parecen árboles, florecían con colores intensos, como el rosado y el amarillo, y cuando era temporada de mango, anona, nísperos, zapotes. Cuando la milpa era pequeña, pero se celebraba con una atolada para toda la familia o el caserío, y cuando las abuelas, las madres y las tías preparaban vestidos elegantes para los cumpleaños, los bautizos y las bodas. Y algunos, quienes podían, posaban para una fotografía del fotógrafo del pueblo.





En aquellos tiempos, las fotografías tardaban en revelarse. Eran impresas en papel y eran realmente sorprendidas. Nadie sabía exactamente cómo luciría en esa foto tomada con una cámara de rollo que debía viajar por varios pueblos hasta ser revelada en un cuarto oscuro.

Por esa razón, las fotos eran tan preciadas y tan costosas.



Una fotografía, consultada en un archivo, nos cuenta sobre ese tiempo. En la mayoría de las fotografías los protagonistas son niños y niñas. Y bebés, solía tomarse una foto por mes, de ser posible, para apreciar el crecimiento de los seres queridos. La foto del archivo nos muestra muchos niños y niñas, una familia grande, una celebración, un pastel, un cumpleaños. Pero sabemos por el archivo que muchas personas de la fotografía jamás volvieron a verse. Esas risas que sonaron al momento de la foto son únicas. No volverán a escucharse.

Pero en otros casos ni siquiera hay fotografías.

Hay relatos orales. No hay retratos.

¿Cuánto tiempo se queda la imagen de un ser querido entre quienes le buscan?



La primera vez que las niñas y los niños aparecieron fueron en las bocas de sus madres. Cuando sus nombres fueron pronunciados.



En 1993, el padre Jon Cortina supo que la imagen de hijas o hijos perdidos puede llevarse en la mente por años o décadas, cuando tres madres, en el cantón Guarjila, se acercaron a él y declararon que habían perdido a sus hijas e hijos durante la guerra.

En ese momento, en Chalatenango, el sacerdote jesuita participaba como apoyo del equipo que recogía testimonios sobre la guerra civil para generar el Informe de la Comisión de la Verdad. Con años de convivencia en diversos cantones y poblados del departamento, por su compromiso con la comunidad,

el padre animó e infundió confianza a las víctimas de la guerra para que dieran testimonio de lo ocurrido. Era un día larguísimo en Chalatenango, las horas transcurrían como años, en los testimonios de cada una de las víctimas, mayoritariamente sobrevivientes de varias masacres, como El Sumpul, Las Aradas y la Guinda de Mayo.

Casi al final del día, tres mujeres se acercaron y dijeron lo que habían llevado por años en el corazón, como un nudo, solo guardado en los pañuelos con los que se secaban las lágrimas y que depositaban, precisamente, en su pecho. Las tres mujeres eran madres y habían perdido a sus niños, sus niñas. Sabían que se los había llevado el ejército después de varios operativos. Y aunque habían vivido en refugios en El Salvador y Honduras, y aunque habían repoblado lugares y construido nuevos hogares, y aunque habían pasado los años, no podían olvidar.

Las tres mujeres se llamaban Magdalena Ramos, Francisca Ramírez y María Victoria Cruz Franco. Y declararon lo que sabían de la pérdida de sus hijos y lo que sus vecinas, su familia y hasta extraños habían atestiguado y les habían contado.

María Victoria, conocida como niña Vicky, declaró que, durante la Guinda de Mayo, que duró veintisiete días, sus hijitas Ernestina, de siete años, y Erlinda, de tres años, habían sido llevadas por el ejército. Tenía la esperanza de poder comprobar que sus niñas vivían.

En junio de 1982, durante la incursión del ejército, la familia se dispersó en guinda y se escondió en el monte. Niña Vicky y dos de sus hijos pasaron el cerco militar. Pero las niñas se quedaron con su padre, Dionisio, y con la hermana mayor Suyapa, al otro lado del cerco. Dionisio las escondió entre el monte y, como Erlinda estaba herida y lloraba de sed, se arriesgó y salió a buscar agua. Los sonidos de las metralletas eran cada vez más cercanos. Cuando volvió, las niñas no estaban donde las había escondido. Suyapa, guarecida en otro lugar, corrió al encuentro de su padre. Le dijo que escuchó un diálogo de soldados, en que resolvieron llevarse a las niñas. Después, escuchó el ruido de un helicóptero y no supo más.

Este recuerdo se mantuvo vivo en la familia por once años, hasta que niña Vicky tomó valor de contarlo.

Las historias de las guindas eran todas diferentes, pero, a la vez, iguales. Toda guinda era una historia compartida de sobrevivientes.

La Guinda de Mayo no fue solamente una guinda, fue un operativo militar que desembocó en el desplazamiento forzoso y en la masacre de la población civil. Las familias quedaron separadas y rotas para siempre. Nada, ninguna aguja, ningún hilo, podía zurcir esas rupturas.

Las historias de las tres mujeres calaron en el sacerdote. Durante años había vivido junto a las comunidades más pobres del país y había sido testigo de masacres, había perdido a sus amigos y compañeros, asesinados año tras año, hasta llegar a 1989.

La mayoría de declaraciones que se recibieron en Chalatenango fueron por ejecuciones sumarias, en la que los relatos evocaban vidas de personas adultas. Pero las noticias de la crueldad ejercida en El Mozote habían corrido tan pronto que se sabía que las niñas y niños habían sido también víctimas.

El Informe de la Comisión de la Verdad fue publicado seis meses después, y la mayoría de las desapariciones forzosas trataba sobre vidas adultas. Pero las madres sabían que sus niñas y sus niños habían sido sacados de la montaña en helicópteros y camiones del ejército, y que alguna vecina, algún testigo, alguien, los había visto por última vez.

Siempre había alguien que por años esperó ver a las madres, que las conocía, y quería decir lo que sabía de sus criaturas.



En 1981, en El Mozote, pasó también. Muchas madres corrieron al monte para salvarse y en el camino soltaron las manitas de sus niños: cayeron a barrancos, se hirieron, murieron luchando por quitarles el miedo de los disparos y el fuego.

Yesenia Márquez García tenía dieciocho meses de edad en diciembre de 1981, cuando el batallón Atlacatl entró a El Mozote. Tenía una hermanita llamada Edith Elizabeth, y su madre se llamaba María Agustina García, de treinta y siete años. Toda la familia Márquez vivía en El Mozote.

El único recuerdo que quedó de ellas fue una foto. La pequeña Yesenia en los brazos de su madre, y al lado, su hermanita. Todas visten con esmerado arreglo, la más pequeña lleva un vestido con manguitas bombachas y su falda tiene vuelos. Agustina lleva zapatos con correa, como de bailarina; Edith también,



pero Agustina le puso unas calcetas largas, blancas, y su vestido tiene un cuello con revuelitos. La foto es a blanco y negro, como varias de la época.



Las fotos rescatadas por los familiares eran las pruebas de que las niñas y los niños habían existido.



Arcadia Ramírez era vecina de El Mozote en 1981, vivía en el caserío El Barridal del cantón Cerro Pando y les había tomado varias fotos a sus niñas. La mayoría eran a blanco y negro, y otras eran pintadas. En todas las fotos, sin embargo, resaltaban los ojos claros de Ana Julia. A veces, eran amarillos, otras verdes, y en las fotos blanco y negro se veían profundos y transparentes.

Ana Julia, conocida como Julita, era una adolescente de catorce años y tenía una hermana mayor y dos hermanitas gemelas de siete años, Carmelina y Etelvina.

En diciembre de 1981, Arcadia no estaba en Cerro Pando con sus niñas, sino en Meanguera. Muchas mujeres se dedicaban al trabajo doméstico como modo de subsistencia y debían confiar sus hijas e hijos menores a las hermanas mayores o a familiares cercanos. En El Barridal, Cerro Pando, vivían todos los parientes de las familias Mejía y Ramírez. Ese diciembre, cuando el ejército ingresó a Cerro Pando, Ana Julia estaba a cargo de sus hermanitas.

La familia fue separada y mientras Etelvina fue llevada con su abuela paterna, llamada Nazaria, y su padre, Ana Julia se aferró a Carmelina y la llevó a esconderse a una mata de huerta. Ahí estuvieron mientras oían gritos, disparos y percibían el olor del humo.

Pero la comadre de Arcadia, Ester, alcanzó a ver que los soldados se las llevaban, las habían encontrado debajo de la mata y Julita había abogado por ellas porque su hermano mayor era soldado y estaba en el cuartel de Meanguera. Cuando las niñas fueron llevadas a Meanguera, Julita vio a su madrina Ester. La mujer se acercó a los militares para identificar a las niñas y pedir que se quedaran con ella. Los militares se las entregaron; la madrina las limpió, las bañó, les dio ropa limpia;

pero al día siguiente, los militares llegaron por las niñas y ese fue el último día que Ester las vio. Aunque Julita y Carmelina estuvieron en la misma ciudad que su madre, no la vieron nunca más. A finales de diciembre, cuando todo era ceniza y un inmenso dolor, la comadre Ester le dijo a Arcadia que las dos niñas estaban vivas, ella las vio, las limpió, fue obligada a separarse de ellas. Las hermanitas habían permanecido juntas.



Esta es una historia sobre las infancias desaparecidas durante la guerra civil, pero es, sobre todo, la historia de madres, hermanas mayores, madrinas, tías, redes de mujeres que hasta ahora han buscado a sus niñas, niños y bebés desaparecidos, y cómo ellas han transmitido a las siguientes generaciones la necesidad de buscar y reunificar a su familia.

Sus fuentes son las sentencias de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, en la que, tres veces, el Estado salvadoreño ha recibido sentencias que debe cumplir por la desaparición sistemática y forzada de infancias durante la guerra.

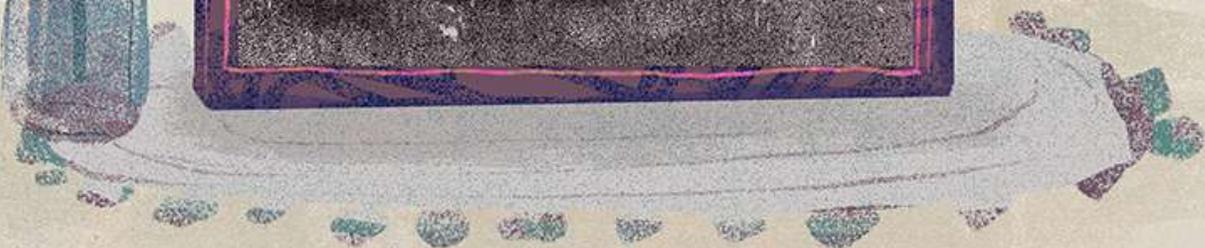


Durante las guindas, se tejen lazos y se forman comunidades. Grupos de personas, especialmente mujeres e infancias, que se unen para la supervivencia forman una nueva comunidad y muchas han logrado permanecer en el tiempo.

Después de la Guinda de Mayo, niña Vicky y sus demás hijos se reunieron de nuevo. Cuando no vio a sus niñas, quiso volver al inicio de su peregrinación para buscarlas, pero Suyapa le dijo que había escuchado que los soldados se las llevaron. Niña Vicky y sus hijos siguieron guindeando sin descanso y sin tener un hogar fijo, hasta 1985, cuando Dionisio murió en un ametrallamiento. La familia logró llegar al campamento de refugio de Mesa Grande, en la frontera con Honduras. Ahí, en esa nueva comunidad, niña Vicky y Suyapa preguntaron si algunas de las personas refugiadas sabían algo de las niñas. Muchas familias habían perdido hijas e hijos durante las guindas. Alguien dijo algo, luego se retractó, luego alguien más quiso ayudar a buscar, luego las demás personas transmitieron

la historia. La memoria tiene planos, superpuestos, y entre el trauma y el duelo, los recuerdos pueden también superponerse. Hay personas que aún tienen miedo a recordar.

Los días de Vicky eran larguísimos, su hija mayor la veía sufrir y envejecer con más rapidez que otras mujeres. El dolor se había instalado en su cuerpo de muchas maneras y tomaba forma, a veces, de enfermedades graves. Dos años después de instalarse en el refugio, cuando comenzaron los primeros procesos de repatriación, niña Vicky fue a Chalatenango a buscar a sus niñas. La guerra no había terminado, pero muchas madres buscaban, a contracorriente de la historia y los sucesos cotidianos, a sus niñas y niños. Buscaban en las ruinas de sus hogares, entre el monte, en la policía, en los juzgados, en los periódicos. Así fue como Vicky llegó a San Salvador, a Santa Ana, y a varios municipios de Chalatenango. Describía a sus hijas como si llevara una foto cosida al cuerpo: Ernestina era la mayor, tenía siete años en 1982, su cabello era quebrado, los ojos café claro, uno de sus ojos era particular porque tenía una veta verde; Erlinda apenas podía hablar, era la más chiquita, tenía tres años.



Así las fue narrando año tras año imaginando que las niñas habían crecido y tendrían luego, doce y ocho años, quince y once años, y así sucesivamente hasta que llegara el fin de la guerra.



Entre 1993 y 1997, alentadas por una esperanza inusitada, otras madres se acercaron a declarar a los juzgados de sus poblados. Y así como niña Vicky fue acompañada por Jon Cortina en 1993 al juzgado de Chalatenango, Arcadia fue, con su comadre Ester, al juzgado de San Francisco Gotera, en Morazán, en 1997.

Después de escuchar tantas historias de madres, hermanas mayores, padres, abuelos y abuelas, sobre los niños desaparecidos en Chalatenango, y saber de historias similares en Morazán, San Vicente, Cuscatlán, el padre Jon, como era conocido Cortina, decidió fundar una organización para buscar a las niñas y niños desaparecidos en la guerra. La esperanza de los relatos compuestos por vecinas, madrinas, comadres y testigos con miedo a dar su

nombre alentaba la esperanza de encontrarles con vida. Así, junto a las tres madres de Guarjila que conoció en 1993, y otras más en Chalatenango y todo el país, fundó la Asociación Pro-Búsqueda de Niñas y Niños Desaparecidos en agosto de 1994.

Muchas madres, padres y hermanas no sabían leer ni escribir, su lucha junto al padre Jon Cortina adquirió un respaldo jurídico, informativo, aprendieron juntos a buscar, y en muchos casos, lograron, después de años, reencontrar a sus niños y niñas.

Cuando se hizo este libro, Pro-Búsqueda había registrado más de 1200 denuncias de desapariciones de niños, niñas y bebés, y había logrado reencontrar a más de 500, quienes fueron dados en adopción a familias de más de once países en América y Europa. En algunos casos, aunque en menor medida, las niñas y niños fueron encontrados en El Salvador.

Un reencuentro es el horizonte de toda familia que ha tenido una pérdida. Es el día más esperado, como decía el padre Jon. Ese día, las familias celebran una fiesta: colocan globos de colores, carteles de bienvenida, preparan alimentos como si se tratara de un cumpleaños, una Navidad, un Año Nuevo, una fiesta

muy importante. Porque ese día se juntan en unas horas todos los años perdidos.



La búsqueda de la justicia, aunque no se alcance, es una forma de reparación para quienes han sufrido una pérdida o han sobrevivido a un episodio histórico traumático.



El dolor de saber que las infancias habían sido pasadas por alto en la Comisión de la Verdad llenó de fuerza al padre Jon para estar del lado de las madres y las familias.

Jon Cortina llegó a El Salvador muy joven, a los 21 años, con la compañía de Jesús. Impartió clases en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, en San Salvador. Cuando no estaba en la UCA, viajaba por el país, especialmente a Chalatenango, para acompañar a las comunidades. En noviembre de 1989, durante la ofensiva que duró casi un mes, el padre Jon se

quedó en Chalatenango, resguardado por su comunidad, pues conducir hacia la capital era peligroso. Después de la firma de la paz, en 1992, el padre Jon decidió establecerse permanentemente en Guarjila, un poblado de Chalatenango.

Habiendo recorrido múltiples comunidades en el país y oído tantos testimonios durante más de una década, el padre Jon tenía conocimiento suficiente sobre el territorio y la historia, conocía a las madres, a las hermanas, a las familias buscadoras, y esto creó en él un profundo compromiso de acompañar la gestión de búsqueda de las infancias desaparecidas. Los mecanismos de búsqueda se establecieron pronto y el trabajo fue activo, tanto que en enero de 1994, los primeros cinco niños fueron reencontrados en El Salvador. Estaban lejos de Chalatenango, pero no tanto como para no encontrar sus paraderos pronto: vivían en un orfanato en Santa Tecla.

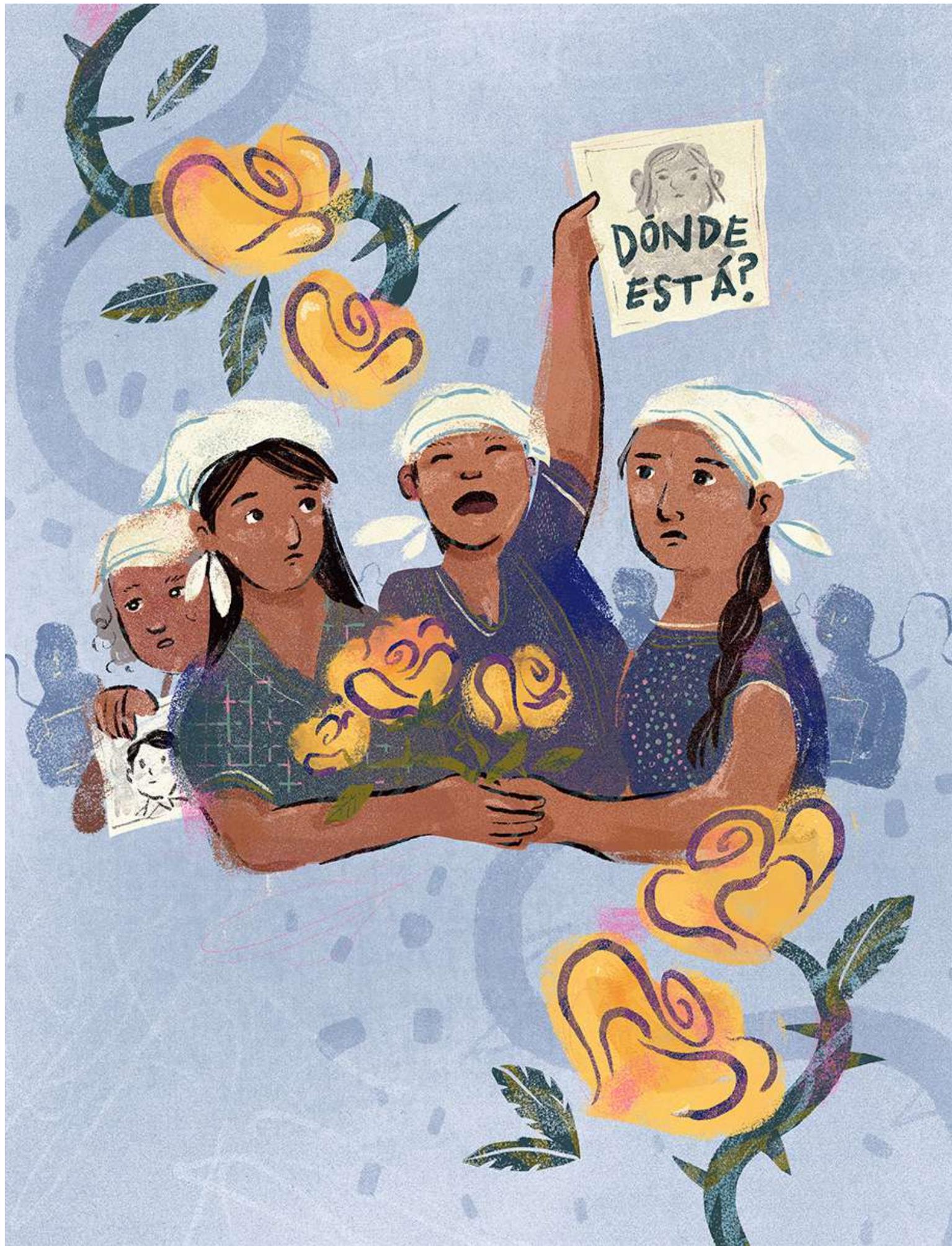
La ayuda de la comunidad y el compromiso con la verdad llevaron a Pro-Búsqueda a Santa Tecla. Algunos niños podían recordar aún a sus padres y otros eran identificados por familiares o vecinos. Los primeros reencuentros dieron mucha esperanza a las

comunidades, en particular a las de Chalatenango.

La repoblación de Chalatenango empezó en 1987. Para 1992, después de la firma de los Acuerdos de Paz, las madres y las familias que habían perdido hijos e hijas durante el conflicto comenzaron a hablar de esas desapariciones con menos temor; recordaron y comunicaron el lugar donde vieron a su bebé, a su niña o su niño por última vez. La paz había traído esperanza. Las comunidades que celebraban el regreso de los niños y las niñas habían sido desplazadas por todo el país.

En El Salvador tradicionalmente cada 1.º de octubre se celebra el Día del Niño y de la Niña; en las escuelas se revientan piñatas y en las familias se regalan dulces o pequeños presentes a las infancias; es una fiesta. En 1995, Pro-Búsqueda eligió esa fecha para realizar una vigilia en memoria de las infancias desaparecidas en la guerra. A esa actividad llegaron más de 500 personas de todo el país. Y cada año, cada 1.º de octubre, era una fecha para recordar y mantener viva la memoria de los niños y niñas amados.

Las madres también solían organizar marchas para pedir, a las instituciones del Estado, la verdad sobre el paradero de sus niños y niñas. Desde Chalatenango,



Suchitoto, La Unión, madres, hermanas, tías, abuelas, madrinas viajaban hasta la capital, vestidas de blanco y llevando flores amarillas.



Muchos niños y niñas llevados por el ejército eran trasladados a las oficinas de la policía y a orfanatos. Los llamaban niños perdidos, pero en realidad habían sido separados y desaparecidos forzosamente. La Guinda de Mayo, como recordaban las familias en Chalatenango el asedio del ejército en mayo y junio de 1982, era en realidad una incursión militar llamada “Operación limpieza”.

La prensa reportaba “niños perdidos” cada cierto tiempo. Y cada vez con más frecuencia, durante los primeros cinco años de la guerra, se podría abrir el periódico y contemplar la fotografía de niñas y niños, solos o en grupo, reportados como encontrados sin su familia. Algunos incluso eran bebés. La noticia les describía como “perdidos sin razón” o “encontrados al azar” por la Policía o la Guardia Nacional. Pero lo cierto es que esas niñas y niños, esos bebés, tenían familia.

Los primeros reencuentros dieron esperanza a las familias y al padre Jon y pronto comenzó a recibir fotos y reportes de todo el país. Fotos que las familias habían guardado por años eran confiadas a Pro-Búsqueda. Sabían que ahí sus niñas y niños estarían seguros.



La construcción de la paz es muchas veces más larga que los años que ha durado una guerra.

Nadie se acuesta a dormir en la guerra y despierta en la paz. La construcción de la paz es un proceso que involucra a comunidades, instituciones y generaciones. La importancia de buscar y encontrar a sus hijas e hijos daba a las comunidades mayor esperanza en el proceso de paz. Las niñas y niños eran las últimas víctimas de ese proceso y eran quienes podían contar la historia a las generaciones siguientes. Familias enteras desaparecieron en la guerra civil, pero sus nombres y apellidos, sus lugares de origen, sus oficios, sus gustos y sus sueños han sido depositados y transmitidos generacionalmente.

Por eso no solo las madres buscan. Buscan también las hermanas y los hermanos mayores, las tías y los tíos, las comunidades; en algunos casos las nuevas generaciones, las sobrinas y los sobrinos, los primos y las primas, toman la memoria y el compromiso de búsqueda de sus familiares perdidos en la infancia, conscientes de que un día quien guarda la mayor memoria en la familia o la comunidad no podrá recordar más.

Y así también no todos los niños de entonces recuerdan o pueden recordar.



Después de diez años de trabajo Pro-Búsqueda había creado un archivo fotográfico para llevar los expedientes de niñas y niños. De todo el país, las madres o las familias enviaban una fotografía, tal vez era la única que les quedaba, pero sabían que estaría bien resguardada. Sabían que su hija, su hijo, sus nietos, sus ahijados, sus hermanitos iban a ser reconocidos, nombrados y buscados. Eran fotos de todos los tamaños y colores.

La recopilación de testimonios de Pro-Búsqueda llevó los casos a los juzgados y cortes nacionales e internacionales. En 2003, el padre Cortina y Pro-Búsqueda presentaron el Caso Hermanas Serrano Cruz vs. El Salvador ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos. En ese caso fue incluida también la desaparición forzosa de Yesenia Márquez, la bebé que tenía 18 meses cuando el ejército ejecutó la masacre de El Mozote.

Los casos presentados ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos han sido un esfuerzo de Pro-Búsqueda, las familias y las comunidades por buscar justicia para las infancias víctimas y, sobre todo, para que se reconozcan los derechos que como niñas y niñas les fueron negados y arrebatados durante los años de la guerra.

En 2005, la Corte dio una sentencia y resolvió que el Estado de El Salvador era culpable de la desaparición de las niñas.

Pero, a pesar, de la resolución, ninguna de las niñas había sido encontrada.

La justicia tarda y a veces no puede ser alcanzada con nuestras manos, otras generaciones serán testigos y reparadas por ella. A inicios de 2005, niña Vicky murió y no pudo conocer la resolución de la Corte. Sus hijas mayores buscan hasta ahora, hasta hoy, a sus hermanitas. Aún cuarenta años después, la memoria de las niñas está fresca como las flores de veranera rosada que crecen en la casa familiar en Chalatenango.

El padre Jon continuó su labor, exigiendo al Estado el cumplimiento de la sentencia, pero murió en diciembre de ese mismo 2005. Ese año fue sumamente significativo para la lucha por la niñez desaparecida debido al legado de sus primeros buscadores.

Una de las once medidas de reparación de 2005 fue que se declarara un día nacional dedicado a la niñez desaparecida. No llegó pronto. En 2007, la Asamblea Legislativa aprobó el Decreto 197, con el que se estableció el 29 de marzo de cada año como “Día de la Niñez Desaparecida en El Salvador”. Más allá de las vigilias del 1.º de octubre, las familias que habían perdido una criatura durante la guerra civil podrían tener al fin una fecha para recordar.



Aunque niña Vicky y el padre Jon no vieron este día, el legado de lucha ha sido reconocido dando nombre a un día. La fecha es significativa porque el Estado reconoce que, durante la guerra civil, cometió desapariciones forzadas de niñas y niños.

Pro-Búsqueda presentó dos casos más ante la Corte Interamericana. En 2011, presentó el Caso Contreras, en el que se incluyó la historia de las hijas de Arcadia, las niñas Ana Julia y Carmelina Mejía Ramírez, y la de los hermanos Gregoria, Serapio Cristian y Julia Contreras, así como de José Rubén Rivera, ejecutadas por el ejército entre 1981 y 1983.

En 2014, presentó el Caso Rochac Hernández y otros vs. El Salvador. Este abordó la desaparición de cuatro niños y una niña y tardó aproximadamente 11 años en resolverse en el Sistema Interamericano de Derechos Humanos.

Algunas historias han tenido finales más felices, que culminan con la localización de los niños y niñas y sus reencuentros con sus familias biológicas: Pro-Búsqueda ha logrado resolver la mitad de los casos que ha registrado.

Casi diez años después de la presentación del Caso Rochac, José, el niño de cinco años desaparecido en

Perulapía en un operativo en 1980, se reencontró con su familia biológica en El Salvador. A pesar de que sus padres murieron, sus hermanos continuaron la búsqueda de su hermanito.

En 2013, el archivo de Pro-Búsqueda fue intervenido y quemado. Más de 900 archivos fueron destruidos y ahora, cuando conozcas esta historia, sabrás que cada vez hay menos fotos de los niños y niñas que aún son buscados por sus familias.



Muchas niñas y niños localizados han regresado a El Salvador desde Estados Unidos, Francia, Bélgica, Italia o Alemania, para conocer sus orígenes y sus familias. No todos se quedan, el padre Jon y las familias siempre supieron que el reencuentro era importante, pero no definitivo. La relevancia del reencuentro reside en dar a las niñas y niños, ahora personas adultas, la oportunidad de conocer su origen, la historia de su familia, de su comunidad y de su país natal. También conocer cuál era su nombre, como fueron llamados con amor los primeros años de su vida.

Paralelo a la búsqueda de las niñas y los niños, también se realizaron exhumaciones en los lugares identificados por los familiares. Las exhumaciones de 2018 en El Mozote identificaron las osamentas de las niñas Márquez, Yesenia y Edith, y de su madre Agustina. En esa masacre murió toda la familia Márquez.



La lucha por la justicia es también un asunto de memoria. Puede tomar décadas y generaciones enteras y la clave es la transmisión. Si una comunidad y varias generaciones recuerdan estos hechos, tienen la esperanza de esclarecerlos y también de que no sean repetidos.

También la búsqueda de la justicia toma las fuerzas y los sentidos. La lucha de estas madres y testigos ha sido una lucha de todos sus sentidos.

Hacia el final de su vida, niña Vicky comenzó a perder la vista, estaba enferma de diabetes. Ella, sin embargo, luchaba contra su propio cuerpo y esperaba no perder la vista por completo. En sus conversaciones

con el padre Jon solía decir que tenía la esperanza de no perder la vista para poder contemplar las caras de sus niñas de nuevo.

La memoria se marca también en el cuerpo.

A finales de la década de 2010, a Ester, la comadre de Arcadia, los años le fueron cayendo encima con profusas capas de pérdidas. Pérdidas de voz y de memoria. Presintiendo lo que podía pasar, Ester contó todas las veces posibles la historia de las niñas Mejía Ramírez, sus ahijadas.

Antes de que el silencio llegara por completo, Ester repitió a su comadre Arcadia cada detalle, cada recuerdo, y cada prueba guardada por ella, como las fotos de las niñas, para que lo repitiera en los juzgados, cuando llegara el día, como ella lo hizo en 1997.

En 2020, en San Francisco Gotera, Arcadia lo hizo así, y declaró ante el juez la historia atestiguada y transmitida por Ester. Y dio voz no solo a la historia de sus niñas, sino a la de las guardianas, como su comadre, que había guardado esa memoria por cuarenta años.





La búsqueda de Justicia es también una lucha contra el tiempo, y una lucha por la Historia.

Las madres y las familias protagonistas de esta historia nos demuestran que incluso cuando el cuerpo se rinde, cuando la memoria empieza a borrarse, cuando la luz se apaga en los ojos, esa memoria pronunciada, esa memoria vívida por estar contada cada vez como si estuviera ocurriendo o si hubiera ocurrido ayer, es la memoria que triunfa, incluso, a pesar de la justicia.

Esta es una historia de madres, hermanas mayores, madrinas, tías, vecinas, comadres e infancias. Es una historia de redes de mujeres que han luchado para que esas niñas, esos niños y esos bebés no sean olvidados. Tampoco deben ser olvidadas sus madres y sus familias buscadoras.

Las mujeres de esta historia estuvieron mucho tiempo guindeando, sin un hogar, pero decidieron echar raíz en el amor, hacer florecer la memoria, a pesar de los años y las décadas de oscuridad.

Así como en la noche las flores duermen y se cierran, cada mañana siguiente, las madres y las mujeres se levantaron con el sol y buscaron una señal, un indicio, una huella de sus hijas e hijos.

Así como las flores se levantan con el sol y brillan, traslúcidas, como aquellas faldas de aquellas niñas perdidas, así la memoria de estas infancias busca la dirección del sol y la claridad del cielo de la Historia.



En 2014, la Sentencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos para el Caso Rochac y otros vs. El Salvador declaró al Estado salvadoreño culpable de la desaparición forzosa de niñas y niños y la resolución solicitó, como medida de reconocimiento y reparación, la creación de un jardín de memoria en homenaje a la niñez desaparecida durante la guerra civil. El jardín fue construido en consulta con familiares de niñez desaparecida y reencontrada.

El monumento fue construido en el parque Cuscatlán y develado en abril de 2024.

Es un jardín de flores amarillas, moradas y blancas.







INTERLUDIO CUATRO

COMO ABEJAS QUE POLINIZAN LA MEMORIA

ILUSTRADO POR ANDREA ALTAMIRANO

Este libro está dedicado a todas las mujeres y niñas que sobrevivieron la guerra y han construido la paz. Son reconocidas como Guardianas de la paz. Sus luchas permitieron conservar la vida y la memoria de sus comunidades y familias, y tener la fuerza para habitar territorios desconocidos y hacer surgir la vida entre las cenizas.

Las Guardianas de la paz pasan muchas veces desapercibidas en la historia del país, como pasan desapercibidas las abejas en el paisaje. Pero sin una abeja no habría flor, sin abejas no hay jardines, bosques y ecosistemas enteros... La polinización, como transferencia y diseminación del polen, permite que tengamos acceso a frutas, flores e incluso árboles.

La memoria también se transfiere y se disemina. La memoria se poliniza; viaja en el aire, en las ideas, en los gestos y en los actos; viaja en los rituales; se narra de boca en boca, de generación en generación, de comunidad en comunidad.

Sin las Guardianas de la paz no tendríamos memoria, y peor aún, no tendríamos muchos derechos de los que ahora gozamos. Gracias a ellas, persisten en nuestro país organizaciones de derechos humanos, de búsqueda de personas, archivos para investigación, monumentos, sitios de memoria e incluso leyes.

Sin ellas y su capacidad de repoblación muchos sitios habrían quedado abandonados, la tierra jamás habría vuelto a germinar, no habrían vuelto a nacer los bosques.

Imagina su trabajo silencioso por décadas, sosteniendo entre sus manos la memoria de miles de familias, y el deseo de justicia y verdad de varias generaciones.

Ahora, después de tanto tiempo, pocas personas recuerdan esos años de la guerra. Hay quienes no quieren volver a ver hacia atrás. Pero es importante volver a contar estas historias. Es importante volver

hacia atrás. Porque solo el conocimiento del pasado puede salvar el futuro.

Al contar y recordar hacemos pasar por el corazón a quienes murieron y desaparecieron en esa guerra: ancianos y ancianas, mujeres y hombres, niñas y niños, familias y poblados enteros. Y así reconocemos a sus infatigables buscadoras y guardianas.

Así como no podemos imaginar la naturaleza sin flores, sin frutos deliciosos y sin altísimos y antiguos árboles, tampoco podemos imaginar nuestro país sin memoria. No podemos imaginar nuestro país sin sus Guardianas.



ACTIVIDADES DIDÁCTICAS

EJERCICIOS DE MEMORIA HISTÓRICA

ILUSTRADO POR EUGENIA VÁSQUEZ

PRIMERA PARTE

Ser guardianas

- 01 Todas y todos tenemos unaGuardiana de la paz en nuestra familia o nuestra comunidad. Ahora que conoces cuáles son sus labores y legados, ¿puedes identificar a unaGuardiana de la paz en tu entorno?
- 02 Conversa con ella, escribe su nombre, su edad, y cuál es su labor y legado deGuardiana.

SEGUNDA PARTE

Memoria transmitida

- 01 La memoria transmitida es aquella que no viviste pero has conocido por recuerdos o experiencias

de personas de tu familia o comunidad. Pueden ser recuerdos muy lejanos, de tus abuelas, abuelos u otros ancestros. Pueden ser experiencias más cercanas, que ocurrieron a tu mamá o papá antes de que nacieras.

- + ¿Puedes identificar una memoria transmitida, ya sea en tu familia o comunidad?
- + Habla con las personas mayores o lideresas de tu entorno, ellas pueden guiarte a identificar esas memorias.

02 La memoria transmitida también puede ser una fotografía, un mueble, un árbol o un paisaje.

- + Escribe aquí cuales son las memorias transmitidas en tu comunidad.

03 Algunas prácticas que heredamos son también memoria. No están escritas pero son parte primordial de nuestros rituales, como las conmemoraciones, las celebraciones, los platillos que comemos en ciertas ocasiones, las recetas, los oficios...

- + Escribe aquí los que identificas en tu familia o comunidad, ¿cuáles has aprendido tú?

TERCERA PARTE

Memoria ambiental

- 01 Muchas Guardianas de la paz fueron protegidas y son protectoras de la naturaleza. El paisaje de su terruño era crucial para sobrevivir. Muchas de ellas lo llevan en su memoria o lo han dibujado o bordado. Si tuvieras que emigrar del espacio en el que vives, qué recuerdo de tu entorno te gustaría llevar contigo.

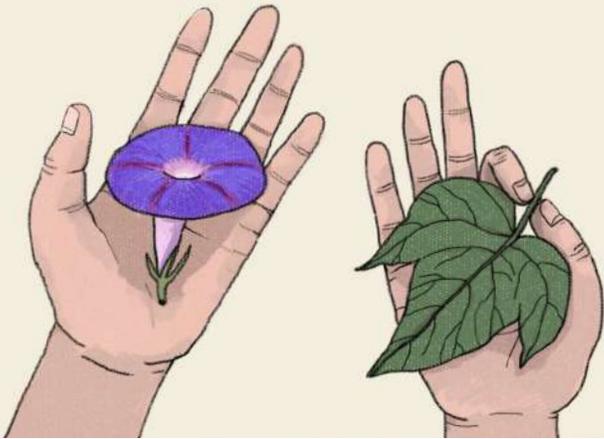
- 02 Ahora, dibuja esos recuerdos.

- 03 ¡Vamos a crear un herbario!
La memoria ambiental también se puede guardar y hacer permanente en un pequeño archivo personal. Cuando cuidas y guardas plantas y hojas como un recuerdo, construyes un herbario. Muchas guardianas tienen flores o árboles significativos en su memoria. Como Rufina, que se escondió en un árbol de manzana rosa para salvar su vida, o como las mujeres que, en una guinda, se refugiaron debajo de matorrales tejidos por la red de flores de campanilla.

¿Cuáles son las especies de árboles y flores que acompañan tu día a día? ¿Sabes sus nombres, sus usos medicinales o alimenticios? Pide ayuda a una persona mayor para identificarlos y crea tu herbario en las siguientes páginas.

- 1 Identifica las especies de plantas y árboles, y elige una flor y una hoja de cada uno de ellos. Sólo elige una de cada una para no lastimar al árbol o planta.
- 2 Si no sabes su nombre, pide ayuda.
- 3 Si no conoces su uso medicinal o alimenticio, pide ayuda.
- 4 En una página en blanco, escribe su nombre y sus usos.
- 5 En la misma página, coloca la flor y la hoja. No las pegues. Solo colócalas.
- 6 Ahora, coloca otra página en blanco para cubrir la página con la flor y la hoja, esto ayudará a comenzar su proceso de secado.
- 7 Cubre estas dos hojas con un libro o un objeto pesado. Revisa una semana después e introduce estas páginas en nuestro libro *Guardianas de la paz*.

1



2 y 3



4



5



6



7





ACTIVIDADES DIDÁCTICAS. EJERCICIOS DE MEMORIA HISTÓRICA







GUARDIANAS DE LA PAZ





MUJERES GUARDIANAS DE LA PAZ

Rufina Amaya
María Julia Hernández



María Victoria Cruz
Suyapa Serrano
Francisca Dubón
Inés Durán
Maura Contreras
Magdalena Ramos
Francisca Ramírez
María Maura Contreras
Gregoria Contreras
Reina de Silva
Margarita de Rivera
Arcadia Ramírez

Ester Pastora Guevara
Miriam Núñez



María del Socorro Alvarado
Sofía Escamilla
Alicia García
Milagro de los Ángeles de
Peña “Vicky”
María Teresa Tula
Angela Carranza
Antonia Mendoza
Ana Interiano
Alicia Zelanyandía
Miriam Granados
Etelvina Cristales

Alicia Nerio
Tránsito Ramírez
Ángela Madriz
Patricia García



Antonia Morales viuda de
Cabrera
María David
Domitila Ascencio
Rosenda “Chendita”
Tomasa del Paraíso
Gloria de Peñate
María Inés Ponce
María Parada
Estebana Molina
María Isabel Figueroa
Sara Portillo
María Salazar
Elsa Méndez



Guadalupe Mejía
Carlota Ramírez
Dolores Hernández

Sofía Hernández
María Virginia Guzmán
Cunegunda Peña Bonilla
Josefina Barrera



Teresa Cruz Miranda
María Imelda Mejía
Jacqueline Rivas
Delmi Chinchilla
María Josefina Mejía
María Eva Guardado
María Enma Rodríguez
Sonia Hernandez
María Francisca Alas
María Dina Alas
María Leonor Menjívar
Karlota Guardado
María Dolores Mejía
Rosa Rivera
Marta Alemán
Reina Cartagena
Hernestina Orellana
Victoria Ramírez
Marleny Henríquez
María Leonor Orellana

GUARDIANAS DE LA PAZ

Rosa Isabel Guardado
Carmen Ortiz
Odali Azzenet Mejía
Cynthia Mejía
Irma Tobar
Milagro Mejía
María Guadalupe Quintanilla
Esmeralda Orellana
Cecilia Dubón
Rosa Ayala
Adela Monge
Magdalena
Paquita Portillo
Rosa Obdulia Hernández
Rufina Serrano
Eloysa Castillo
Odilia Alfaro
Dora Bonilla
Teresa de Guardado
Adriana Serrano
María Uberlinda Quintanilla
Norma Lara
María Martha Recinos
Emma Vides
Berta Guardado
Inés Argueta
Aminta Ayala

Delia Cruz
Ester Sibrián
María Rosa Ayala
Lidia Navarrete
Viky Delgado
María Elia Mejía
María Braulia Guillén



María Luz Rivas
Dulce Rivas
Juana vda. de Hernández
Tatiana Hernández
María Isabel Rivas
María Luisa Montiel
María Mercedes Alas
Vicky Ordóñez
Rosa Portillo
Carmen Rivas
Roxana Benítez
Leydy López
Irma Amaya
María Evelia León
Paulina Hernández
Natividad Hernández
María Cruz

Rosalba González de Cruz
María Gloria Cruz de
Hernández
Vilma vda. de Rodríguez
Juana María de Barrera
Concepción Carranza

María Julia López
Leonor de Oliva
María Elva Oliva vda de Ortega
María Eustaquia de Osorio
Lidia de Melgar
Rosa de Muñoz
María Nora González
Clara Flores
Priscila Mena
Ana María Amaya
María Margarita Palacios
Tania Carranza
Rosario de López
Marlene de Hernández
Ana García



Cándida Abarca
Marta Moreno

Teresa de Jesús Abarca
Maura Rodríguez
Clara del Carmen Flores
Reina de Jesús Amaya
Maribel Alvarado
Elsie Cestona
Marta Cerna “Eva”
Mersi Avelar
Ana Corina Melgar
Mercy Carolina
Esperanza López “Nancha”
Margarita Almendares
Nohemy Landaverde
Felícita Orellana
Rosa Cruz
Agustina Barahona
Teresa García
Irma García
Ana Luz Ostorga
María Dolores García
Margarita Saravia
Valentina Pérez
María de los Ángeles
Chévez
María Luisa García
Elsi Escobar
Margarita López

GUARDIANAS DE LA PAZ

Hortensia Presa
María Leonor Chavez
María de la Cruz Rosales
Isabel Montesinos
María Santos
Antonia Valdez
Marta González
Tomy Gonzáles

Rosario González
Noemi Ortíz



María José Figueroa
Carolina Constanza
Engracia Chavarría

GUARDIANAS

DE LA
PAZ



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Las mujeres que iluminaron la verdad: María Julia Hernández y Rufina Amaya

Alexiévich, Svetlana (2014). *La guerra no tiene rostro de mujer*. Debolsillo.

“A mediodía ya habían terminado de matar a todos los hombres”: Rufina Amaya, la única mujer que sobrevivió a la peor masacre de El Salvador. (2016, 3 de octubre). *BBC Mundo*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-37541792>

Audiovisuales UCA (2007, 12 de abril). *María Julia Hernández. Doctorado Honoris Causa en Derechos Humanos*. <https://www.youtube.com/watch?v=qiw-49GAldQ8>

- Butler, Judith (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Paidós.
- Centro por la Justicia y el Derecho Internacional (CEJIL). <https://www.cejil.org/es/masacre-mozote>
- Corte Interamericana de Derechos Humanos (s. f.). *Caso masacres de El Mozote y lugares aledaños vs. El Salvador. Sentencia de 25 de octubre de 2012*. https://corteidh.or.cr/docs/casos/articulos/seriec_252_esp.pdf
- EspaciInsumiso (2011, 27 de diciembre). *Las masacres de El Mozote*. <https://www.youtube.com/watch?v=txbA7bRTQig>
- Instituto Salvadoreño para el Desarrollo de la Mujer (IS-DEMU) (2013). *La memoria de las luciérnagas. Un homenaje a las niñas y mujeres que perdieron la vida en las masacres ocurridas en los cantones El Mozote, El Pinalito, Ranchería, Los Toriles, Jocote Amarillo, La Joya, Cerro Pando, Cerro Ortiz y lugares aledaños, en diciembre de 1981*. San Salvador.
- La otra cara (2005). *Entrevista a María Julia Hernández*. <https://www.youtube.com/watch?v=RHBDHmR-z88w>
- La palabra viva de Monseñor Romero*. <https://www.servicioskoinonia.org/romero/homilias/indice.htm>

- Morales, David (2018). María Julia, nuestra defensora de siempre. *Revista CEJIL. Debates sobre Derechos Humanos y el Sistema Interamericano*, (4), 110-118. <https://revistas-colaboracion.juridicas.unam.mx/index.php/cejil/article/view/35258/32181>
- Museo de la Palabra y la Imagen (2014, 24 de enero). *Jorge Ramos entrevista a Rufina Amaya*. <https://youtu.be/9zMPPrWpyUSU?si=Q8FTCT1VybFxlQWK>
- Naciones Unidas en El Salvador (2007). *De la locura a la esperanza. La guerra de 12 años en El Salvador. Informe de la Comisión de la Verdad, 1992-1993* (5.a ed.). Editorial Arcoíris.
- Ramos, Fred (2017, 8 de diciembre). La vida interrumpida en El Mozote. *El Faro*. https://elfaro.net/es/201712/el_salvador/21258/La-vida-interrumpida-en-El-Mozote.htm
- Romero, Óscar A. (s. f.) *Monseñor Óscar A. Romero, Su diario*. http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/monsenor-oscar-a-romero-su-diario--0/html/ff33581e-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html
- S.I.T. Media Library (2016, 24 de agosto). *Rufina Amaya*. <https://www.youtube.com/watch?v=X8E-RJxjYMo>
- Tutela Legal “María Julia Hernández”. Caso El Mozote. <https://tutelalegalmariajh.org.sv/noticias/caso-el-mozote/>

Los hilos de la memoria. Teresa Cruz Miranda y las mujeres, niñas y adolescentes refugiadas en Honduras

Anastario, Mike, Elena Salamanca y Elizabeth Hawkins (2024). *Kneeling Before Corn: Recuperating more-than-human intimacies on the Salvadoran milpa*. The University of Arizona Press.

Arnold, David (2000). *La naturaleza como problema histórico. El medio, la cultura y la expansión de Europa*. Fondo de Cultura Económica.

Boym, Svetlana (2015). *El futuro de la nostalgia*. Antonio Machado Libros.

Duby, Georges y Michelle Perrot (directores) (2003). *Historia de las mujeres. La Edad Media*. Taurus.

Hernández Rivas, Georgina (2019). Experiencia cartográfica sobre relatos de éxodo, refugio y repoblación en comunidades rurales en El Salvador de posguerra: el rol de los cartógrafos sociales de la memoria. *Realidad Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, (153), 49-64. <http://dx.doi.org/10.5377/realidad.v0i153.9462>

Hirsch, Marianne (2016). La generación de la posmemoria, en Guillermo Mira Delli-Zotti y Fernando Pedroza (compiladores), *Extendiendo los límites: Nuevas agendas en historia reciente* (pp. 45-81), EUDEBA.

- Jelin, Elizabeth. (1984). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI Editores.
- Jelin, Elizabeth. (2020). *Las tramas del tiempo. Familia, género, memorias, derechos y movimientos sociales. Antología esencial*. CLACSO Argentina.
- Lara Martínez, Carlos Benjamín (2014). Ritual y memoria histórica: el XIX aniversario de la repoblación del municipio de San Antonio de Los Ranchos en El Salvador. *Revista Pueblos y Fronteras Digital*, 9(18), 19-34. <https://doi.org/10.22201/cim-sur.18704115e.2014.18.20>
- Latin American Digital Initiatives (2019). Colección Bordadoras de Memorias, Museo de la Palabra y la Imagen. <https://ladi-prod.lib.utexas.edu/es/mupi03>
- Montes, Segundo. (1989). *Refugiados y repatriados. El Salvador y Honduras*. Universidad Centroamericana José Simeón Cañas. <http://hdl.handle.net/11674/2331>
- Naciones Unidas en El Salvador (2007). *De la locura a la esperanza. La guerra de 12 años en El Salvador. Informe de la Comisión de la Verdad, 1992-1993* (5.a ed.). Editorial Arcoíris.
- Parker, Rozsika. (1996). *The Subversive Stitch*. Amsterdam University Press.

- Primer Encuentro de Bordadoras Guardianas de la Paz. Chalatenango, 4 de mayo de 2024, Programa Guardianas de la paz, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo y Museo de la Palabra y la Imagen.
- Salamanca, Elena (2023). Los hilos de las Ariadnas. Estrategias para hacer memoria en el laberinto del posconflicto centroamericano, en *Prácticas y pedagogías de memoria. Reflexiones desde el diplomado en Memorias: sentidos, sujetos y espacios*, Universidad Centroamericana de Nicaragua (UCA) y Cooperación Suiza en América Central, pp. 28-47.
- Salamanca, Elena (2022, septiembre). *Recordar, imaginar, dibujar, bordar. Memoria ambiental en los bordados de las salvadoreñas del refugio en Honduras, 1980-1989*. Primer Encuentro del Grupo Regional de América Latina de la Memory Studies Association (MSA) para “La construcción de memorias en/desde América Latina y el Caribe”, Universidad del Rosario y Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, Bogotá, Colombia.
- Salvadoran Cultural Institute (2021, 24 de septiembre). *Tras los pasos de Prudencia Ayala. Teresa Cruz y Carlos Henríquez Consalvi*. <https://www.youtube.com/watch?v=Jvgrv8tHvEo>

“El dolor de unas es el dolor de todas”. Historia de los comités de madres buscadoras

Archivo de Fondos y Colecciones del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos de Chile. Fondo de afiches de COMAFAC y CODEFAM.

Ball, Patrick (2014). *Comparación del Libro Amarillo con bases de datos de derechos humanos históricas en El Salvador*. Human Rights Data Analysis Group. <https://hrdag.org/wp-content/uploads/2014/09/SV-amarillo-es-Aug2014.pdf>

Campos, Ana María (2022, 30 de agosto). UES entrega títulos honoríficos a familiares de estudiantes desaparecidos durante el conflicto armado. *El Universitario*. <https://eluniversitario.ues.edu.sv/ues-entrega-titulos-honorificos-a-familiares-de-estudiantes-desaparecidos-durante-el-conflicto-armado/>

Entrevista a madre Sofía Hernández-CODEFAM, julio de 2024.

Entrevista a madre Antonia Morales-COMAFAC, julio de 2024.

Guzmán Orellana, Gloria e Irantzu Mendia Azkue (2013). *Mujeres con memoria. Activistas del movimiento de derechos humanos en El Salvador*. Hegoa.

- Jelin, Elizabeth. (1984). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI Editores.
- Jelin, Elizabeth. (2020). *Las tramas del tiempo. Familia, género, memorias, derechos y movimientos sociales. Antología esencial*. CLACSO Argentina.
- Libro amarillo. Álbum fotográfico de los delincuentes terroristas (D-T) de las diferentes organizaciones que integran al FMLN/FDR (1987)*. San Salvador. <https://unfinishedsentences.org/es/reports/el-libro-amarillo/lee-el-libro-amarillo/#jp-carousel-3731>
- Naciones Unidas en El Salvador (2007). *De la locura a la esperanza. La guerra de 12 años en El Salvador. Informe de la Comisión de la Verdad, 1992-1993* (5.a ed.). Editorial Arcoíris.
- Primer Encuentro de Guardianas de la Paz COMADRES, Comité de madres y parientes de prisioneros, desaparecidos y mártires políticos de El Salvador “Monseñor Óscar Arnulfo Romero”. 27 de abril de 2024, La Paz, El Salvador. Programa Guardianas de la Paz, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Segato, Rita. (2014). *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez. Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado*. Tinta Limón Ediciones.

Segato, Rita. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Traficantes de sueños.

Segundo Encuentro de Guardianas de la Paz. COMADRES, CODEFAM y COMAFAC, 4 de julio de 2024. Programa Guardianas de la Paz, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

Steigerwald, Inez, Ruby Steigerwald y Heider Tun Tun (2023). *Co-Madres: testimonio de la lucha de derechos humanos en El Salvador 1975-1994*. Editorial Ojo de Cuervo.

Protegidas por la montaña. Caminos cruzados entre la guinda y la repoblación

Centro para la Promoción de Derechos Humanos “Madeleine Lagadec” (2007). *Masacres: trazos de la historia salvadoreña narrados por las víctimas*.

Exposición itinerante PNUD. Proyecto Guardianas de la Paz. Mujeres guardianas. Memorias que enseñan a vivir. Museo Nacional de Antropología, San Salvador, noviembre de 2024.

Historias de vida del proyecto de memoria “Guardianas de la paz”, realizadas por Griselda López. Papeles de trabajo, material inédito, 2024.

Martínez, Lilian (2021, 21 de agosto). “El río se llevó los cuerpos de los que murieron”. *El Diario de Hoy*.

<https://historico.elsalvador.com/historico/871191/masacre-el-calabozo-san-vicente-guerra-civil-elsalvador.html>

Palomo, Willy. *Wake the others. A Biography of my Motherland/Despierta a los demás. Una biografía de mi madre tierra*. Glass Spider Publishing, Estados Unidos, y Kalina Editorial, El Salvador, 2024.

Programa de las Naciones Unidas para El Salvador (2023). Conmemoración en bien cultural “El monumento” Salinas de Sisiguayo.

Programa de las Naciones Unidas para El Salvador, Ministerio de Cultura y Ministerio de Turismo (2023). “Salinas de Sisiguayo” [video].

Repatriación de Nueva Esperanza, Bajo Lempa El Salvador [documental]. <https://www.youtube.com/watch?v=1vTaEA1hrq8>

Reunión en Nueva Esperanza con guardianas de la paz provenientes del Bajo Lempa, Usulután, El Salvador, mayo de 2024, PNUD.

**Cantar y sembrar, fundar una comunidad.
Historia de las mujeres que repoblaron El Paisnal y
Aguilares**

ACRES (1991). *Contra viento y marea. Retorno a El Salvador* [video]. Managua. https://archivomesoamericano.org/media_objects/cz30ps65n

Bolívar Ramos, José Alfonso, Sabas Clavel Fuentes y Julio Navarrete Tejada (2004). *La economía agrícola y las remesas familiares en la comunidad Rutilio Grande* [Tesis de maestría en Métodos y Técnicas de Investigación Social. San Salvador, Universidad de El Salvador]. <https://hdl.handle.net/20.500.14492/15519>

Comunicaciones personales con la antropóloga Griselda López y la museógrafa Estefannie Salguero, 2024.

De la Cruz, Rachael (2023). Revolutionary refugee policy: Salvadorans and Statecraft in Sandinista Nicaragua (1979–1990). *The Americas*, 80(1), 101-128. <https://doi.org/10.1017/tam.2022.92>

Entrevista con doña Felícita Orellana Fuentes, febrero de 2024.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2023). “Conmemoración a los beatos Rutilio Grande, Manuel Solórzano y Nelson Lemus. Monumento a las Tres Cruces”.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2023). Diálogo intergeneracional comunidad Rutilio Grande, 16 de septiembre del 2023, en Aguilares, San Salvador. Dirigido por la antropóloga Griselda López. Documento de uso interno.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (s. f.). Historias de vida de Guardianas de la paz, investigación y escritura de la antropóloga Griselda López. Documento de uso interno.

Mendía Akue, Irantuz, Gloria Guzmán Orellana e Iker Ziriñ Landaluze (eds.) (2017). *Género y justicia transicional. Movimientos de mujeres contra la impunidad*. Universidad del País Vasco.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Ministerio de Cultura y Ministerio de Turismo (s. f.). *Municipios de Aguilares y El Paisnal, El Salvador* [video].

Una de las caras de la guerra: refugiados y desplazados en Centroamérica (1984, marzo). *Revista Envío*, (33). <https://www.revistaenvio.org/articulo/415>

Volveremos y seremos jardines

Archivo de fotografía histórica de Asociación Pro-Búsqueda de Niñas y Niños Desaparecidos.

Asociación ProBúsqueda. <https://www.asociacionprobusqueda.org/>

Asociación Pro-Búsqueda de Niñas y Niños Desaparecidos (2002). *Historias para tener presente: los relatos extraordinarios de cinco jóvenes que perdieron a sus familias y que, luego de la guerra, las volvieron a encontrar*. UCA Editores.

Centro para la Promoción de Derechos Humanos “Madeleine Lagadec” (2006). *Masacres: trazos de la historia salvadoreña narrados por las víctimas*.

Corte Interamericana de Derechos Humanos. *Caso Contreras y otros vs. El Salvador. Sentencia del 31 de agosto de 2011. (Fondo, Reparaciones y Costas)*. https://corteidh.or.cr/docs/casos/articulos/seriec_232_esp.pdf

Corte Interamericana de Derechos Humanos. *Caso de las Hermanas Serrano Cruz vs. El Salvador. Sentencia de 1 de marzo de 2005 (Fondo, Reparaciones y Costas)*. https://corteidh.or.cr/docs/casos/articulos/seriec_120_esp.pdf

Corte Interamericana de Derechos Humanos (s. f.). *Caso masacres de El Mozote y lugares aledaños vs. El Salvador. Sentencia de 25 de octubre de 2012*. https://corteidh.or.cr/docs/casos/articulos/seriec_252_esp.pdf

- Corte Interamericana de Derechos Humanos. *Caso Rochac Hernández y Otros vs. El Salvador. Sentencia del 14 de octubre de 2014 (Fondo, Reparaciones y Costas)*. https://corteidh.or.cr/docs/casos/articulos/seriec_285_esp.pdf
- Corte Interamericana de Derechos Humanos. *Resolución de la Corte Interamericana de Derechos Humanos de 1 de septiembre de 2016. Caso Contreras y otros vs. El Salvador. Supervisión de cumplimiento de sentencia*. <https://jurisprudencia.corteidh.or.cr/vid/corte-idh-caso-contreras-883977853>
- Corte Interamericana de Derechos Humanos (s. f.). *Resolución de la Corte Interamericana de Derechos Humanos de 5 de abril de 2022. Caso Rochac Hernández y otros vs. El Salvador*. <https://jurisprudencia.corteidh.or.cr/es/vid/916956288>Ferrada, María José (2020). Niños. Liberalia ediciones.
- Encuentra, Pilar (2000, 5 de octubre). “Nunca podré olvidar”. *Diari de Tarragona*. https://memorialpau.org/wp-content/uploads/2016/09/2000_4.gif
- García Doblas, Eduardo (2021). *No se perdieron, se los llevaron. Investigación del operativo militar Domínguez de Pacificación, Chalatenango 1982. “Guinda de mayo”*. Asociación Pro-Búsqueda de Niños y Niñas

Desaparecidos. <https://www.asociacionprobusqueda.org/biblioteca>

Palomo, Willy (2024). *Wake the others. A Biography of my Motherland/Despierta a los demás. Una biografía de mi madre tierra*. Glass Spider Publishing y Kalina Editorial.

Popkin, Margaret (2005). El caso de las hermanas Serrano Cruz y la interpretación de la excepción *rationae temporis*. *Revista CEJIL. Debates sobre derechos humanos y sistema interamericano*. 1(1), 41-50.

Rauda, Nelson (2020, 22 de enero). Ya casi nadie recuerda cómo desaparecieron de El Mozote las hermanas Mejía Ramírez. *El Faro*. https://elfaro.net/es/202001/el_salvador/23947/Ya-casi-nadie-recuerda-c%C3%B3mo-desaparecieron-de-El-Mozote-las-hermanas-Mej%C3%ADa-Ram%C3%ADrez.htm

AGRADECEMOS



A todas las mujeres que compartieron sus memorias, las de sus familiares y comunidades para la realización de este libro.

A quienes decidieron recordar y reconocer los aportes que realizaron para el proceso de consolidación de paz en El Salvador.

A todas las personas, comunidades e instituciones que contribuyeron a la investigación, escritura, producción editorial y divulgación de este libro: Comité de Madres y Parientes de Prisioneros, Desaparecidos y Mártires Políticos de El Salvador (COMADRES), Comité de Familiares de Víctimas de Violaciones a los Derechos Humanos “Marianella García Villas” (CODEFAM), Comité de Madres Y Familiares Cristianos de Presos, Desaparecidos y Asesinados (COMAFAC), Asociación Pro-Búsqueda de Niñas y Niños Desaparecidos, Comisión Nacional de Búsqueda de Personas Adultas Desaparecidas en el Contexto del Conflicto Armado de El Salvador (CONABUSQUEDA), Comisión Nacional de la Búsqueda de Niñas y Niños Desaparecidos Durante el Conflicto Armado Interno (CNB), Museo de la Palabra y la Imagen y Centro para la Promoción de los Derechos Humanos “Madelein Lagadec”.

Honramos la memoria de aquellas Guardianas que ya no están, pero que nos dejaron grandes lecciones que hoy se comparten en este libro.

El libro *Guardianas de la paz. Historias ilustradas de memorias y esperanzas* tiene como objetivo principal el reconocimiento de los valiosos aportes de las mujeres en el proceso del conflicto armado y la construcción de un nuevo país.

Deseamos que estas memorias sean tomadas en cuenta e incidan en las actuales políticas y programas de justicia transicional y mantenimiento de la paz.



Estás por entrar a la Historia de El Salvador por pequeñas veredas transitadas por huellas de mujeres, niñas, niños y ancianas. Rodeadas por la montaña y bajo el zumbido de helicópteros y el crepitar del fuego, ellas formaron comunidades.

En algunas direcciones, serás guiada por la luz de las luciérnagas o el aleteo de las aves; en otras, las plantas y árboles señalarán tu camino.

Este libro cuenta las historias de resilientes y valerosa mujeres que vivieron y sobrevivieron el pasado reciente de nuestro país, la guerra civil (de 1980 a 1992) y la construcción de la paz (de 1992 a la fecha). En el corazón de la capital, entre montañas, ríos y fronteras, las mujeres y las niñas fueron capaces de construir espacios, tejer relaciones, guardar su memoria y la de sus comunidades, proteger vidas y reconstruir caminos, bosques y comunidades.

Hemos escuchado su voz, guardada por años, hemos escuchado su memoria y, al igual que ellas, hemos decidido no olvidar.

Hemos escrito este libro para ti, tus hermanas, tu madre, tus abuelas y las mujeres de tu comunidad. Sus historias de valentía y capacidad de acción ante adversidades pueden inspirar a generaciones enteras y son un recordatorio imperativo de la importancia de cuidar y mantener nuestra memoria.

Ahora es el momento de dar voz a sus historias. Abre tu voz y tu corazón para leerlas, escucharlas y contarlas.

Transmite sus memorias, llévalas contigo, así como las abejas y las aves llevan con ellas el polen que hará florecer jardines.



FONDO PARA LA
CONSOLIDACIÓN DE
LA PAZ

ISBN 978-99983-966-8-5



9 789998 396685 >